

LA POLÍTICA Y LA ORATORIA EN GENERAL, Y CON APLICACIÓN A ESPAÑA;

Á PROPÓSITO DE DOS LIBROS DE DON ARCADIO RODA,

INTITULADO EL UNO

«LOS ORADORES GRIEGOS,» Y EL OTRO «LOS ORADORES ROMANOS.»

I.

(JULIO DE 1874.)



L autor de esta obra pertenece al corto número de hombres estudiosos, creyentes y modestos, que estos revueltísimos tiempos han dejado á España. Para ser como él es, se necesita vocación de asceta, pues ni el menor de los bienes de este mundo brinda ahora España á los que estudian ó creen, mientras que la inmodestia sirve de fácil escala para alcanzar cuanto hay. Y el ascetismo, ya se sabe, florece en estos tiempos difícilmente, por lo cual no es maravilla que los hombres por el estilo del Sr. Roda anden escasos.

Conocíle yo en el punto y hora de dar á luz una traducción de las oraciones de Demóstenes, que pretendió dedicarme; y por cierto que la tal pretensión me sorprendió gustosamente, como todas las de su clase, por ser de las pocas,

poquísimas, en que cabe quedar bien sin ser Ministro, ni diputado ministerial, ó lo que es igual, sin riesgo de conciencia. Le dí, pues, y con mil amores, licencia para poner mi nombre al frente de su libro, y pensé entonces, y pienso aún, que á mí y no á él era á quien tocaba quedar reconocido en aquel caso.

Pasó algún tiempo, no sin provecho para el Sr. Roda, que continuaba, como hasta allí, cultivando y explotando sus libros; y antes de resolverse á pronunciar en el Ateneo las lecciones que este volumen encierra, tuvo á bien pedirme consejo, no ya sólo sobre su asunto, sino sobre el propio intento. Dejándome llevar en aquella sazón de mis bien conocidas aficiones, dí á uno y otro mi aplauso, y hoy digo para mí, sin hipocresía: ¿No tendré que arrepentirme de ello alguna vez?

Si tal sucede, no será en verdad porque haya defraudado con su nuevo estudio y sus lecciones el Sr. Roda mis esperanzas, ni las del difícil é ilustrado público que en el Ateneo las ha oído. Con fácil y serena palabra, muy propia de aquel lugar y de este género didáctico, pronunció allí ocho discursos sobre los grandes oradores griegos, y las extraordinarias circunstancias políticas y militares que inspiraron sus arengas, bastantes para dar buen concepto á cualquier hombre de letras. Ha acrecentado, por otra parte, la patria literatura con un libro que en ella indudablemente hacía falta, y visto por estos dos solos lados el asunto, no tendría motivos sino para estar contento.

Pero he de hacer aquí hoy una confesión, que algunos quizá aplaudan, y de seguro tendrán los más por escrúpulo extraño. Cada vez que un joven de estos que, por haber nacido sin rentas, son ó tienen que ser hijos de sus obras, laborioso, honrado, con fe en la virtud y el trabajo, viene á pedirme consejo ú apoyo para dedicarse á los graves estudios que la carrera política exige, si luego al punto no le quito de la cabeza tan mal propósito, me queda en el alma un disgusto, que confina con el remordimiento. Gran cosa es para mi sosiego que no sean muchos los que de caso pensado empiecen la carrera política en España, y que todavía sean me-

nos los que para entrar en ella pidan ni necesiten consejos, y menores, mucho menores en número aún, los que sospechen que exija estudios ningunos la profesión ú oficio de la política. Hay alguno que otro, no obstante, imbuído en muy diferentes máximas, como, por ejemplo, el autor del presente libro; y si por ventura estímulo yo á estos tales á que continúen el camino emprendido, y les animo á que se fortifiquen con el estudio para andar con paso más seguro, ni me escapo después del consabido remordimiento, ni luego deja de venirseme á la boca la duda que apunté anteriormente.

Porque, en realidad, ¿qué puede conquistar un hombre de estudios en cualquiera otra parte del mundo, que sin ellos no se logre y disfrute en España? ¿Ni qué da ó puede dar la política en España á un hombre de bien, que en otra cualquiera profesión ú oficio no alcance más fácilmente? Por triste que la suerte de todos sea aquí ahora, todavía es más triste que otra alguna la de los políticos, si merecen nombre de tales. Por tierra las instituciones todas y todas las leyes, solamente nos resta un principio eficaz, el de la fuerza; y la fuerza no es aquí ya amparo del derecho, sino instrumento de medros personales.

Acabó el influjo de los hombres de Estado y de los oradores; acabó hasta el de los sofistas y charlatanes, que en épocas como la presente suele ser más duradero: todo, absolutamente todo, en este Bajo Imperio, de nuevo está á merced de los pretorianos. Como no hay monarquía ni república que servir, el que á toda costa se empeña en servir ó figurar, tiene que contentarse con fatigar sus labios en alabanza ó defensa del *caudillaje*. España atraviesa, sin la menor duda, el más miserable período de toda su larguísima historia: superior en vicios y traiciones al que terminó en Guadalete; inferior en viriles virtudes al de Carlos II.

Nada de esto se puede ya remediar con el saber ni con la palabra evidentemente; ¿para qué, pues, las vigilias de los estudiosos? ¿Para qué estas concienzudas lecciones sobre la antigüedad clásica, en ninguno de sus ramos diversos? Aun suponiendo que el genio de los oradores griegos se transmitiese por milagro á los lectores de la presente obra, ¿qué

podrían hacer hoy en esta patria descreidísima, que en la suya no intentaran ellos, y también en vano? Concediéndoles la fortuna, al menos, ser, ya que lo fueron, vencidos y tiranizados por un Filipo y un Alejandro; cosa que, ni con mucho, nos otorga á nosotros la suerte. Todo lo demás es algo semejante, y prueba que, en la España de nuestros días, tanto y más que en la Grecia de Demóstenes ó la Roma de Cicerón (vilmente entregado al fin á los sicarios), no hay peor oficio, si de veras se toma, que el de hombre público.

Pero las lamentaciones, por fundadas y legítimas que sean, suelen hallar siempre oídos sordos. El amor es pasión muy desacreditada entre la gente de juicio; y no por eso deja nunca de causar en el mundo sus sabidos estragos. Cuando una afición nos sale á los hombres de adentro, no valen contra ella consejos; la propia experiencia y no más, y eso si es muy dolorosa, puede destruirla ó modificarla. Tal es, sin duda, el caso del Sr. Roda, y de los que siguen su misma senda, en demanda de la fortuna política.

Ni se necesita gran sagacidad por cierto para descubrir en las páginas que siguen (como descubrí yo en las primeras palabras que con su autor crucé), que es éste un hombre herido del más desgraciado de los amores, para cualquier hombre de bien: el amor á la política. Quien tradujo á Demóstenes con entusiasmo tal, y ha recorrido luego con tamaño ardor la historia política de los pueblos helénicos; quien ha descrito con semejante atención los sucesos, y retratado tan exactamente á los principales actores de aquel teatro tumultuoso, donde puso en escena y estrenó el linaje humano todas las comedias y tragedias políticas, que habían de repetir y representar constantemente los futuros siglos, no es sólo un estudiante curioso, ni un erudito comentador, ni mucho menos un frío retórico de los que no buscan más en la antigüedad clásica que citas y ejemplos.

No: en las páginas que contiene esta obra palpita el alma de un hombre que ve en la tribuna la verdadera señora de sus pensamientos; de un hombre á quien le enciende la multitud, el auditorio, como enciende al buen soldado la vista de los ejércitos, y el vecino resplandor de las armas; de un

hombre, en fin; que apetece las grandes luchas de la palabra, no menos llenas de emociones, de peligros, de viriles placeres, que las de los campos. De seguro que, al meditar sobre los combates y los triunfos de los famosísimos oradores griegos, ha sentido hartas veces inundada su fantasía con la dulce esperanza de combates y triunfos, en que él mismo ponga mano y tome parte. Á todos los apasionados de la oratoria y de la política les ha sucedido otro tanto. Se fantasea, se sueña, como con un ideal purísimo, con la tribuna y con el auditorio; con el fácil y ardiente aplauso de los amigos y el sordo y provocador murmullo de los adversarios; y sobre todo, sin darse exacta cuenta de ello aún, con aquel efecto supremo y aquella incomparable satisfacción, la más grande sin duda de un orador ante las gentes: con el silencio. El silencio, comunicación íntima, magnética, de la inteligencia del que escucha, con la del que habla en público; el silencio, que primeramente impone la voz y el gesto, y después la frase, el sentimiento, la idea; el silencio, que humildemente somete mil distintas voces á una no más, y á una sola inteligencia mil inteligencias discordes; el silencio, en fin, en el cual, ahogando los unos su entusiasmo, los otros su cólera, y subyugados todos, rinden tributo unánime y el más raro de los tributos, á la verdadera y viril elocuencia.

¡Ah! Todo eso es ciertamente tentador para un alma joven, para un talento que se reconoce y en sí propio confía; para quien no ha visto sino muy desde lejos, así como á la distancia en que parecen azules todos los montes, lo que son y en realidad valen los triunfos oratorios. Bien ha podido soñarlo, pues, el Sr. Roda; y es por demás disculpable que se sueñe, y se apetezca, y se aspire á alcanzarlo.

No me estaría bien á mí que, ya que á alcanzarlos no acertase, á tantos merecidísimos he asistido, disminuir un punto el valor de tales triunfos. Lejos de eso, reconozco y declaro, que, en mi concepto, la mayor satisfacción personal, que sea dada en este mundo al hombre, es la de dominar con su palabra, por algún espacio de tiempo, á un gran número de sus semejantes. Pienso también (y dígolo en honra de

algunos de mis contemporáneos vivos y muertos), que la oratoria espontánea, desconocida ó poco menos de los antiguos, y tan usada por necesidad en los modernos Parlamentos, obliga al más grande de los esfuerzos y á la más alta prueba de sí, que pueda hacer ó dar el entendimiento del hombre. Pienso, por último, que los discursos oratorios preparados con esmero, previamente escritos, y tan trabajados en todos conceptos, desde el exordio á la peroración, como los de Demóstenes y Cicerón solían ser, constituyen obras de un arte excelso, dignísimo de competir con la arquitectura, la música, la escultura, la pintura y la poesía misma.

Inadvertidamente me hallo empeñado en una cuestión grave, sobre la cual he de decir algunas palabras más, por lo mismo que difiere en algo mi opinión de la que en este punto sustenta el autor.

Si los discursos con mucha anticipación preparados, por tal ó cual orador, no hieren tan vivamente la atención, ni promueven tan hondos afectos como aquellos otros que á las veces el propio orador engendra en las entrañas mismas del debate, desarrollándolos por maravillosa manera hasta darles cuerpo y alma, fondo y forma á vista de todos, tienen los primeros, en cambio, la ventaja insigne de durar más, y con mayor crédito, en la memoria de las gentes que los leen. Porque así como al discurso, previamente dispuesto para ser dicho en un caso dado, no le es posible alcanzar el grado de oportunidad y de intención, ni la verdad del acento, ni la autoridad que tiene el que improvisa un gran maestro, jamás poseerá ninguna improvisación, por su parte, el mérito que un discurso de antemano compuesto y escrito, por lo que toca al método, y distribución, y encadenamiento de las ideas, á la exactitud, abundancia, elegancia y armonía de la frase, á la erudición y riqueza de los hechos y doctrina.

Es la improvisación parlamentaria un género de representación escénica, en la cual compone y representa la pieza el actor, todo á un tiempo. Era el orador de la antigüedad, y son los que dentro y fuera de España componen cual ellos sus discursos, en el gabinete, un autor con todas las ordinarias condiciones de tal, y solamente es actor ante el audi-

torio. Mas la improvisación, como el arte divino de los cantantes y el de los comediantes ó actores, suele ser flor de un día, que al caer el sol desaparece, dejando sólo por memoria hojas marchitas y pálidas. ¿Quién, que no haya oído á un grande orador que improvisa, á un cantante, á un actor insigne, puede decir que los conoce, ni juzgarlos? Por el contrario, el discurso escrito conserva lo más de su belleza perenne, y se transmite casi intacto de siglo en siglo. El arte griego por excelencia era la escultura sin duda alguna; y todo tiende por eso mismo á ser escultural, tallado y cincelado en mármol en las artes griegas. Los discursos de sus oradores se labraron, pues, como sus estatuas, y duran tanto como ellas, y aún más que ellas. Hoy las exigencias de los tiempos son otras, y la escultura es por esa propia razón la menos cultivada de las artes, aunque sería gran desgracia en verdad que dejara de ejercitarse y brillar de todo punto. No menor desgracia fuera que la grande oratoria meditada, escrita, con prolijidad preparada en el fondo, la forma, y la acción, desapareciera; pero la ordinaria elocuencia de los modernos Parlamentos tiene que ser otra indudablemente. Sin duda exageraba Cormenin cuando, tratando de la elocuencia inglesa, y comparándola con la antigua, decía que, en lugar de la clámide griega, y la encarnada toga de los romanos, con que aparecía revestida esta última, llegaría pronto el tiempo en que toda oratoria pudiera representarse con gorro de algodón y bata de percal, como hija legítima del industrialismo de la época (1). Pero estaba muy en lo cierto á mi juicio el ingenioso autor del libro francés intitulado: «*Eloquence et improvisation*» (2) cuando apellidaba á la improvisación «Musa alada, y graciosa, y libre, no tan querida por la pureza de sus melodías, como por la belleza de sus movimientos; ágil, valerosa; natural instrumento, arma propia de todos aquellos que fundan en la palabra el poder

(1) Véase la carta de Mr. Cormenin, que precede á la obra intitulada: *Les Orateurs de la Grande Bretagne*: París, 1841.

(2) *Eloquence et improvisation*, por Eugène Paignan: París, tercera edición, cap. III.

ó la dominación.» Con todo: si esto es generalmente verdad, y más que nunca en nuestros días, no puede menos de admitirse que hay muy notables excepciones. Por no citar sino antiguos ejemplos, que bien pudiera citarlos modernísimos, quiero limitarme á decir, que, si bien no faltan historiadores griegos, que refieran, que producían mayor efecto todavía los discursos improvisados de Demóstenes, que sus ordinarios y trabajadísimos discursos, con exordios preparados muy de antemano, y hasta por puro entretenimiento, todos están contestes y unánimes en que, desde Pericles hasta el propio Demóstenes, la elocuencia clásica, escultural, verdaderamente artística, que por lo común se empleaba entonces, fué también poderosísimo instrumento, y frecuentemente irresistible, de dominación. Los grandes y estudiados discursos de Pericles, señalan verdaderas épocas, no tan sólo en su vida, sino hasta en la historia general de la Grecia; y no hay que decir si las arengas, y principalmente las filípicas de Demóstenes, influyeron ó no en las paces y las guerras de su tiempo.

Artes distintas, en suma, la improvisación, y la oratoria ejercitada en discursos preparados y escritos, cada cual de ellas tiene sus excelencias propias y sus peculiares flacos; y respectivamente requieren ambas sus oportunos lugares, y ocasiones. Y sea esta mi última palabra sobre una cuestión de un modo algo distinto tratada, según dejo dicho, en el presente libro, por lo cual no me parece impertinente el dedicarle tanto espacio.

Y quiero ya concluir, dejando la palabra al autor, que es quien se ha propuesto usarla con suficiente extensión, y con caudal y calidad de noticias bastantes, para merecer que se le escuche ó lea detenidamente. Por mi parte con estas ligerísimas páginas, escritas *á vuela pluma*, no me he propuesto otra cosa sino pagar de algún modo al autor la antigua deuda, que con él contraje al admitir la dedicatoria de su precedente obra. Quizá se trasluzca con exceso en ellas mi estado de ánimo y sea eso una gran falta literaria; pero, ¿qué juicio formaría la posteridad de los que, por azar, consignamos hoy nuestros pensamientos en letras de molde, si conociendo,

como á fondo conocemos, la época infame en que escribimos, saliesen páginas frías, indiferentes, serenas, de nuestras manos? ¡Oh! no: es preciso que nuestro dolor proteste contra el mal, ya que lo suframos.

No cabe asistir tranquilos como á un fingido espectáculo escénico á la descomposición, la ruina, á la vergüenza actual de la Patria. La oratoria puesta al servicio del error y del mal, y temerariamente empleada en destruir lo que ni se edificó ni se reedificará jamás por la limitada virtud de la elocuencia, tiene sobrada culpa en nuestras actuales desdichas para que, tratando de ella, no se trate también sin querer de esas desdichas mismas. Hoy recibe la oratoria sofística su castigo, puesta en la argolla de su impotencia. Sobre las ascuas en que ella imprudentemente soplara y que ella encendiera, se ha forjado el hierro que hoy afilado se cruza por todos los ámbitos de la pobre España; y todos por igual los va devastando. ¡Pueda esto al menos servir de lección, sumado con el espectáculo, triste también, que las antiguas repúblicas griegas, y los oradores griegos nos ofrecen, para que el arte divino de la palabra no se emplee de aquí adelante en corromper y perturbar, sino en adoctrinar y guiar á los pueblos! Difícil es, porque no hay más rara probidad, bien lo sé, que la de la elocuencia.

Hombres hay llenos de hermosos sentimientos, aptos para toda obra generosa y buena, incapaces de cometer ninguna otra falta quizá, que, por desdicha de ellos y de todos, no han sabido sacrificar al bien público ni una sola frase que provocar pudiera emociones y aplausos; mísero fruto para tan caro precio, y triunfo indigno de quien puede obtenerlos legítimos y grandes. El arte de la palabra no llegará á su apogeo sino cuando el orador, mientras más grande sea, más sinceramente aspire á ser el *vir bonus* del preceptista romano.

II.

(JULIO DE 1882.)

Escribí ocho años há (1) la introducción á un libro intitulado *Los Oradores griegos*, obra del propio autor, que da á luz éste, donde trata de los del Lacio, completando así la publicación de las lecciones que, sobre la elocuencia antigua, pronunció de 1872 á 73 y de 1873 á 74, en el Ateneo de Madrid. Si dijera el tiempo que, por causa mía, está impreso, y sin salir á la venta, el nuevo volumen, causaría maravilla la paciencia del autor, que realmente pica en heroica; pero aunque sea causante del mal, no me reconozco del todo culpable. Nadie que me conoce estima por el mayor de mis defectos la pereza; y digo en conciencia, que la culpa es sólo del atropellado modo de vivir que acá en Madrid llevamos todos, y muy particularmente los que, por nuestros pecados, tal vez, nos mezclamos en las cosas políticas. Cualquiera dispone de nuestro tiempo, y de lo que hemos de hacer, ó dejar de hacer, menos nosotros mismos.

Por eso, que no por falta de voluntad en mí, es por lo que al público le ha sido imposible aprovechar antes estas lecciones, no menos útiles que las primeras. Difícil era, por supuesto, escoger mejor asunto que el de unas y otras para tratado en el Ateneo, que es donde se émpiezan á despertar y poner de manifiesto las aptitudes y aficiones del mayor número de aquellos que se dedican más tarde á la vida pública. Porque la oratoria, ya se sabe, prevalece hoy con mucho entre las artes y ciencias que cultiva el hombre político, no en España sólo, sino en casi todas las naciones cultas, dado que en Europa no hay más que dos que todavía carezcan de tribuna. El foro además, y aun la cátedra, solicitan ya también auxilios de la oratoria para alcanzar mejor sus respectivos

(1) Escrito en julio del año pasado, en Biárritz, no se ha impreso con el volumen á que va unido hasta marzo del actual.

finés. ¿Cómo no habían de merecer, por tanto, estas lecciones la atención de los socios del Ateneo? ¿Cómo no se ha de haber echado de menos la publicación de un trabajo que, terminado y conocido desde 1874, no logra ver la luz sino ahora?

No es mucho lo que con ocasión del nuevo volumen tengo que añadir, á lo que en el prólogo del primero dije, tocante al desempeño general de la materia. Igualmente que en el de los oradores griegos, da en éste á conocer el autor el estado de las cosas públicas, al tiempo que se pronunciaban los discursos y arengas que por modelos designa á sus lectores. Dentro de los reducidos límites de sus lienzos, ni en uno ni en otro cabía tratar con más amplitud los complicados asuntos de tales cuadros. La exactitud de los detalles, la fisonomía y carácter de las personas, la luz que las alumbra, al presentarse en escena, nada dejan que desear al más descontentadizo crítico, descubriéndose á la legua que ha bebido el autor en las mejores fuentes. Ni como historiador, ni como biógrafo, tocábale ciertamente investigar y hallar verdades nuevas, ó ser grandemente original. Bastábale saber y exponer bien cuanto en cada punto especial los maestros enseñan.

La doctrina de esta obra es luego lo que debe ser, segura y clara, y va á mayor abundamiento acompañada de breves, oportunas, discretísimas notas, con que se hace el estudio más provechoso y fácil. Por otra parte, tiene el autor estilo llano y sobrio, y con todo eso elegante, que ofrece siempre apacible entretenimiento y recreo, al propio tiempo que abrevia el camino á los que quieren ponerse pronto al cabo de las cosas de la oratoria, contentándose con saber compendiosamente cómo y de qué modo entendían la elocuencia, en general, los antiguos. Y en nuestro país pienso yo que tales noticias y enseñanzas deben ser muy apreciadas, pues que el gusto de la elocuencia es grande si hemos de medirlo por la atención con que se siguen los debates, no ya sólo de parte de hombres de toda condición, sino aun de parte de las más cultas de las mujeres, figurando en no corto número las que con tal de asistir á ciertas sesiones de los Cuerpos Colegisladores se exponen á un calor sofocante, al fastidio de lar-

gas horas de espera, á los chascos frecuentes de no ser precisamente los oradores que desean los que les toca oír, á incomodidades en suma que, dicho sea en honor suyo, soportan allí con tanta paciencia como podrían tratándose de brillantes saraos. Ni son el Senado ni el Congreso los únicos teatros en que esa noble afición se manifiesta y campea entre los españoles de uno y otro sexo, que ella da de sí iguales muestras en los salones estrechísimos de nuestras Academias, ó en el Paraninfo de la Universidad, y no añadido que en las iglesias, por ser obligación y no divertimento para las cristianas buenas y los buenos cristianos, el acudir á escuchar la palabra de Dios. De esperar es, pues, que personas á quienes la elocuencia recrea tanto, hojeen algunas veces esta obra para juzgar con más conocimiento del arte en sí y de sus condiciones propias, y para hacer comparaciones inteligentes entre nuestros modernos oradores y los antiguos.

¿Hay, por ejemplo, quien desea saber cómo se formaban y educaban estos últimos? Pues esparcido por los dos volúmenes de la obra, y muy singularmente por este que traigo entre manos, encontrará de seguro, cuanto á tal propósito conviene. Cicerón, Quintiliano y todos los preceptistas clásicos le son al autor familiares; y procura además justificar su exposición doctrinal con citas de los mejores modelos, cosa que me parece digna de alabar en gran manera. «No lea V. de las retóricas sino los ejemplos,» me dijo á mí un día el gran Quintana, cuando, pasados los primeros estudios, pero muy joven aún, sometía yo cada domingo á su juicio y corrección mis tosquísimos ensayos en prosa ó verso. Lección fué aquella, que entre las muchas que recibí del patriarca venerable, guardo con especial aprecio en la memoria, porque la disposición natural, para esta ó aquella de las artes, y la continua contemplación de los grandes modelos, á no dudar son las alas, con que al fin y al cabo se eleva el artista á las alturas supremas. No quiere esto, sin embargo, decir, ni tanto pretendía de cierto Quintana, que antes de emprender el vuelo oratorio, no sea forzoso preparar y robustecer las peculiares alas del espíritu con las reglas, los preceptos, el caudal de documentos prácticos, técnicos, por la universal ex-

perencia atesorados. Que no de otro modo el que haya de rivalizar con el vuelo mismo de las águilas más tarde, alcanzará previamente aquel desarrollo de órganos y facultades, que necesita para su propio servicio, y para cumplir sus excelsos fines.

¡Ah! no: nadie, por ingenio que posea, se puede sustraer del todo al conocimiento, al ensayo, al ejercicio material del arte que profesa, bien que en esta indispensable preparación corran y adelanten mucho más unos que otros. Y el orador, que en tanto que es orador es artista, no ha de infringir una ley, por natural y humana, universal. Oigan, pues, los que se dediquen ahora á hablar en público, cómo por boca de otro resumió Cicerón los preceptos mismos de oratoria, que nuestro autor disemina en las diversas partes de su trabajo.

«No he de negar,» le hace decir, entre amigos, allá en el Túsculo á Lucio Craso, célebre orador latino, «que en un principio como conviene á todo hombre de buena familia y liberalmente educado, aprendí estos preceptos triviales y comunes: primero, que el oficio del orador es decir de una manera acomodada á la persuasión; segundo, que todo discurso es ó de cuestión ilimitada, sin designación de tiempo ni personas, ó de cuestión limitada á ciertas personas y tiempos. Y que como toda el arte oratoria está dividida en cinco partes, lo primero que ha de hacer el orador es inventar lo que ha de decir; lo segundo, ordenar lo inventado, y pesarlo y componerlo; lo tercero, vestir y adornar el discurso; lo cuarto, guardarlo en la memoria; lo quinto, recitarlo con dignidad y gracia. También aprendí que en el exordio se debe conciliar el ánimo de los oyentes, y luego hacer la exposición, establecer la controversia, confirmar nuestro parecer, refutar el del contrario; y en el epílogo, amplificar y poner de bulto todo lo que nos favorece, y debilitar y menoscabar lo que favorezca á nuestros adversarios. Aprendí también todo lo que enseñan sobre el ornato del discurso: primero, que se hable con pureza de latinidad; segundo, clara y tersamente; tercero, con elegancia; cuarto, con decoro y según la dignidad del argumento. Supe los defectos de cada cosa, y ví que querían dar reglas hasta á las cualidades que más dependen de la na-

turalidad. Sobre la acción y la memoria recibí pocos preceptos, pero luego los fecundé con el ejercicio.» Á esto se reducía, con efecto, casi toda la doctrina de los puros retóricos. Y es evidente que Cicerón no muestra hasta aquí mayor respeto que Quintana á las puras reglas, y á la mera retórica, pues que se deleita, como habrá notado el lector, en herir constantemente á los antiguos preceptores latinos ó helénicos con las aceradas puntas de su ironía.

Donde Cicerón da ya sinceros consejos, y establece verdaderos preceptos, aunque siempre á nombre de Craso, es en esto que sigue:—«A muchos les pierde, escribe, el haber oído decir que hablando se aprende á hablar, cuando la verdad es que hablando mal es muy fácil conseguir el hablar pésimamente. Y aunque en tales ejercicios es útil muchas veces hablar aun de repente, todavía es más útil tomarse tiempo para pensarlo, y hablar con discreción y esmero. Y lo principal de todo (aunque, á decir verdad, lo que menos hacemos, porque huímos de todo gran trabajo) es escribir mucho; la pluma es el mejor y más excelente preceptor y maestro, y no sin razón, pues si el discurso meditado vence á la improvisación, cuánto más no la vencerá la asidua y diligente escritura. Porque todos los argumentos, todos los recursos oratorios, ya procedan del arte, ya del ingenio y prudencia, se nos presentan y ofrecen cuando afanosamente los buscamos, y con toda la atención de nuestro espíritu los contemplamos; y todas las sentencias y palabras que son más brillantes en cada género, es necesario que una tras otra pasen por los puntos de la pluma. La misma colocación y armonía de las palabras no se perfecciona sino escribiendo con cierto número y cadencia, no ciertamente poético, sino oratorio. Esto es lo que arranca aplauso y admiración para los buenos oradores, y nadie lo conseguirá si no ha escrito mucho y por mucho tiempo, por más que se haya dedicado con todo afán al discurso improvisado. Y el que de escribir pasa á hablar, trae la ventaja de que sus discursos, aunque sean improvisados parecerán escritos, y si trae algo escrito no presentará discordancia alguna con el resto de la oración... En los diarios ejercicios que hacía yo cuando mucha-

cho, solía imitar á aquel Cayo Carbón, enemigo mío, del cual me constaba que para fijar en la memoria algunos versos insignes ó algún notable discurso, repetía lo mismo que había leído, con otras palabras, las mejores que él podía encontrar. Pero después noté que eso tenía un inconveniente, y era que las palabras mejores y más propias y elegantes las habían usado ya Ennio, si me ejercitaba en sus versos, ó Graco si me proponía por modelo sus discursos. El usar las mismas palabras á nada conducía, y emplear otras menos propias era una dañosa costumbre. Después me ejercité, durante toda mi juventud, en traducir los mejores discursos de los oradores griegos. Esto tenía la ventaja de que, al poner en latín lo que antes había leído en griego, no sólo buscaba yo las palabras mejores entre las que usamos, sino que introducía, á modo de imitación, algunos vocablos nuevos entre nosotros, con tal que fuesen propios. En cuanto á la voz, al aliento, al gesto y ademán del cuerpo, no es tan necesario el arte como el trabajo... Se ha de ejercitar la memoria aprendiendo muchos escritos propios y ajenos... De este doméstico y umbrátil ejercicio ha de salir luego la elocuencia á la arena, al polvo, en medio de los clamores, al campamento y lucha forense. Allí hay que acostumbrarse á todo y hacer prueba de las fuerzas del ingenio, y sacar á luz toda esa doctrina largamente adquirida» (1).

La cita es muy extensa, aunque no cabe duda que lo merece por ser de quien es; y nadie dejará de leer este trozo didáctico sin fruto. Hay en todo él buena doctrina retórica; pero hartos se deja aquí entrever, como también habrá observado el lector, que Cicerón daba la preferencia misma que daba Quintana sobre los meros preceptos, y las descarnadas reglas, á la contemplación de los modelos.

Apenas necesito decir ahora, por mi parte, en qué me hallo conforme, que naturalmente es lo más, y en qué difiero algún tanto de las sabias observaciones precedentes. Ya expu-

(1) Hago generalmente uso en estas citas de la traducción del Sr. Menéndez Pelayo de las obras de Cicerón, tomos I y II.

se, por ejemplo, en el prólogo al tratado de los oradores griegos, cuanto juzgué necesario acerca de los discursos escritos, aprendidos de memoria y declamados, que es de los que trata Cicerón principalmente, y acerca de la improvisación oratoria, más indispensable, más frecuente, más útil, sin duda, en nuestras asambleas modernas, que su rival, aunque por fuerza menos correcta, y bien ordenada, más pobre en adornos, y de menos efecto á la lectura. Para mí no es cierto que siempre venza, como Cicerón pretende, el discurso meditado al improvisado, en verdaderos debates, como son los de las modernas Asambleas parlamentarias. Ni tampoco pienso que la composición del discurso deba ser tan exacta, y medida, como la de un libro; antes estimo que la repetición de los conceptos y la amplificación en las frases, contribuyen mucho á producir el efecto que se desea, fijando las cosas profundamente en el ánimo del que escucha: cosa que la estricta prosa no alcanza en tanto grado jamás. No hay para qué decir dos veces, ni de dos diferentes maneras en un libro que se ha de leer á solas, y reposadamente, lo que se necesite que comprenda el lector, ya que éste puede repetir la lectura de cada página cuanto quiera. Pero en la rapidez con que corre la oración hablada, entre los rumores varios é inevitables, que el imperceptible movimiento y la respiración misma de los oyentes bastaría para hacer sensibles, cuanto más la expresión de las encontradas emociones, que el debate suscita naturalmente, muchos conceptos, los más importantes quizá, quedarían oscuros ó inadvertidos, si no se les paseara una y otra vez por las orejas del auditorio. Ni es esta sola la diferencia esencial entre lo hablado y lo escrito, en mi concepto.

Pierden también claridad con ser muy largos, en la prosa escrita y luego leída, los períodos, porque ni los signos ortográficos, ni la puntuación más esmerada, bastan para distribuir bien las frases; pero el orador que acentúa y puntúa las más veces con el gesto, con el movimiento de los brazos, del cuerpo mismo, y con las inflexiones de la voz, se encuentra en mucho más favorables condiciones para formar períodos extensísimos, y frecuentemente saca de su empleo

grandes efectos. El exagerado esmero de la frase hablada quítale naturalidad, por otra parte, y hasta enfría, y acaba por fatigar á los que oyen, nunca acostumbrados á que así se hable entre hombres y hombres.

Por último, dije ya en mi prólogo precedente, que el orador venía á ser á modo de un autor dramático, que componía y representaba su propia obra, y ahora añado, que este género de drama consiste no en monólogos, sino en verdaderos diálogos del orador con su público; diálogos en que sólo se oye la voz articulada del primero, pero en el cual es indispensable que también tome parte el otro, con sus mil voces interiores, las cuales de seguro contestan á quien sabe preguntar, ya con aprobación, ya con desaprobación, ya con entusiasmo, ya con cólera. Y desgraciado de aquel de quien se pueda decir que habla solo, aunque por cualquiera otro motivo, que no sea el de enterarse de lo que dice, permanezca á su alrededor mucha gente. Tales diálogos se establecen y mantienen por medio de misteriosas, magnéticas corrientes, y la mayor cualidad del orador es quizá la de tener finísima sensibilidad de órganos para percibir lo que, mientras habla, dicen como para sí, pero en secreta discusión con él, sus oyentes.

Siendo hasta tal punto el discurso un género de poema dramático, claro es que no le bastan las gracias ó elegancias de la expresión para conmover, interesar, producir, por fin, el objeto apetecido, sino que todavía más que eso necesita exposición adecuada y clara; acción fecunda, varia, creciente, viva; desenlace que deje honda impresión cuando no grande enseñanza en el auditorio. Todo, en resumen, entre el arte oratorio y el dramático es semejante: hasta la condición que años hace he expuesto yo, y distintas veces, de necesitar á toda costa el éxito uno y otro; y el éxito inmediato, sin serles dado aplazarlo para la posteridad, cual cabe en distinto género de obras intelectuales. Los autores y pensadores en general pueden, y deben si pueden, adelantarse á su siglo, sobreponerse á sus contemporáneos, producir obras que el público de su tiempo no merezca, para recreo y encanto de diferente edad más ó menos remota; pero el que convoca á

un teatro ó al pie de una tribuna al público, lo primero que tiene de hacer es no tenerlo ni reunirlo allí en vano. Lejos de eso, está en la obligación de hablar en forma que él comprenda, y de explicarle las cosas por modo tal que lleguen fácilmente á su alcance; sin lo cual comete una falta digna de cualquier acompañamiento de silbidos por desaforados que sean. Esto poco que mi larga práctica me ha enseñado, se puede, si parece bien, añadir á las observaciones infinitamente más importantes de Cicerón, mas no contraponerlo á ellas, que en nada esencial le contradigo, y aun es cosa corta lo que de él me aparta; quedándole además á mis lectores el natural derecho de dar por no escrito aquello en que realmente se separe mi juicio sobre puntos que estimen graves del de tan incomparable orador.

Por otro lado, son los tiempos tan diferentes que tampoco sería muy extraño que, la oratoria de ahora, por fuerza tuviese que diferenciarse de la antigua en ciertas cosas. Ya, por ejemplo, no se suelen llevar los debates como en apelación, del Senado al Foro, ó sea de los Cuerpos Colegisladores á la plaza pública, encaminando la oración á convencer y regir todo un pueblo, investido de los caracteres de Juez ó Legislador. Nadie habla ya á muchos miles de personas bajo techado, ó fuera de techado, sino estando seguro de que aquel concurso no va á deliberar y resolver sobre nada, sino á oírle y aplaudirle, como reunión más ó menos vasta de amigos. Cuando llegan las verdaderas circunstancias de que delibere y resuelva reunido todo un pueblo, la mayoría, ó siquiera gran parte de él no hay ya ocasión de lucir, por lo común, primores ciceronianos; que de cierto anda vecina, y mucho más adecuada, más eficaz, hasta más grande en sus expansiones peligrosas que la oratoria, la fuerza bruta. Algunos cantones suizos podrían ser excepción de esta regla; si en aquella libre tierra se cultivara, que no se cultiva como arte, la elocuencia. La verdad es, en tanto, que el poder real y efectivo de la palabra humana no pasa de ser por su naturaleza limitadísimo, y hartas veces contrista á los que más lo poseen ó lo emplean más, la triste figura que hace comparado con el que la fuerza alcanza fácilmente. Tales desaforados

sectarios, á quienes no costaría trabajo alguno someter por la vía de las armas, jamás se dan por vencidos de la oratoria, aunque ella los confunda con la evidencia. Pero no siempre se debaten por dicha entre los hombres cuestiones tales que no den espera y lugar á ser resueltas pacífica y parlamentariamente, lo cual deja aún hoy espacio á la elocuencia para lograr en más estrechos teatros sus modestas victorias.

De todos modos, es preciso reconocer que, lejos de tirar siempre á contener ó reprimir la violencia, evitando todo lo posible el que ésta intervenga en los negocios humanos, se emplea sobradas veces la oratoria en precipitarla; y suele alcanzar entonces sus más grandes y notorios, aunque menos honrosos triunfos. Llevar entre los hombres la voz de los intereses, de los odios, de las pasiones desordenadas, en fin, fácil cosa es siempre, y no se necesita, en verdad, ni el genio del verdadero orador, ni muy exquisito arte retórico para ejecutarlo. Por eso no acertó Cicerón mismo á conmover y persuadir á sus asesinos, y cada día vemos, en cambio, que entre partidarios y amigos es ó parece elocuente cualquiera. Pero el arte oratorio que el Sr. Roda ha querido enseñar con sus lecciones, y que á ningún otro cede en importancia y belleza, nada tiene que ver con el mísero talento empleado en el mal. Entre enemigos, y todavía más si están apasionados, y alardean de injustos; contra los intereses, las opiniones y los furios de los amigos ó los contrarios, descubre y ostenta realmente la palabra hablada su propio, legítimo poder. Y para alcanzar tales fines es noble, nobilísimo, emplear, que no de otra suerte, los secretos y el prestigio del arte oratorio.

Mas no acabaría nunca si me dejase llevar de mi afición á estas cosas, y en vez de prólogo escribiría otro libro, empresa para la cual nunca tengo tiempo. Voy, pues, á concluir, y antes quiero volver á hablar algo del autor de esta obra, ya que en el primero de los dos volúmenes traté tanto de su persona. Mucho, en verdad, han cambiado las cosas, no menos para él que para todos, desde aquella sazón. Los que me leyeron entonces, bien puede ser que recuerden aún las vehementes y dolorosas frases que me inspiró el propósito, ya evidente en el Sr. Roda, de dedicarse más tarde ó

más temprano á la vida pública. Era ya yo harto viejo de experiencia, aunque en años no lo fuera todavía; y, por lo mismo que conocía bien el camino que el joven, laborioso y entusiasta profesor emprendía, no quise tomar sobre mi conciencia el animarle á seguirlo, que, gracias á Dios, nunca he dado consejo de cuya bondad no estuviera cierto. Todavía, menos que en ningún otro tiempo, podía entonces interrumpir este ordinario proceder mío, porque, bien sabido es, que el espectáculo que España presentaba era para afligir hondamente cualquier ánimo no ofuscado por el choque sangriento de las doctrinas, los intereses y las pasiones, que contendían, sin reparar en el desquiciamiento general. Y eso que no era yo, por fortuna, de los que sólo á la sazón, veían tinieblas, así como por lo presente, en lo venidero: de ello han dado después los sucesos alguna prueba. Tampoco era de los descorazonados, ni de los ofuscados seguramente. Pero, al estímulo de la indignación, ni pudo ni acaso quiso resistir mi pluma, y hay, en aquel primer prólogo, ardientes frases que hoy tengo por justas aún; pero que no sería oportuno repetir. Lo más de lo que por aquel tiempo se apetecía, con doliente y vivo anhelo, no hay hoy que buscarlo, porque se posee ya, y basta, de aquí adelante, con no dejar que se pierda.

Mas de todas suertes, ni entonces ni después me ha parecido á mí bastante buena la carrera política para aconsejarla á nadie, y no se la aconsejé, con efecto, al Sr. Roda. No sin razón temo que el recuerdo de aquel prólogo de 1874, que desde dicha fecha no he vuelto á leer, sino ahora, me aparte más de lo conveniente de mi propósito, y quiero á mí propio recordarme, que me debo ceñir á señalar, con brevedad suma, los pasos que ha andado el autor en la carrera que, al dar á luz su primer tomo, no había comenzado todavía. Diputado durante las primeras y segundas Cortes convocadas después de la restauración de la Monarquía hereditaria y constitucional en España, los largos y concienzudos estudios sobre la oratoria antigua, que este tratado y su predecesor suponen, dieron bien pronto de sí los sabrosos frutos que eran de esperar. Con eso y todo, debió nuestro autor medir muy pronto la distancia enorme, que en este mundo suele haber entre

el entusiasmo de la imaginación, y la realidad fría. Quizá no encuentre ya hoy tan descaminadas las desconsoladoras advertencias que oyó al principiar su carrera, de los que la comenzaron antes que él, y que antes, por eso mismo, recogieron el mal fruto. Quizá lo que juzgó un día exagerado en la experiencia ajena, parézcale ya tibio, contemplado en la propia experiencia.

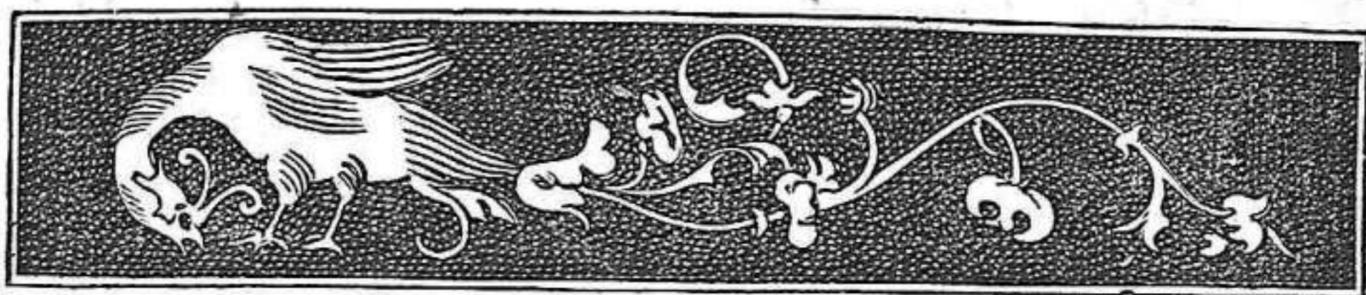
Y sin embargo, le ha dado asistir la Providencia, no ya como simple testigo, sino como laborioso actor, á uno de los más consoladores espectáculos de nuestra historia, á la restauración incruenta, generosa, resplandeciente en esperanzas patrióticas de la antigua Monarquía nacional. Durante ese gran período histórico, su palabra correcta, sonora, metódica, estética, ha resonado en debates altísimos, donde se ventilaban los intereses más caros de la Patria. Bajo el Trono, que con su voz y sus votos ayudaba á reorganizar y consolidar, al lado de aquellos con quienes le unía desinteresada y espontánea comunión de principios y sentimientos, delante de adversarios por la palabra potentísimos, hasta el punto de recordar á veces en la tribuna española las grandes voces de Atenas y Roma, el Sr. Roda ha comenzado y realizado ya buena parte de su vida política y en circunstancias, por lo favorables, desacostumbradas. Ni de ellas, ni de su personal éxito debe de estar descontento. Como él comenzó, pocos han comenzado hasta ahora. Correrá el tiempo, y á él, que no puede estar gravemente herido aún por los desengaños; á él, á quien todavía no ha podido alcanzarle la saciedad del éxito que tanto cuesta conseguir; á él, que no ha llegado á la cima del monte, donde á todo otro placer suele sobreponerse el del descanso que reclaman los trabajos de la subida, y donde se lamenta casi siempre el desengaño de las vistas logradas desde la altura, por ser de todos modos limitadísimas; á él, que no ha de comprender el cansancio de otros, hasta que experimente su propio é individual cansancio; á él, sin duda, se le ofrecerán todavía nuevas campañas que seguir, otras batallas en que pelear, ocasiones diferentes de ser vencido ó vencer, con ó sin gloria. Pero el campeón está ya armado de todas armas, y si por lo pasa-

do ha de juzgarse de lo futuro, quedará siempre como bueno en los trances que le depare la suerte. ¿Qué más se puede pedir ni querer? Por ventura, ¿depende lo demás de él, ni de persona alguna?

Quizá no esté todavía satisfecho del estado de nuestras cosas públicas, á pesar de ser tan superior al que tenían cuando dió su primer tomo á la estampa. Pero ¡qué remedio!: nadie nace en el siglo, nadie en la nación, nadie en las circunstancias que quisiera. Tanto como vencer vale después de todo el demostrar que, dada la ocasión, se hubiera merecido la victoria. Si ésta, en cambio, no se logra por los propios hechos, sino por fortuita alianza con las circunstancias, ¿qué ánimo, verdaderamente grande, se ha de lisonjear con hojas de laurel artificiales? Todo es igual en la vida, y puede ser indiferente, menos la propia conciencia, ó el merecimiento propio. Adelante, pues, y sirvan estas atropelladas reflexiones de estímulo á los que, como Roda, tengan todavía que hacer por este mundo largo camino. Puede muy bien ser que pequen de inútiles para él y para todos; pero, ¿qué hombre con canas no se venga algún tanto de los que no las tienen, sermoneándoles cuando le viene á mano, aunque no sea más que por descargar sobre espaldas ajenas alguna parte del peso de la vida propia? Lo que, en conclusión, digo yo, es que conviene vivir, luchar, dar cada cual á la familia, á la Patria, á la humanidad cuanto pueda, sin atender al premio. Que si todo mortal lograra aquí lo que merece, ¿para qué haría falta el concepto de otra vida mejor?

A. CÁNOVAS DEL CASTILLO.





EL SUCESO, Ó NOVELA,
DE
D. JUAN DE PERALTA

CABALLERO INDIANO,

CONTADO POR ÉL MISMO (I).

XII.

AMANECIÓ otro día, para mí bien deseado; vestíme de negro, y lo primero que hice fué ir á dar un paseo por donde vivía. Vide una casa muy principal con muchas rejas, mas no vide á nadie en ellas ni á persona á quien preguntar. Desde allí me fuí á los Capuchinos, por entender que como la dama dijo que iba allí á misa, por si acaso la hallara; ¡como si yo la hubiera visto! Mas hallé muy poca gente. Volví por la casa, dí otro paseo, pero por más que la rondaba, no vía persona á quien preguntar. A este tiempo salió un mozo, fuí tras él y preguntéle:—«¿Quién vive en la casa de donde vuesa merced salió?»—«Señor, yo no le conozco; sólo sé que se llama don Juan de Avellaneda, que vengo de parte del señor Almirante, que como sale en la máscara, me había de dar un recado. No le puedo decir otra cosa á vuesa merced.»—Y aunque me

(1) Véase la pág. 16 de este tomo.

dijo Avellaneda, no caí en el apellido de mi contrario; tal estaba yo, que, como digo, no me acordaba ni aun de mí. En fin, tomé el nombre y díjeselo á mi huésped, dándole las señas de la casa. De ninguna manera supo darme razón de nada; lo que me consoló fué decirme que él se informaría, que él tenía amigos que vivían en aquel barrio y se lo preguntaría; que en Madrid se suele vivir de puertas adentro y no saben unos de otros.

Mi consuelo era visitar la calle, y de ninguna manera, ni en ventana ni reja de ninguna manera, por pasear tantas veces, vide persona ni fiesta, que estuve en parte adonde no daban éstas, ni vide salir el coche ni persona de casa, cosa que me tenía maravillado; y era que la casa tenía otra puerta, que yo no lo supe en muchos días, por donde ordinariamente se mandaban, y por no preguntar ni dar escándalo, pasaba mi cuidado y pena que traía grande, sin de ninguna manera acordarme de á lo que había venido á la Corte. Y como estos días todo era fiestas y tornabodas, las noches había muy buenos fuegos en Palacio, muy diferentes que el primero, con muchas diferencias é invenciones, que todas las noches que duró el fuego, aquella plaza de Palacio no era noche sino de día, porque eran tantas las luces y luminarias que había, que las damas en los balcones se conocía quién era y qué vestido traía, aunque estaban altas, por ser la claridad tan grande.

Llegó el día de la máscara, á donde fué mucho de ver que las calles por donde había de pasar, estaban muy aderezadas. En la calle Mayor, todos los balcones y ventanas y rejas ocupados de muchas damas, que sólo para aquel día habían guardado tanta hermosura y gala, y aunque yo viera la que tanto cuidado me costaba no la conocía, y bien pudo estar entre ellas y yo no la vide. Salió el Rey de máscara muy galán, bordado de plata el vestido como para un rey de España, y don Luis de Haro (1), que era su compañero, de la misma librea; los lacayos, no hubo más que ver aquella librea; los caballos que llevaban quedaré corto en ponerme á

(1) Marqués del Carpio.

alaballo, sólo diré, que el caballo que llevaba el Rey, echaba de ver al que llevaba encima, que un animal tan valiente como es un caballo iba tan doméstico, que apenas parecía que los pies ponía en el suelo, por reconocer quién le gobernaba, al correr, con tanto sosiego, que parecía viento, á el parar, como si fuera un monte, sin corcovos ni escarceos, sinó clavado en la tierra.

Salieron por detrás de Palacio, fueron por las Descalzas, abajaron á Palacio, siendo los guías el Rey y don Luis de Haro. Seguían el Almirante y el marqués de Eliche (1). Iba el Almirante como él mismo, que en decir el Almirante se dice mucho. Ellos eran de máscara más de ciento. Contar las galas, las libreas, es hacer un tomo muy grande. Bajaron á Palacio, entraron en la plaza pasando por delante de la Reina y damas, haciendo la cortesía todos en pie cuando pasó el Rey. Había una valla á donde venía á rematar el paseo; y luego el Rey dió la primera carrera y su compañero con tal arte, que el Rey, siempre que corría ó paseaba, iba más de media vara delante de don Luis de Haro, y esto con gran cuidado. Dieron tres carreras en Palacio y luego se fueron á la plaza Mayor, donde se corrió otras dos carreras; y porque el Condestable (2) cayó, no se corrió más.

Fué muy lucido el paseo, donde se dejó ver el Rey de todos. Yo andaba loco de ver tales caballeros, tanta bizarría; que cuando yo oía decir en las Indias las desdichas de España y vide lo que vide en la entrada y luego en la máscara, decía: «no hay más Indias que en Madrid.» Y ver qué poco se estima el dinero, y con sacar la plata y el oro de las Indias, ver el que lo tiene allá cómo lo guarda y qué desdichadamente que gasta. Mas, acordéme de un refrán que oí en México, que decía: *Gánalo en México y gástalo en Madrid*, que viene al pie de la letra. No hubo hachas, que es lo que yo aguardaba, que con la caída del condestable algo se desazonó la fiesta. Dicen que no será nada.

(1) D. Ramiro Felípez de Guzmán, duque de Medina de las Torres.

(2) D. Bernardino Fernández de Velasco, VIII condestable de Castilla y VII duque de Frías.

Recogíme á mi posada, mas antes que me fuera á ella, fuí á dar un paseo, que con esto me contentaba, hasta ver si este San Telmo se aparecía ó tuviese algunas nuevas ó pudiera hallar algún rastro. Era imposible por diligencias que hice. Mas sucedióme la mayor dicha que pude imaginar, y fué, que el día de Nuestra Señora de la Concepción, estando en la cama por la mañana, llamaron á la puerta de mi aposento, y parece que mi cama y aposento estaba aguardando visita, porque el día antes la huéspeda le había colgado y puesto esteras nuevas y yo había sacado almohadas limpias y sábanas con punta y una colcha de China que traía, que los que navegan, su mayor caudal es tener ropa blanca; y todo estaba aseado. Llamé á mi criado, que residía en otro aposento más adentro; salió y dije: «Mirá quién llama.» Abrió la puerta, y si no lo tenés á disparate, era mi dama; y lo primero que me dijo: «Vuesa merced se esté quedo, que sólo vengo á pagalle la merced que me hizo y á saber cómo lo pasa; que por no haber tenido con quien avisar, he estado con mucho cuidado y esta doncella que viene conmigo no poder salir de casa; y no lo tenga vuesa merced á atrevimiento este casco (1) con que he venido arrevuelta, que como día de Nuestra Señora, vamos á confesar de mañana.» Y esto decía descubriendo una cara como mil mayos, unos carrillos como mil rosas, una boca como mil claveles y unos dientes como mil perlas; una barba con un hoyito, y los ojos, acababan de dar la perfección al mejor rostro que vide en mi vida, y con tanta honestidad, que á mí mismo me hacía tener respeto.

Empecéme á vestir y la tal señora á decirme que se iría si no anduviese muy cortés con ella. Yo le dí palabra de ello. Vestíme lo mejor que pude y á medio calzar abríle un baúl que traía de mucha curiosidad; de ninguna manera quiso tomar nada, sólo unos guantes tomó, bordados de negro, que compré de la Habana. Preguntóme de dónde era. Yo le dije que de Toledo, metiendo en el nombre que le dije otro supuesto. Ella me dijo que se llamaba doña Casilda y que su

(1) Manto.

casa era en tal parte, y que no se mandaban por la puerta principal, por vivir enfrente unas mujeres no muy honestas, y que su padre no quería que se saliese por aquella puerta, que otra tenía á la vuelta de la calle; que era imposible entrar en su casa ni enviar recados; mas si alguna cosa se me ofreciese, que escribiese un billete, y como que entraba en el portal á lo que entran otros, en un agujero que está allí metiese el billete, que la criada sale algunas veces al portal á barrer, y que allí hallaría la respuesta; y que otra cosa no pudiera sacar de su casa. Y que esta visita que hacía, era que estaba tan agradecida de la merced que le hice, que no cumplía con su obligación si no viniera ella misma á pagalla.

Satisfecha en su cortesía y término, pedíle que me diese algún favor. Respondió que no venía prevenida de cosa. Pues yo la dije que me feriasse una colonia con que traía trenzado el cabello por otra. Entonces dijo: «Si es gusto de vuesa merced, vela aquí.» «Mas—yo le respondí—que ha de ser con la condición que se ha de llevar ésta.» Y sacando del baúl una pieza de colonia de nácar, cortó lo que ella quiso, que era tan cortés, que no se la quiso tomar toda. Y se fué, dejando aquel aposento tan opaco como si fuera de noche y á mí tan melancólico, que en un buen rato no pude volver en mí.

XIII.

Ya vuelto en mi acuerdo, tomé aliento no pudiendo creer lo que me había sucedido, y tan en la memoria tenía el rostro, que entre mil mujeres la sacara. Vestíme un vestido que no le había estrenado; púseme muy galán y caminé hacia los Capuchinos, adonde había mucho concurso de gente, que tal día acudían á confesar muchas damas en silla, otras en coche, otras arrevueltas, como mi dama venía; mas, éstas, echado el manto, que era imposible conocellas: sólo una me pareció en el talle mi dama, mas salió con una señora mayor, ella descubierta, mas todas las demás echadas el manto. Dióme gana de seguillas muy á lo largo, mas cuando las ví atravesar una calle, dí prisa en andar y cuando llegué á la

esquina, entraban en su casa; mi dama, aunque muy disimulada, volvió y me hizo una cortesía.

Con esto, amigo, quedé tan pagado y tan contento, que os prometo que no cabía en mí, lo uno de haber hallado á mi dama, que había tantos días que no la había visto, y lo otro de saber la puerta de la casa. Estuve buen rato parado, viendo pasar la gente que venía del convento y adorando las rejas. Estando en esto, veo á mi dama asomarse á una reja haciéndome mil favores, como que no me miraba, hablando con los que estaban por la parte de adentro, y por no dar nota, aguardé que me mirase; hícele una cortesía y vine á mi posada y luego procuré tomar la pluma y escribir este billete, que, como enamorado, dije necedades; suplido como amigo y reildo á solas:

Ha sido vuesa merced tan dueño de mi voluntad, que hasta hoy, desde el día que fuí merecedor de ser otro perro de Tobías, de que me reconozco muy venturoso, que desde este tiempo no sabía de mí; porque, como me había llevado todo mi ser, andaba en búsqueda dél y no hallaba persona que me diera razón dél; hasta que como el ángel que fué á sacar de la prisión á San Pedro, éste fué vuesa merced, que como ángel que me volvió mi ser y me sacó de la prisión de mis cuidados, hállome tan alegre y libre de ellos, y más con las mercedes recibidas de hoy, que no me trocara por ninguno, sabiendo que estoy en gracia de quien tantos cuidados me ha costado; y así suplico al Cielo vaya en aumento y no caiga de la esfera en que me hallo, que aunque no soy merecedor de tanto bien, por lo menos en voluntad se me debe esta buena correspondencia. Cesó, que con más miedo que letras van aquí escritas y con temor lo escribo, porque un hombre entendido dicen que el ingenio muestra en un billete y yo no lo soy; y si el estilo no contenta, torno á decir que la voluntad es la que lo dice. Y, señora, guárdeme Dios á quien más que á sí quiere.

Cerré el billete y guardéle; salíme á pasear y fuíme hacia los Capuchinos, que por hacer muy buen día, salía mucha gente por aquella parte. Pasé por la calle que vía las ventanas y puerta de su casa; no vide á nadie; estúveme buen rato cogiendo el sol. Cuando vide que ya la gente se venía, vine poco á poco; y llegando á emparejar con la calle, como

que iba á otra cosa, me entré en el portal, adonde vide el agujero, y saqué mi billete, mirando á una y otra parte. No vide á nadie; metíle dentro y salíme fuera. Quiso Dios que persona ninguna me vido entrar ni salir; yo, haciendo de que venía de lo que suele el que entra en un portal de una casa, más contento que si se le dejara el billete en sus manos, considerando que ya venía la criada y le llevaba, y le leía y qué de burla haría dél, y llamaba á su doncella y se le leía y que se reirían de lo que yo decía,—fuíme á mi posada muy contento por haber dejado el billete donde me dijeron.

La doncella que vino con mi dama, á lo que yo supe, me vido entrar, que estaba detrás de una celosía y bajó á la escalera, que tenía una ventanilla por donde veía quién llamaba, y apenas yo hube salido, cuando salió y se llevó el billete á su ama, que estaba en casa con visita. Leyéronle, y como dije, me dijeron que hubo harta risa, y aquella noche me respondieron y dejaron el billete adonde yo había dejado el otro. Amaneció otro día, para mí bien deseado, por acudir por mi respuesta; salí de mi posada, oí misa y pasé por la calle. Halléla bien ocupada, que como era de mañana, no había ido á Palacio (que el padre tenía negocio en Palacio); y así anduve dando bordos como navío que en la mar ha tenido tormenta y anda tomando bordos hasta entrar en su camino. Como andaba descaminado, no las tenía todas conmigo. Así pasé una vez y vide que en el portal no había ningún estorbo; yo, entre tanto, hice el ademán acostumbrado, y metí la mano y topé con papel. No creí que fuese respuesta, sinó el que yo había dejado, y salí de presto, que me parecía no tener tiempo para verle. Cuando me vide en la calle, saqué el papel y abríle, y vide que era otro, y de diferente letra que la mía, y decía así:

Recibí su papel de vuesa merced, y fué tan bien recibido y estimado como si fuera su misma persona; estilo tan delicado y tanto estudio, que bien se echa de ver ser su dueño estudiante, pues me da vuesa merced de contado con dos lugares, el uno de la Sacra Escritura y otro del Evangelio, traídos á tan buena ocasión. Yo los estimo como al dueño, y quisiera en este punto ser dueña de todas mis acciones, para hacerle dueño á vuesa merced. Mas como ten-

go padre y de tan grandes partes, y vuesa merced merecedor es por las suyas, hablando á mi padre, entiendo que dándole parte de quién es vuesa merced, porque tiene particular amistad en Toledo y por ver las alhajas de vuesa merced, presumo que sus partes serán mayores. Harto he dicho en esto. Esto digo porque no se canse vuesa merced, que es imposible lo demás. A Dios, que guarde á vuesa merced.

Quedé sin mí cuando vide una resolución tan grande y verme que andaba encubierto y que mis padres no sabían de mí; por otra parte, me consolaba que si yo dijera quién era y la hacienda que traía, que era la mayor salida para que el negocio tuviera efecto. A esto, se me vino á la memoria que mi honra andaba en balanza, y casarme sin haberme vengado no lo hallaba por buen acuerdo; de otra parte, dejar esta dama que tanto me había cautivado... No hallaba salida. En fin, venció la honra, y desde aquel punto propuse de hasta hallar á don Lope, de no tratar cosa de gusto. Estaba tan melancólico, que mi criado me dijo, si crecía la luna ó menguaba? Yo le respondí: «¿Por qué lo dices?»—«No ha dos horas le vide á vuesa merced muy alegre, y agora lo veo tan triste como no le he visto jamás.»—«Cosas son que por los hombres pasan; no hay sinó no preguntarme nada, que si agora respondí de esta manera, otro día no lo podré sufrir.»

XIV.

Fuíme á Palacio y á las gradas de San Felipe; no faltaban amigos que vinieron en la embarcación, mas yo nunca le pregunté á nadie por don Lope. No pasaba nunca por en casa de mi dama, por no tornar á el empeño pasado. Consolábame con saber que vivía en aquella casa. Acerté un día de fiesta por la tarde de pasar por ella, á tiempo que en un balcón estaban ella y su madre hablando, puestas las espaldas á la calle y la mano en el balcón y con una estufilla (1) en la mano. Si fué adrede ó de hecho, no lo puedo decir,

(1) Manguito pequeño.

mas que yendo á pasar, se le cayó la estufilla al tiempo que yo pasaba. Levantéla. Empezó á decir: «¡Bajá por aquella estufilla!» Yo me fuí entrando como que la llevaba y no paré hasta dársela, porque ninguna persona salió á tomármela. Hice muchas cortesías y díle la estufilla. Su madre me lo agradeció y ella, y queriéndome ir, dijo la dama: «Cierto, señora, que me da un aire este caballero que fué el que nos guió á casa.» Entonces dije yo: «Si es vuesa merced una señora que el día primero de fuego estaba muy afligida, que no sabía á su casa, yo soy el que las guió hasta aquí, y agora me hallo muy favorecido por la merced que recibí de vuesa merced.»

Hiciéronme asentar y preguntáronme de dónde era y qué hacía en la corte. Yo les respondí, que cierto que no os puedo decir lo que entonces dije, porque no estaba en mi estado. En esto veo entrar á don Lope por la sala. Yo que le vide, dije:—«¡Ah, traidor, aquí te tengo de venir á encontrar?»— Y esto, echando mano á la espada y yéndome para él, y él también. La dama se levantó muy ansiada:—«¡Señor, que es mi hermano!» La madre:—«¡Que es mi hijo!» Ya no había dama ni hacía caso de nadie, porque me cegué de cólera, que no respeté á nadie, y llevando á don Lope á cuchilladas por el corredor y tomando la escalera, abajamos á el patio, adonde entró tanta gente, que las voces que daban las mujeres eran muchas.

A esta sazón pasaba un alcalde de corte con sus alguaciles, y se apeó del caballo á tiempo que ya la gente que había entrado nos tenía desviados. Yo me quise ir, no pude; allegó el alcalde de corte, hizome que dos alguaciles tuvieran cuenta conmigo y se fué á don Lope. Habían enviado á llamar á su padre, y vino á el instante. El viejo era alentado y cuerdo, que bien que en su casa había habido aquel ruido, informóse de don Lope lo que era y con quién había sido. Ya don Juan de Avellaneda me conocía de oídas y lo que yo había hecho en Toledo por don Lope. Díjele quién era yo, y llegóse á el alcalde y le pidió que me llevase á mi posada y me dejase con dos guardas, que él se encargaba de don Lope; que esto era un disgusto que habían tenido en las Indias, y

que él daba la palabra de ajustarlo ó llevar á don Lope á la cárcel.

Era grande amigo de don Juan de Avellaneda el alcalde, y así fué menester poco para alcanzallo. A mí me llevaron á mi posada y quedé con dos guardas, y don Lope quedó en su casa herido en un brazo, que le alcancé una punta, que no era nada. Quedé contento de lo que había pasado; por lo menos yo había de salir de esta vez satisfecho. Hice que les diesen dos camas á los guardas; tratélos bien.

Otro día, á cosa de las diez, entró el almirante de Castilla en la posada, preguntando por don Juan de Peralta, un caballero que estaba allí preso. Un criado mío dijo que en aquella sala posaba. Entró, yo le hice la cortesía que á tan grande señor se le debe hacer; hízome tomar silla, que no se había de sentar si no me asentaba; en fin, por no parecer descortés, hube de obedecer. Empezó con decirme:—«Bien sé, señor don Juan de Peralta, las obligaciones que los hombres de la calidad de vuesa merced deben de tener, porque ya que me encargué de hacer estas amistades, vengo muy informado de todo el caso, porque, si como á mí me lo han contado es la verdad, está muy desempeñado; y para ver si es verdad lo que me han dicho: vuesa merced tenía una dama y se la encargó á don Lope; vino y halló lo que había hecho; que vuesa merced le habló sobre ello; que le desmintió; que sacaron la espada; que le escribió vuesa merced un billete de desafío; que no salió don Lope, por ir á hacer una orden del virrey; que le encontró á vuesa merced; que metieron mano á las espadas; que iba con cuatro soldados de su compañía y que le hirieron. Esto es, en suma. Vuesa merced pone su agravio en el mentís primero: respondo que en sacando el espada, queda sin agravio; esto lo firmaré de mi parte. En cuanto á haberse alzado con la dama, vuesa merced le llama al campo para averiguallo. Vuesa merced cumplía derechamente con la ley de caballería. Aquí hay dos cosas: la una, por ser capitán y estar ejerciendo el oficio, no debió salir; mas, en fuero de la razón, siempre que fuere yo llamado por un papel á la campaña, debo salir ó quedar para vil; esto no se puede sospechar de don Lope, sino que

se le olvidó, llevado del afecto ó de lo que le mandó el virrey y que venía de hacer la diligencia; y así, acaso encontró con vuesa merced, sacaron las espadas y sucedió herir á vuesa merced. Tiene vuesa merced una queja: que llevaba compañía; satisfágole á vuesa merced con decirle, que si don Lope fuera á buscar á vuesa merced, fuera infame en llevar compañía, sabiendo que vuesa merced le aguardaba solo, sinó que como don Lope venía de hacer la diligencia que le mandó hacer el virrey, traía consigo aquellos soldados. Para remate de mi embajada, que más siento yo que don Lope es el agraviado que vuesa merced, porque vuesa merced cumplió con su honor en llamarle á campaña; ¡cuántos negocios se han de dejar por cumplir un hombre con sus obligaciones! Vuesa merced me ha de complacer de ser su amigo, que lo es don Lope y está tan sentido de que una pasión tan mala descompusiese una amistad tan grande, y me ha dicho, que si fuere menester vendrá y se echará á sus pies, porque reconoce lo que le debe y me juró que ha pasado las mayores incomodidades sólo por huir de vuesa merced y no encontrarse. Y si tiene gusto de casarse con su hermana doña Casilda, que es de las mejores damas que hay en la corte, de calidad y honradas, y que se casará él con su hermana de vuesa merced. Toda mi embajada la he dicho sin rodeos.»

Yo me levanté y le fuí á besar la mano; no lo consintió y dije: «Todo lo que vuesa excelencia ha dicho es la verdad, que vuesa excelencia le echó esa cortapisa. En todo vengo, salvo que ha cuatro años, y más, que no veo á mis padres y no sé el estado que tiene mi hermana; saberlo deseo, que en esta parte bien sé que gano mucho y yo soy el venturoso por llevar por mujer á mi señora doña Casilda de Avellaneda.»

XV.

Fuése el Almirante; y en la misma posada posaban los señores de Higuera y don Gaspar de Avila y otros amigos que habían venido á las fiestas; y aunque yo los había visto, no

me había dado á conocer. Acertaron á entrar cuando salía el Almirante; admiráronse de que el Almirante saliese de mi aposento; preguntaron quién posaba allí, y díjeronles que un caballero de Toledo. «No puede ser de Toledo, que no hay en esta posada más de los que aquí estamos.»—«Es de Toledo y se llama don Juan de Peralta.»—«Ese caballero está en las Indias y no puede ser.»—La guarda á quien se lo preguntaron dijo: «Esto he oído, no sé más razón que dar á vuestras mercedes.»

El de Higuera, como determinado, entró en el aposento, y cuando me vido llamó á los demás, diciendo: «¡Voto á tal, que es él, don Gaspar!»—Fué mucho lo que se holgaron, y yo más por ver personas de mi patria tan grandes amigos y tan grandes caballeros. Culpáronme que cómo no me había dejado ver. Yo dí mi disculpa y que me perdonasen, que mi padre tampoco sabía que estaba en España; que había propuesto de hasta tener satisfacción de don Lope no habían de saber de mí, y que por eso no me había descubierto. Contéles el caso; todos culpaban á don Lope. El señor de Higuera, que, aunque mozo, está muy bien en la ley del duelo, que lo debía de mamar en la leche ó su padre lo dejó escrito, dióme bastantes satisfacciones, diciendo, que supuesto que don Lope no salió á la campaña y supo que de las heridas que me había dado tan mal dadas no me había muerto, que conforme el Almirante había dicho, que fué acaso el encontrarse, que tenía obligación don Lope de buscarme y reñir en la campaña. Y que lo que él sentía era que yo había cumplido con mi obligación; y pues el señor Almirante se había puesto de por medio, y más con las bodas, que quedaba todo muy satisfecho y ajustado.

Yo los regalé con algunas niñerías de las Indias, y les pedí que, como preso, me hicieran merced de ser mis convidados; que en Madrid no es menester prevenciones para convidar, sinó dineros. Hiciéronme merced de aceptar; llamé á mi criado que conocía á un cocinero del Condestable; llámole y díjele que tenía por convidados á unos caballeros, que previniese una comida y que me sacara de vergüenza. Hízolo con tanta diligencia, que parece que el día antes se lo había di-

cho. Os prometo, don Juan, que en mi vida me he hallado más contento ni más alegre; porque todos aquellos señores me hicieron mil honras y estuvieron muy agradecidos, y que todos habían de estar presos conmigo. Y esto no se ha de entender que lo hacían porque yo lo gastaba, que bien echaba yo de ver que era todo amistad y llaneza. Y como yo estaba tan remoto de las cosas de Toledo, diéronme nuevas de la salud de mi padre, y que mi hermana no había tomado estado, que me dió harto contento.

En este tiempo nos cogió el señor Almirante y don Lope, y su padre, que lo traían ya negociado con el alcalde. Deciros lo que allí pasó y los cumplimientos, y don Lope lo que de su parte hizo en materia de satisfacerme... Anduvo como muy buen caballero, que todos se lo alabaron. Había prevenido coche el señor Almirante; me hizo entrar y á don Lope y á su padre y él y el señor de Higuera y don Gaspar, que el coche era capaz de todo. Fuimos al Prado hasta que fué cerca de la oración, que volvimos. No fué posible con el señor Almirante sinó que habíamos de ir en casa de don Lope; ¡y yo que no lo deseaba poco! Apeámonos, salimos á las salas, que parece que nos estaban aguardando. Entró el señor Almirante, y con su despejo y gracia y entendimiento (1), dijo: «Mi señora doña Casilda, aquí le traigo preso al delincuente, para que haga justicia. ¿Y qué más justicia que hacelle su esposo? Gócese muchos años y quédense con Dios.» Y esto y volver las espaldas fué todo uno, no consintiendo que nadie saliese de casa.

No consintió don Juan de Avellaneda que saliese nadie; todos se habían de quedar á cenar. Hubo muchas cortesías. Estaba mi señora doña Casilda tan linda como ella misma. En la casa mucho regocijo; todos muy contentos de ver esto tan bien acabado, y yo más contento que todos. Pusiéronse las mesas. Deciros lo que aquella noche hubo en aquella casa,

(1) El embajador de Venecia Federico Cornaro, decía el año 1681 á la Señoría acerca de este magnate: «Ha andado siempre envuelto en vicios y en defectos, y si le hubiera acompañado la aplicación á la habilidad, ciertamente España no tuviera otro igual á él.»

he de quedar muy corto, que os prometo que parece que había muchos días que se prevenía. Hubo convidados de parte de don Lope, y muchas damas parientes muy cercanos. Después de cenar hubo sarao. Cúpome danzar con doña Casilda, que fué ventura no errarme, que como yo era el desposado, ponían los ojos en mí; quiso Dios que hicimos lo que podía, que bien sabéis que en materia de danzar era diestro.

Por ser ya tarde, trataron de que nos fuéramos á la posada; no fué posible sinó que me había de quedar á dormir, que un cuarto estaba aderezado; yo que me había de ir con aquellos señores á la posada, que no la podía dejar sola; en fin, habiendo pasado muchos cumplimientos, se vino á concertar que don Lope y yo fuéramos en el coche y lleváramos á el señor de Higuera y á don Gaspar á su posada, y que yo me volviera y en el coche se trujese de la posada lo que más cuidado me daba. Hízose así; llegamos á la posada, y en habiéndose apeado, metimos en el coche dos baúles que me daban cuidado. Volvimos en casa de mi dama, en donde me estaban esperando como si hubiera faltado un año, y hubo esto de decir: «¡Jesús, que parece que fueron para no volver!» —Sacaron los baúles del coche y lleváronlos á donde tenía mi cama; y por ser ya tarde y quererse recoger la gente, dos criados con dos luces me llevaron á mi sala. Contar los aliños y curiosidades que había, era cosa que me quedaba espantado; y en medio un brasero con su enjugador, y camisa y calzones, cosa rica. Y luego entró una criada con su calentador y calentó la cama, y me dijo: «Vuesa merced se acueste y se vestirá esta camisa;» —yo respondí que no tenía necesidad, mas que en todo había de obedecer. Vestímela y acostéme, que me parece que en tal cama, y tanto buen olor no lo he visto, porque en el brasero había su cazoleta.

XVI.

Amaneció Nuestro Señor, que lo deseé, cuando llama á la puerta la criada con chocolate, que como venía enseñado á ello, no fué novedad para mí. Reposé un poco, y cuando sentí que ya la gente andaba levantada, me empecé á vestir.

Luego entró una criada con una cajita en que traía calcetas y escarpines y pañuelos, y en otra un paño de barba, escobilla y peine, con tanta puntualidad, que quedaba absorto, y con la cortesía con que los criados se habían, que no hay quien se sirva sinó estos señores; porque se sirven ansí de pajes como de criados, que son personas entendidas y acuden con puntualidad.

Antes que me acabase de vestir, ya estaban en mi aposento doña Casilda y su madre, que os certifico que eran tantos los favores de doña Casilda, que me hacían que estuviese admirado. Abrí los baúles donde traía mil curiosidades de jícaras, azafates, cajas de carey guarnecidas de plata, muchos guantes de la Habana bordados, y mucho ámbar y otras curiosidades de China. Yo aparté buen rato para mi hermana; de lo demás le hice dueño á doña Casilda, porque aquella tarde habían de venir unas primas y la rogué que les regalase á todos los parientes y que no anduviese corta, y si no, que me lo dejase repartir; pero no hubo remedio; dijo que ella lo guardaría y les daría; mas anduvo muy escasa, que, en fin, es mujer, que siempre son miserables.

Quíseme vestir para oír misa, y no hubo remedio dejarme salir de casa. Llegó hora de comer, y sobre mesa, dije á don Juan de Avellaneda, que era forzoso irme á Toledo y dar cuenta á mi padre, que era razón de hacerlo de lo que se había tratado, y con lo que resultara avisaría luego; y que me era fuerza partirme otro día. Doña Casilda se puso melancólica, mas yo la consolé con que lo más breve que yo pudiera negociaría. Fué don Juan de Avellaneda y buscó coche para otro día, y con dos criados partí para Toledo. Hubo su poco de lágrimas; salió don Lope y su padre hasta Getafe; y sinó fuera por los inconvenientes que pudieran suceder, por no saber lo que mi padre tenía tratado, se viniera conmigo.

Despedímonos. Ellos se volvieron á Madrid y nosotros tomamos el camino para Toledo. Otro día llegamos á cosa de las diez. Fuímonos á apearse en casa de mi padre. Apenas puse los pies en el portal de casa, cuando mi padre, al ruido del coche, salió á la puerta. Yo arrojarme del coche y mi pa-

dre abrazarme, que estuvimos un buen rato abrazados, y cuando me desvié, hinguéme de rodillas para besarle la mano que no lo consintió, sino que me levantó diciendo: «¡Ay hijo mío, qué rigurosamente lo has usado conmigo!» Al decir hijo mío, doña Feliciano, arrojando los chapines, se vino por la escalera abajo hasta el patio y se abrazó conmigo, que en más de dos credos no la pude desechar de mí. Ver á mi padre bañar de contento aquellas honradas canas y á doña Feliciano llorar de alegría y cogirme uno de una mano y otra de la otra, y llevarme la escalera arriba, llorando de placer... que os prometo que también se mostraron algunas lágrimas en mis ojos; y todo era de gusto. Ni me acordé de lo que dejaba en el coche ni si estaba en mí. El criado de don Lope y el mío lo recogieron todo.

Comimos, que os certifico que todo fué hablar; que no había nadie que metiese bocado en la boca, y principalmente mi tía, hermana de mi padre, que desde que mi padre quedó viudo, ella nos crió y no conocimos otra madre,—ver las cosas que hacía y el contento que le daba, que como yo salí sólo con el bozo y vine tan barbado, que entiendo que vos no me conoceríais, según el bigote que tengo. Levantóse la mesa. Yo le hice relación á mi padre de todo lo que había pasado y la ocasión que había tenido en no avisar de mi venida y cómo se había ajustado. A esto se levantó y me tornó á abrazar, diciéndome que no fuera su hijo si no hubiere procedido tan honradamente. Después le propuse el casamiento de mi hermana, de que quedó más contento, y con una cortapisa, que para galas le daría cuatro mil pesos, y que de la hacienda que me tocaba de parte de mi padre, le daba la tercera parte para aumento de su dote. Con que el buen viejo quedó tan contento de mi honrado proceder, que no sabía qué decir sinó echarme bendiciones. Mi hermana, en lugar de agradecimientos, con lágrimas en los ojos me pagaba, por no poder decir razón ninguna, de ver tanto gusto y contento como le había entrado aquel día. Propuse, si fuera menester, que doña Feliciano fuese á Madrid, y que allí se desposara. El viejo se encolerizó y me dijo: «¿Qué dices, hijo? ¿Tu hermana es mujer que de su casa había de ir sin su marido? Eso

no está en razón; venga el señor don Lope, y si le contentare, hágase lo que pides, y si no le contentare, mi hija se queda en mi casa, que es muy honrada y hermosa.» Y esto muy enojado, de suerte que le tuve miedo. Respondí que decía muy bien, que yo había andado inadvertido.

Con esto se determinó escribir luego, porque ya se sabía en la ciudad mi venida, y de huéspedes y amigos no dejaban de enviar recados. A todos los respondieron que venía cansado y estaba reposando. Con esto me dieron lugar de escribir á don Juan de Avellaneda y á don Lope y doña Casilda, que por ser necedades no pongo el de doña Casilda, que todo fué chanza. Despaché un propio con lo que mi padre me fué notando, para don Juan de Avellaneda, que es la cabeza con que se había de tratar.

En despachando el propio, dí puerta franca para que los amigos nos comunicáramos. Era tanto el concurso que acudió, que las diez de la noche eran y no me podía desasir, porque todos eran amigos y parientes, personas á quien no podía perder el respeto. Los más cercanos se quedaron á cenar, que en tal tiempo ha de andar un hombre galante, y el dinero que había ahorrado en las Indias, para este día es menester. Ya don Gaspar había venido á Toledo y había contado parte de lo que había pasado, de que los amigos que lo sabían y pican de punde honor lo dieron por bueno, y más con el lazo de matrimonio, que todos los agravios entre gente principal se ajustan desta manera.

Por ser tarde se fueron á recoger, y cierto que lo deseaba, por hablar á mi hermana aparte, pero ya estaba acostada y yo cansado. Dejélo para el día siguiente; mas ella tuvo más cuidado, pues se levantó de mañana y, en tocándose, se vino á mi aposento. Yo sentado en la cama y ella en una almohada, puestos los brazos encima de la cama, hablamos largo de todas las materias y la vide inclinada á no casarse con don Lope, por lo que había pasado conmigo, que me juró que le tuvo afición, mas que todo lo que le estimaba le había aborrecido por su ruin trato. Yo le supe decir tales razones y alaballe tanto, que aquello fué un cegamiento de demonio, como él delante del señor Almirante lo había confesado, que

al cabo se ablandó, y para más contentalla, le dí la llave del baúl para que sacara aquellos juguetes que había reservado para ella, que aunque eran juguetes, eran cosas muy curiosas. Yo le advertí de que en recibiendo don Juan y don Lope las cartas estarían en Toledo y que era menester estar prevenidos por lo que sucediera, no nos cogiesen de repente y nos halláramos embarazados. Ella respondió que en materia de vestidos era imposible hacerse tan presto, que galas tenía ella para desposarse, y que lo demás, luego se podía hacer despacio; que en materia de ropa blanca, que la tenía hecha la mejor y más curiosa que había, pues era hecha toda de su mano, hasta las calcetas; que lo demás Dios lo proveería. Parecióme buen acuerdo.

XVII.

Recibieron don Juan y don Lope las cartas, y con el mismo propio tuve la respuesta que dentro de cuatro días estarían en Toledo, aunque á doña Casilda le parecía mucho; con que nos dió lugar para prevenir lo necesario. Tambien fué buen acuerdo de don Juan de Avellaneda que me avisó que vendría sólo con don Lope no más; que me holgué, porque era fuerza de cumplir con mis obligaciones si trajera huéspedes. Con todo eso, se previno de camas y lo demás, por no estar desapercibidos.

Llegaron á Toledo. Ya mi padre tenía sacada licencia que se desposasen en llegando. Hízose así; que le agradó mucho mi hermana á don Juan de Avellaneda y á don Lope, que aunque la conocía, estaba muy más hermosa de cuando la dejó; de suerte que ellos quedaron muy contentos. Cumplióse muy honradamente con todos, que, como dije, para tales ocasiones como esta es la hacienda. Don Lope le trujo muy buenas joyas, de modo que me hizo á mí quedar algo confuso de ver qué había de llevar; no embargante que se tenía una buena cadena de perlas y manillas y gargantilla, cosa de mucha estimación, compré una joya que me pareció bastante, con cuatro sortijas de diamantes, que aunque yo lo traía conmigo, no lo quise enseñar en Madrid.

Hízose el desposorio con la más lucida gente que hubo en Toledo, y como ya tenían noticia de don Lope y de su calidad, no ignoraban el novio los de Toledo. Hubo mucha fiesta aquella noche, que les hacían mala obra á los novios. Llegó la hora de retirarse la gente, y los novios de acostarse, y todos de recogerse. Amaneció otro día; hubo almuerzo en la cama, que es la flor que se usa. Yo traté del viaje, porque dentro de dos días nos habíamos de ir á Madrid. Prevínose todo lo que para el viaje fué menester, y salimos de Toledo, que todos los amigos nos hicieron merced de acompañarnos. Iba en su litera doña Feliciana, hermosísima moza, que todos no era más que echalla bendiciones, porque tal belleza no ha salido de Toledo.

Por nuestras jornadas llegamos á Madrid, para mí tan deseado. Fué muy grande el recibimiento que se nos hizo, saliendo muchos coches más de una legua de Madrid; y todos alababan el buen gusto de don Lope, y más doña Casilda, que cuando vido á mi hermana, se quedó algo tibia, que aunque se la habían alabado, le dijo que había andado muy corto el que le había dicho de ella las gracias, que eran mucho más de lo que habían dicho.

Prevínosele al Almirante, que había de ser su padrino, y luego que lo supo, envió una joya y una pieza de tela muy rica para doña Casilda, y á don Lope un coche de dos mulas muy bueno; ¡dádiva de un tan grande príncipe! Luego vino á casa acompañado de cuatro grandes y un obispo, para que nos desposase; y entrado, lo que hizo es darme una merced que S. M. me había hecho del hábito, y que por su cuenta habían de correr las pruebas. Eran cosas tan grandes, que no hay lengua que pueda alabar las grandezas de este príncipe.

Hízose el desposorio con lo mejor de la corte. Las velaciones quedan dispuestas para las Carnestolendas y que el Almirante ha de ser el padrino. Espero en Dios que me haréis merced de venir, que lo estimaré tanto como el haberme casado; y os advierto que aguardo el sí, porque me haréis ir por vos. Dios os guarde como yo deseo. Desde vuestra casa, Madrid y enero á 6 de 1650 años.

DON JUAN DE PERALTA.



APUNTES

SOBRE

LA ESTATUARIA CRISTIANA



DESDE que el Renacimiento brotó hasta casi ayer, el olvido de las artes cristianas ha hecho que se apellidasen bárbaras todas las manifestaciones del *sentir cristiano*, pero muy particularmente la arquitectura y escultura, motejándolas de tal, sólo por espíritu de ignorancia y rutina.

Por ventura, hoy la ciencia arqueológica ha impreso avanzado paso en la senda del progreso, y hecho desvanecer las tinieblas que velaran las bellezas de la Edad Media, y desterrado el profundo error de no admitir más Forma bella de arte que la pagana. Roma y sus consecuencias eran el oráculo, el ídolo, nada más allá. Teníase al arte Cristiano por bárbaro, y sólo era digno de desprecio; aberración herética, tratándose de arte.

Encierra, seguramente, y atesora la Edad Media joyas que son para el moderno artista, para el hombre ilustrado, y aun para el vulgo, alharacas de gran valía, y el estudio de las cuales son de gran provecho y adelantamiento.

Es evidente que existe diferencia esencial entre las dos formas de arte Pagana y Cristiana; consecuencia es esta, natu-

ral de ser distintas en esencia; por más que los principios no varíen, si la idea, el *fondo*, es distinto, diversa *forma* ha de resultar si una con otra han de ponerse en acuerdo común; que tal es la *belleza*.

Así, el paganismo idealiza la materia, diviniza al hombre; refiérese más á los sentidos. El cristianismo válese del arte para humanizar la divinidad, ensalzar al hombre, glorificando á Dios; dirígese al alma.

Concretándonos á la Escultura. La Escultura pagana es la belleza corpórea; la hermosura de la *forma*, encarnando una idea finita, expresión del alma en estado absoluto de reposo, y tranquila felicidad y dulce calma, ora en la plenitud de su existencia, ora en el pináculo de su desarrollo intelectual en armonía completa con el desarrollo físico en su mayor pureza y grandiosidad. Tiene la estatua griega su mirada fija en el presente.

Hállase en la estatuaria Cristiana el pensamiento fijo en las regiones de lo infinito y desconocido. Es su anhelo la expresión de la belleza moral en su aspiración constante á lo supremo y eternal, y realízale valiéndose de la materia, pero limitada, hecha mezquina. Entraña un pensamiento que pertenece á la humanidad, la estatua cristiana, y parece adivinar el porvenir, manifestando esa serenidad brillante y gloriosa de la fe.

Es la escultura pagana el espíritu en calma, aliado á la materia, formando un todo único, íntegro y armónico; acuerdo perfecto é inquebrantable.

Es la cristiana el sacrificio de la materia en bien del espíritu, que libre aspira á la región celeste. El fondo superior á la forma, revelación de lo sublime.

Caracterizan al primero la morbidez, la gracia, los encantos de la carne. Caracterizan al segundo la carne purificada, mortificada en provecho del alma. Materializa la escultura pagana el espíritu. Espiritualiza la materia la escultura cristiana; forma, materia, carne, yacen en el aniquilamiento; idea, espíritu, alma, resplandecen.

La Escultura, como el arte Cristiano en general, es docente ante todo: habla al alma por el intermedio de los senti-

dos, enseña y eleva. No sigue, pues, las huellas del pagano y he aquí su excelencia. Entraña, sí, un concepto y modo de expresión que no se auna tan inmediatamente como en el arte griego con el elemento materia, y las formas del ideal clásico, como no puede menos de suceder. Diríjese esencialmente al alma retirada del mundo exterior y recogida en sí misma. Los sufrimientos y virtudes morales, el sacrificio personal, el egoísmo vencido, la lucha con las pasiones, el triunfo de la castidad, el amor sensible y puro, la fidelidad invariable, el honor y dignidad, la humildad y resignación piadosa, la sumisión á la voluntad divina, la santificación, en fin; tales virtudes, cualidades y estados del alma, son la esencia, el núcleo del arte Cristiano.

La Estatuaria de la Edad Media, de la que el siglo XIII es la síntesis, no es por tanto la forma externa, la belleza meramente plástica, una hermosa apariencia material: esto no es lo que debe buscarse en ella, no lo que debe aprenderse, sino el *sér* revelando toda una serie de ideas, de sentimientos.

La expresión de juventud, de ingenuidad, de dulce y apacible calma, si bien melancólica; la dicha inmortal, al par que la salud y robustez, se halla tan bien ó mejor expresada á veces en las estatuas de la Edad Media que en las del Gentilismo. Encuéntrase, sí, en multitud de figuras del siglo XIII expresa la alegría, la esperanza, las contrariedades y decepción de la humana vida. El artista ha esculpido como piensa, como siente; es su espíritu, su creencia, el que dirige su cincel, y al contemplar su obra nuestro ánimo queda absorto y adivina al artista más que si la obra fuese bella en la forma.

El *fondo* del arte Cristiano le constituye, pues, la oposición de los dos términos que resuelve por lo intenso del pensamiento, la profundidad de la idea, produciendo lo sublime más que lo bello; preciso es, por tanto, conocer en su esencia el *ideal* cristiano para no echar por tierra la Escultura cristiana que, expresión del simbolismo, no se manifiesta independiente.

Su teoría, de la que emanan sus principios estéticos, puede refundirse en las siguientes consideraciones.

«Dios, en el origen de las edades, tiende potente mirada sobre la creación, que su divino soplo evoca de la nada; y refulgente rayo de esta luz divina, imprime en ella sello indeleble.»

«La creación toda, fué hecha para el hombre. Crea Dios al hombre á imagen suya, y brilla en éste principalmente aureola de belleza infinita cual destello de Aquél.»

«El pecado aparta al hombre de Dios, y ha extinguido tan suprema y soberana belleza, que sólo se rehace y regenera con la penitencia, castigando la carne, la vil materia.»

«La gracia, restableciendo la unión del hombre con su Divino Autor, llega á ponerle de nuevo en contacto con el foco de increada y primordial belleza.»

Tal es el *fondo* del arte Cristiano, y la Escultura lo realiza verdaderamente.

Así su *ideal* es hacer á Dios aparente y visible en la humanidad: es el espíritu aspirando á la caridad divina.

Ahora bien: el amor de Dios inspírase ya por afirmación, ya por negación; por la manifestación de belleza increada, ó por la apariencia de la fragilidad de la debilidad de las criaturas á quienes falta la divina gracia. La fealdad de la *forma*, su mezquina apariencia y su ruina no tiene otro objeto que el apreciar por oposición y contraste la hermosura inconsciente é interna, y es por tanto, racional. Tal física fealdad no es defecto, no es ignorancia, no es error; es lógica, sentida y meditada; sirve como de cubierta á la bondad moral que es profunda, que es vital, que es infinita, problema seguramente que no ha resuelto el arte pagano en que la carne se glorifica, la materia es eterna y el alma limitada como ella y pereciendo con ella.

El cincel, pues, que sólo tradujese la belleza corpórea, si es cristiano, no cumpliría su misión: sería ésta incompleta, insuficiente y olvidadiza de las leyes, de los principios. A través del corpóreo velo debe dibujarse, traslucirse el alma; el sentir y agitarse suyo debe encontrar su expresión en la plástica forma.

Así como la religión del Crucificado, expresión humana de Dios puesto en contacto con la humanidad, es lazo de unión

entre el humano sér y la divina esencia, de igual suerte las estatuas y figuras pintadas que vivifican y animan los sublimes monumentos de la Edad Media, remóntanse al cielo para adorar á Dios y descienden á la tierra para enseñar á la humanidad y ponerla en contacto con la Divinidad. En sus relaciones con el Criador son un acto de fe: en sus relaciones con las criaturas una lección personificada en una figura humana. Reflejada se halla en las estatuas del siglo XIII la vida del mundo de la realidad y la de la eternidad.

En cuanto al tecnicismo, ó sea en hecho de ejecución, existen estatuas de exquisita delicadeza, de sentidos y vigorosos detalles, llenos de amor é intención. Eso que da en llamarse imperfección de la forma, no es falta del conocimiento del natural y de los medios y adelantos de manifestación, sí culto de la idea; no es impotencia de expresión, sino intención profunda y sabia de hacer resaltar el *fondo* por la expresión mezquina de la *forma*, el dominio del espíritu sobre la materia. La aberración está en suponer que la *belleza*, por ser una en esencia, haya de referirse á una sola forma; no es otro el error. Y la *forma* que reviste lo *bello*, y la *esencia* de lo *bello*, son dos cosas tan distintas como lo son la idea y las diversas maneras de expresarla; el principio creador inconsciente y la cosa creada. Una es la verdad en esencia; muchos los medios de hacerla ostensible. Una es la belleza; varia en sus manifestaciones y aspectos. Uno es el arte, múltiples sus formas.

Que existen distintas escuelas, es, de otra parte, innegable; ora la tendencia es hacer alarde de una ejecución exquisita, admirable, estudiando con escrupulosa detención el gesto, los paños, la expresión dramática; bien los esfuerzos se dirigen al dogma y métodos bizantinos, sin ese refinamiento en el hacer, evitando además el puro realismo. Mas tal resultado no es á fe exclusivo del arte Cristiano; es, á decir verdad, de todo arte; que no brota éste al acaso, sino que es siempre consecuencia de incesante trabajo asiduo y constante; y tiene cual la flor, cual la humanidad, su genealogía; y tiene su vida y sus épocas. El arte Cristiano, como el Pagano, nace, tiene su desarrollo, llega á su apogeo y muere, y su

espíritu queda libre al perecer la forma para encarnar en otra más en armonía con su nueva aspiración, y así engranan unas *formas* de arte en otras, como engránanse humanas generaciones. Preciso se hace, pues, recorrer las huellas de la Escultura cristiana, de su vida, para confirmar todo aserto en defensa suya.

La escultura no puede considerarse como arte, hasta tanto que se dirige á realizar su ideal; y llegado á este punto, es cuando hay que juzgarle.

Simbólica en su origen, dogmática la Escultura cristiana como todo arte incipiente, al instar de la Pagana, en la cual de la escultura egipcia que lleva el sello del más profundo hieratismo á la de Fidias apenas median treinta años escasamente, transcurren cincuenta para que la Cristiana se vea libre de tradicionales lazos y de principios sacramentales.

Este arte bizantino, tradicional y dogmático y amanerado, es la infancia del arte en su nueva faz; no es decadencia, no es barbarie, es que germina nueva *idea* y empieza á producir fruto aún no sazonado; no tiene forma propia, va en busca de ella. Y es más bien objeto de estudio al arqueólogo que de modelo al artista, aunque sí en esencia, filosóficamente considerado.

Llegado el siglo XII, los estatuarios empiezan por apropiarse la escuela bizantina; preciso es empezar por aprender el tecnicismo mecánico, el oficio: y esta primera enseñanza hácenla con auxilio de los modelos bizantinos. Mas el arte hierático es la fórmula estable, duradera, pero estéril; es el elemento pasivo, el núcleo, como todo arte oriental; y el artista de Occidente, una vez práctico en el ejecutar, se le resiste atenerse al tipo bizantino. Es este siglo época de preparación en que el artista intenta aprender su modo peculiar y sustraerse del hieratismo bizantino, de esas figuras llenas de austeridad, respirando potencia; de fisonomía profunda, inmóviles y hasta aterradoras. Ampárase para ello de la naturaleza que le rodea; fíjase en fisonomías que cautivan su atención; extrae de las formas físicas y de los sentimientos morales dominantes tipos bellos, y les imprime la idea dominante, que constituye el fondo.

La escuela del siglo XIII, completamente ajena y desconocedora de la estatuaria griega, y que ni sospechaba su valía, se desarrolla, no obstante, como la escuela griega; mas ahora bien: aprendida la práctica, no se detiene en la perfección física, en el idealismo de la forma, que esta es la diferencia esencial entre ambas, sino que busca el tipo de la belleza moral.

Aprender el tecnicismo de ejecución; llevarle á un grado de perfección suma, convirtiéndose en discípulo sumiso á una tradición; dejar poco á poco esta senda para estudiar maduramente la naturaleza, y lanzarse después á las regiones de lo ideal, es lo que hicieron los griegos y lo que han hecho los artistas del siglo XIII.

Aún hay más: si se comparan las figuras griegas de la época eginética con las figuras del siglo XIII, resaltan semejanzas, no sólo de analogía, sino también de ejecución entre estas dos artes. Del paralelo entre las figuras de la época del apogeo griego y las de la estatuaria del siglo XIII, resaltan puntos de contacto entre ambas formas de arte, tan diversas de otra parte en su expresión y en sus medios é intención. Existe, sin embargo, diferencia esencial, cual es que mientras la escultura del siglo de Pericles es independiente, la de la Edad Media lígase á la arquitectura, forma de ella parte integrante, es vida suya, su expresión misma. Hacer la historia de una, es hacer la de la otra.

El arte cristiano, al no ser su intento la plástica belleza de la humana forma, hácese sentir de otra suerte: dedícase á estudiar los reflejos del alma en los rasgos del rostro, en los gestos, en la actitud dramática, en la manera de disponer la vestimenta, distribuir los paños, y limitado á este circuito raya á gran altura; así realiza su ideal. Bajo tal concepto, la estatuaria de la Edad Media ha resuelto el problema del arte de modo intachable y hasta el límite de la belleza, dados los instintos, hábitos y tendencias cristianas del siglo XIII.

En esta etapa culminante del arte Cristiano dase la mayor importancia á la cabeza, y es lógico; la cabeza es la estancia del alma, su asiento: allí impera la inteligencia, se elabora el pensamiento, manantial de la vida, que al corazón res-

ponde; al corazón, germen del amor, de la fe, de la unción evangélica. Expresar las más levantadas ideas con la menos materia posible: hé ahí el afán, el propósito, el objeto é idea constante; no es otro el fin. Hállase la idea expresada de modo místico: irradia la cabeza luz divina, aureola celeste, espiritual belleza. Hállase el resto del cuerpo bañado de medias tintas: la vida, la expresión, el espíritu concentrado en la parte elevada y noble; la carne, la materia, como velada bajo los pliegues de los paños.

El sello de la inteligencia, la potencia moral encarnada se halla y se revela en la estatuaria del siglo XIII. Hay candor, hay unción, hay amor y ternura y fe: hay apostólica humildad.

Una gran cualidad de la Estatuaria de esta Edad es la acertada distribución de las luces, del claro oscuro y el buen efecto de los bajo relieves de los tímpanos. Escúlpense éstos con claridad, con sencillez, produciendo agradables medias tintas que hacen gozar tranquilamente la vista y el espíritu, y simpatía y atractivo inspiran.

Las condiciones de situación, además, las tienen muy en cuenta los artistas del siglo XIII. Se sacrifican detalles, se simplifican los medios, se exageran aquellas partes que puedan hacer brillar la osatura de las figuras. Así existen esculturas de grandioso efecto y expresión determinada para un sitio dado, y que aisladas en un museo, desmerecen. No es, pues, admisible la opinión de que la Edad Media sólo supo producir figuras escuetas y mezquinas, revestidas de ropajes cual nuevo maniquí ó percha, sin vida, sin animación, sin movimiento.

Avanza el siglo XIII, y llegada su mitad aparecen las obras más notables. En tal momento de desarrollo escultural en que la ejecución arriba al mayor grado de perfección sin desvirtuar la idea, encuéntrase hasta naturalismo. Desde el tercio último de él aparecen muchas estatuas icónicas que impreso llevan el sello del individualismo. Y pasa la primera mitad del XIV, y la exageración empieza á hacerse sentir; es la ejecución más esmerada en su externa forma, en los paños y accidentes, mas preséntase ya indicio de falsea-

miento ó abandono del principio que al *ideal* cristiano guiara hasta aquí. Del estilo propio, adecuado, de la concepción elevada, de la inspiración obtenida por la profunda observación y estudio de la esencia íntima de la naturaleza para descubrir su vital principio, llégase á la imitación servil de ella; de la interpretación de aquélla á lo buscado: de aquí al amaneramiento y á la exageración más refinada, y el arte Cristiano se paganiza y perece en su esencia al introducir en su savia cenizas del Paganismo, al resucitar el dominio de la materia sobre el espíritu, del elemento material sobre el moral, de la razón pura sobre la fe, de la inteligencia sobre el sentimiento, de la imitación no razonada sobre la inspiración creyente, que tal es el siglo XVI; período de perturbación social y moral.

L. CABELLO Y ASO.





ESTUDIOS SOBRE LONGFELLOW⁽¹⁾

(VIDA Y OBRAS.)

(CONCLUSIÓN.)

XXVIII.

BÁPIDAMENTE hemos expuesto las producciones más principales del vate norteamericano, en cuya musa, como habrán podido observar nuestros lectores, domina el más puro y el más religioso lirismo, inspirado en la naturaleza del suelo americano, y en la fe en lo sobrenatural. Otros poetas, orgullosos como el ángel caído, creyendo su cerebro de derecho divino, caen en los abismos de la negación, deifican la humanidad en sí mismos, y envuelven la blasfemia en una profecía; no así el autor de *Evangelina*. Ha sabido conquistar la palma de poeta y ha respondido al nombre de cristiano, uniendo el himno á la oración, y con fe de sabio é inspiración de artista, hanos enseñado cuál debe ser la misión del hombre en el planeta.

Verdad es que, como dice un crítico (2): «Considerado co-

(1) Véase el tomo XLIII, pág. 406.

(2) Filiberto Soupé, citado por Larousse: *Dictionnaire unic.* art. Longfellow.

»mo poeta original, Longfellow no podría, sin insostenible
»hipérbole, ser agregado á la gran familia de los genios supe-
»riores: no se cierne, á manera del águila, á través de los es-
»pacios, ni posee el soplo omnipotente, que electriza á las
»masas, ni aquel *os magna sonaturum*, de que habla Horacio:
»no busquemos en él un discípulo de Homero ó de Sófocles,
»de Dante ó de Shakespeare, de Corneille ó de Milton. Ape-
»nas se aproxima á Byron ó Goëthe: Crabbe y Wordsworth,
»Burger, Uhland, Manzoni y Pellico son sus verdaderos
»hermanos en inteligencia. Un sueño moderadamente vago,
»una melancolía dulce y quejumbrosa, sobriedad y elección
»en las descripciones, cierta tendencia á la alegoría, moráli-
»dad pura y exquisita, tales son los caracteres principales de
»esta musa juvenil y virginal, cuya sonrisa nada tiene de for-
»zado, cuyas lágrimas nada tienen de amargo, y que se nos
»aparece con la palma en la mano y la aureola en la fren-
»te... No se debe exigir de él aquella mirada penetrante,
»aquella profundidad de pensamientos, aquella amplitud de
»desarrollo que caracterizan á algunos reyes de la intelligen-
»cia; pero no se puede desconocer que posee talento y gusto,
»principalmente dulzura, gracia, *un no sé qué* de agrado y en-
»canto, sensibilidad contenida, imaginación que se modera,
»en fin, medida en todas sus cualidades... En vez de dar
»rienda á su fantasía, de lanzarse por cualquier cosa á los
»cuatro vientos, y de reunir so pretexto de invención, mons-
»truos y quimeras, se contenta con concepciones posibles,
»con combinaciones razonables, con leyendas que tienen un
»fondo de verdad ó de verosimilitud. Su sueño, delicado y
»amable, no degenera en sutileza de mala ley: huye de digre-
»siones místicas, de alambicadas abstracciones y de vaga-
»bundas excursiones á través de las nubes. En sus versos es
»justo el sentimiento, sincera la melancolía: no hay nota
»falsa, ni exceso, ni pretensiones, ni disimulo, y en ellos no
»se encuentra ninguna de esas venas lacrimosas que perpe-
»tuamente corren por el papel en inagotable ola de elegías.»

No: no es Longfellow un genio superior que abarque con la grandeza de sus pensamientos y la valentía de sus inspi- raciones, lo visible y lo invisible, la tierra con sus espinas y

el infierno con sus horrores; pero tampoco es reo de los pecados en que, degradando su misión, se precipita la musa de los poetas del siglo XIX, cantando con la soberbia de Luzbel, la venganza, el odio blasfemo, y al mal personificado en Satanás, el amor en la disolución, la gloria en la conducta tortuosa y extravagante, ni, revolviendo la inmundicia social, nos presenta escenas de efecto con moral de charlatanes y de plazuela, idealizando vicios y virtudes ó personificando abstracciones, hijas de calenturienta fantasía. Su musa, creyente, sencilla y candorosa, no se burla ni satiriza, considerando la vida como una comedia, ni maldice con heroico orgullo, tomándola como tragedia, sino como un drama, en el que sobre la lucha del bien y del mal sobre el conflicto de principios el hombre, ni esclavo ni tirano de la naturaleza, debe hacer predominar su realeza, desplegando su energía y su actividad, y rescatarse del pecado, por medio de la elevada aspiración. Conociendo la excelsitud de su misión, y sintiendo á la par la dignidad del siglo, mantiene su genio como Manzoni, virgen de serviles encomios y de cobardes ultrajes: no adula á los tiranos, ni prodiga incienso aún más infame á las turbas, pero profesa culto severo y profundo, y canta, no «á la licencia desgredada, vil ramera del motín,» sino á la libertad, que ostentándose

Plácida cual la luz de la esperanza
 Con la paz y el perdón sobre su frente
 Blanda la faz, benigno el continente (1),

es

..... la deidad esclarecida
 que alumbra con su luz como una estrella
 los oscuros abismos de la vida

y

..... fuente de perenne gloria
 que dignifica el corazón humano
 y engrandece esta vida transitoria (2).

(1) José H. García Quevedo, poeta de Nueva Granada, en su *Oda á la libertad*.

(2) Sr. Núñez de Arce; *Gritos del Combate*.

Como hijo del siglo XIX y de los Estados Unidos, «amó la libertad,—¿quién no ama el día?»—Pero, conociendo que la libertad es medio para que el hombre cumpla con su deber y defienda la verdad y el derecho, que la libertad es el movimiento en el bien, según la bella cuanto exacta definición del P. Félix, pulsa la lira recorriendo todos sus tonos, sin sujetarse á convención de escuela, ni á árido precepto (1), retratando la naturaleza americana, haciendo resplandecer la virtud y acompañándola de suaves emociones. Muchos poetas, adquirida la libertad en política, la quieren trasladar á la esfera del arte y de la poesía (2), dispensándose por ende de estudiar la teoría metafísica de lo bello. No así Longfellow: cantaba con reflexión, que es la conciencia de la inspiración, y hubiera considerado como traición al sacerdocio, al apostolado de la poesía, engalanar con oropeles la duda, sumergir al alma en la desesperación, y, con el microscopio en la mirada, envilecer al hombre, so pretexto de analizarlo.

Verdad es que el contemplar la miseria y flaqueza humanas, causa melancolía y pone pavor en el corazón; pero la tendencia de la poesía moderna es acumular dolores sobre dolores, y si antes se adormecía la poesía en un rosado optimismo que como dice una mujer ilustre, era «la posesión momentánea de cuanto el alma desea,» hoy se ostenta lujo de padecimientos, se hace alarde de presentar emociones

(1) «La poesía, dice el eminente historiador César Cantú en el prólogo á sus *Documentos de Literatura*, no se alberga en el aire estancado de las Academias ó en el corrompido de los palacios, sino que interviene en la vida, se sienta en el hogar doméstico, acompaña al guerrero en el campamento, disputa con el estadista, vaga con el peregrino, se alegra con el viñero; compónese de la belleza esparcida en todo lo creado y del sentimiento de que está dotado cada hombre para comprenderla; de modo que llega á grande altura el que sabe hallar en la verdad motivos de orden más sublimes adormecidos hasta entonces y los aplica al tiempo, á las necesidades, á las creencias é invoca el juicio, no de una asamblea ni de una facción, sino de la mayoría de las generaciones...»

(2) «L'auteur n'est de ceux qui reconnaissent á la critique le droit de questionner le poete sur sa fantaisie, et de lui demander pourquoi il á choisi tel sujet, broyé telle couleur, cuilli de tel arbre, puissé á telle source.» Victor Hugo, citado por Cantú en su *Historia Universal*, t. 6.º

dilacerantes, buscándolas en las heces del pecado, en el crimen, no importa dónde, puesto que, olvidadas ó desdeñadas las fuentes de lo patético, sólo se pretende causar retortijones de nervios, conmover la carne, no el espíritu, no el corazón. Blasfema, se burla, ó se lamenta interminablemente la musa moderna, no expresando la rebelión sublime de Prometeo contra la tiranía de los inmortales, no, como debiera, el aliento poderoso de una sociedad que renace, sino el estertor de un moribundo; consecuencia de la afeminada é irreligiosa educación del siglo, la cual sólo pone en el animo el pusilámne valor de quejarse y declamar, y se revela por el excesivo predominio del pensamiento y de la palabra sobre la acción enérgica é incesante que es lo que constituye al hombre (1).

Nuestro amado poeta ha comprendido, nutriéndose en pensamientos elevados y santos, que negligentes lágrimas y estériles y vanidosos lamentos, son alimento muy nocivo para las almas, y que es un crimen pintar á nuestra raza como engañada ó como engañadora, como esclava de la materia, ó como víctima de implacable destino. *Sursum corda* es el poderoso grito de su alma; que colocándose en las elevadas regiones que á la mente ofrece la religión, es como únicamente se puede explicar el gran misterio que se llama

(1) Para que no se nos censure de calumniar ó falsificar el carácter de la literatura moderna, trasladamos á continuación el juicio que merece á un escritor, tan distinguido literato como profundo y elegante filósofo, E. Caro, quien en sus *Nouvelles Etudes morales sur le temps present*, y en el capítulo dedicado al *Suicidio*, dice después de haberse ocupado ligeramente con Goëthe, Chateaubriand, Lamartine y Jorge Sand: «No debemos admirarnos de que de la imaginación sombría de estos poetas haya salido una literatura romántica, palabarrera y entusiasta, inspirando á la vez el desprecio de la actividad humana y la curiosidad de lo invisible, enervando la voluntad para la acción y no excitándola más que para la pasión, complaciéndose en pasear incesantemente la imaginación, desde la fatiga de la vida, á lo desconocido de la muerte, sustituyendo en fin á la austera tristeza del cristianismo, que lejos de excluir la acción, la multiplica con la caridad, con una especie de melancolía inquieta que se goza en concentrarse en la agitación solitaria de sus sueños. Tal es esta literatura, verdadera literatura del suicidio, y que tanto ha influido en la generación que nos ha precedido en la vida.»

hombre, y resolver la desoladora contradicción que existe entre las grandes aspiraciones de su alma, llamada á gozar de lo infinito, y las torpes inclinaciones de sus sentidos, que propenden á encenagarse, al par que endiosarse en el lodo.

Sin sujetarse al molde clásico, ni al romántico, aunque propendiendo á éste, ha comprendido, con la intuición del genio y la reflexión del pensador, que

Ese sonido, como el sol fecundo
que vibra en todo el mundo
y resplandece en la palabra humana;
esa voz llena de poder y encanto;
ese misterio santo,
lazo de amor, espíritu de vida;
ese trémulo acento en que la idea
palpita y centellea
como el soplo de Dios en lo creado (1);

que la poesía, en fin, debía servir para pintar las cosas, pero ennobleciéndolas y purificándolas, sin perderse en las vaguedades de un absurdo panteísmo, ni niñear con lililíes aparatosos y vacíos del sentimentalismo; que debía empaparse en la vida activa, no en las perezosas alucinaciones del gabinete, ni en los vulgares triunfos de una bandería; que siendo el poeta como nube de fuego que guió en el desierto á la nación hebrea, debía conducir á sus hermanos á la tierra prometida del honor, del trabajo del orden y de la moral, combatiendo la misantropía, la inercia y la indiferencia; que debía inculcar la generosidad, la abnegación, la caridad; no inspirar odio, sino benevolencia; no desaliento, sino actividad; que debía rehabilitar el amor á pesar del egoísmo de la época; resucitar el entusiasmo en favor de la verdad y de la virtud, y vigorizar el espíritu entre los vértigos producidos por los cálculos del interés, por la intolerancia de los partidos, por el predominio de las espadas y de los Gobiernos; que debía reflejar, no los

(1) El Sr. Núñez de Arce.—*A Darwin.—Gritos del combate.*

falaces espejismos del siglo que busca, y no encuentra, su equilibrio, sino las claridades celestes; ¡*Excelsior!* y cantar ¡paz! á los hombres de buena voluntad y la de la gloria de Dios, estampada en sus obras.

Otros poetas norteamericanos, como Bryant, Dana, Halleck, Holmes, sacaron de la cuna á la poesía trasatlántica; pero Longfellow nos la presenta viril y arrogante, como expresión más acabada del genio americano; los Estados Unidos pueden, pues, engreirse de su poeta, y aplicarle lo que un vate de Venezuela (1) decía de Andrés Bello:

¡Salve al dulce cantor, sabio profundo
que su esplendor abona,
y á la América ciñe alma corona
para ostentarla con orgullo al mundo!

mientras que nosotros, casi avergonzados de haber osado tratar con inexperta y torpe pluma, mas no desamorada, al bardo de Massachussets, cerramos nuestro humilde trabajo con las clásicas estrofas de un joven y distinguido académico y poeta (2):

¡Feliz quien nunca en la inviolada lira
al poder tributó venal incienso,
ni elevó al solio de opresores viles
su profanado canto!

.....
¡Feliz quien nunca en el marmóreo alcázar
su voz hiriendo regios artesones
himno entonó que servidumbre inspira
preso en dorados lazos!

¡Feliz quien nunca de la inquieta plebe

(1) Jugo Ramirez en el *Album* dedicado á solemnizar el primer centenario de A. Bello. Véase la *Ilustración Española y Americana* del 22 de julio de 1882.

(2) El Sr. Menéndez Pelayo en la *Oda* al malogrado poeta catalán señor Cabanyes.

el furor excitó, temió las iras,
ni arrastró de su musa desgarrada
el manto por las plazas!

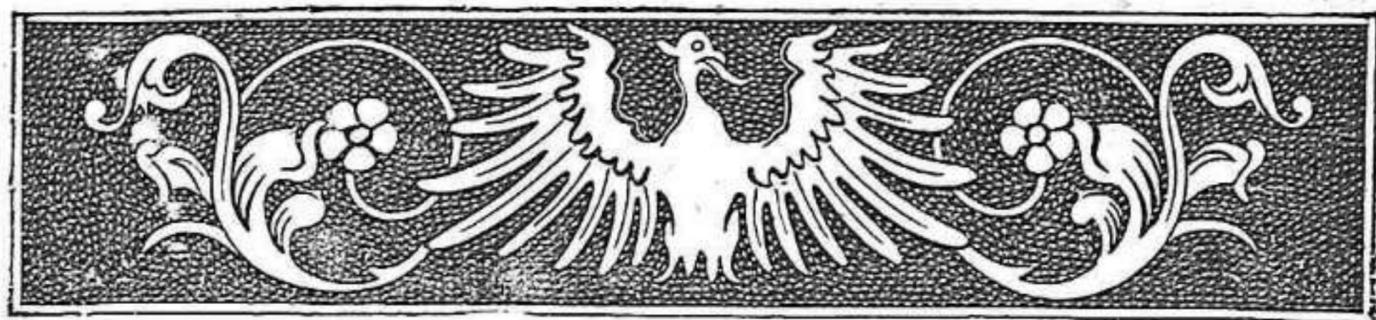
.....
Maldición para aquél que en muelle ritmo
vierte sonoro enervador halago,
y las flores de Chipre regaladas
torpemente deshoja!

¡Cual Ovidio y Petronio las mancharon
con labio impuro al profanar los dones
que sobre ellos vertieron las sagradas
de Mnemósine hijas!

.....
¡Áureos tus versos son: su eco robusto
vigor inspira, varonil grandeza,
dignos de edad más fuerte y generosa
que la nuestra menguada!

VÍCTOR SUÁREZ CAPALLEJA.





NECROLOGÍA

DON GONZALO DE MURGA Y MUGARTEGUI.

HACE ahora seis años que noticié, con sentimiento á la Sociedad Geográfica, la partida á mundo mejor de un geógrafo instruído, intrépido viajero y literato original; *el Hach Mohamed el Bagdady*, por otro nombre *el moro vizcaíno*, ó D. José María de Murga y Mugartegui, según los suyos propios, que habiendo vivido largo espacio con las kábilas que pueblan el Imperio de Marruecos, nos legó peregrina relación de las costumbres y preocupaciones de esa gente, tan digna de especial estudio, con otros títulos indiscutibles para inscribirle entre los españoles de este siglo que, con la inteligencia y la abnegación, han contribuído al progreso de la ciencia; y hoy, otra vez, voy á hacer luctuosa memoria de un geógrafo, borrado de la lista de los vivos, prematuramente, con relación á la ordinaria marcha de la humanidad.

D. Gonzalo de Murga, hermano menor de José María, dotado como éste de clarísimo talento, de vehemente afán de investigar, de juicio recto y de las más bellas prendas personales, deja en nuestra asociación un vacío doblemente sensi-

ble por los puntos de semejanza que tuvo con *el Bagdady*. Acaso fué la parte física en la que menos se parecieron, ajustándose la figura larga, enjuta y nerviosa del menor al tipo vascongado, mucho más que la del moro. La elegancia de José María, y el abandonado ademán de Gonzalo; la distinción de modales de aquél, y la naturalidad de los de éste; la energía superior en el primero, y la mayor tenacidad de carácter en aqueste, con el sello indeleble que los hábitos de la juventud marcaron en uno y otro, señalaban diferencias perceptibles entre los dos hermanos que, por lo demás, tuvieron de común extraordinaria facilidad para la adquisición de toda especie de conocimientos, singularmente el de las lenguas, afabilidad, consideración y tolerancia excepcional en el trato social, y, más que afición, pasión verdadera por los viajes.

Gonzalo eligió por vocación la marina, como la carrera más á propósito á la satisfacción del deseo de cruzar en todas direcciones la superficie de la tierra, y llegó á la ciudad de San Fernando, convocado con otros ciento, de que van quedando pocos, á inaugurar el Colegio naval militar, nuevo plantel de la Armada, que se abría empezando el año de gracia de 1845. Allí cursó, con buenas notas de concepto, los estudios técnicos, abreviando su duración reglamentaria, sin grandes esfuerzos de imaginación, antes robando á las matemáticas y á la astronomía náutica buenas horas, dedicadas subrepticamente á la historia y á las relaciones de viajes, lectura favorita á que sacrificaba también los intervalos del recreo, empleados por los demás colegiales en activas y ruidosas manifestaciones, y á que dedicó más tarde predilecta y excesiva atención, con perjuicio del órgano de la vista, aunque con fruto copioso de erudición, de discernimiento y de reflexión madura.

Murga salió en la primera promoción, sin que al aprecio de jefes y compañeros empeciera la fama adquirida de reservado y original, porque no era de los que temprano se amoldan en la turquesa vulgar de las acciones y pensamientos, sino que dejaba sin retenida al instinto, naturalmente ingenuo y bueno.

Un recuerdo de aquellos tiempos dará á entender, mejor

que nada, de qué modo fué Gonzalo mereciendo esa fama. Hallándose en clase dijo el profesor, llamándole á la pizarra.

—Sírvasse V., señor de Murga, decir cómo se halla el volumen de una esfera.

—Por la fórmula $\frac{4}{3} \pi r^3$, etc., etc.

—Bien, bien; demuéstrello V.

Murga permaneció callado.

—He dicho—repitió el profesor,—que demuestre V. el teorema.

—Sí señor, he comprendido, pero es el caso que no me parece necesaria la demostración.

—¿Qué está V. diciendo?—replicó el profesor sorprendido.

—Digo, que Cirode, La Croix, Odriozola y otros caballeros que me merecen entero crédito, lo tienen ya demostrado.

—Siéntese V... Cuando lleguen los exámenes veremos si los señores del tribunal se satisfacen con esa respuesta.

—Peor para ellos.

Una vez á bordo, empezó para nuestro amigo una serie de desengaños que mataron en flor sus ilusiones: la vida del guardia marina que alegremente sobrellevan los jóvenes, cuadraba mal con su temprana aspiración á la independencia, aspiración que había de ser después la más poderosa é influyente en su destino. Pedir permiso para pasear ó para acostarse, tener fiscalizadas todas las acciones, partir cien piés cuadrados de habitación entre doce camaradas traviosos é informales, que así respetan los derechos como los escrúpulos de los demás; carecer de aire y de luz; haber de renunciar á los libros y á la tierra; comer mal, no dormir bien, pasar el tiempo en repetidos ejercicios, inspección de ranchos y baterías, limpieza de metales y otras cosas, y todo ello sin más necesidad ni utilidades que la demostración del πr á juicio de Murga, le hizo muy poco simpático un servicio tan distinto del de el Almirante, dueño de una cámara espaciosa, con balcón y macetas de geranios, si se quiere; de una canoa que se dirige á cada momento al punto del deseo, y de la voluntad de cientos de hombres, siempre atentos á la voz que ordena maravillas. ¡Lástima que por Almirante no se empiece!

Si algo hacía tolerar al guardia marina rehacio la privación de iniciativa, era la extraordinaria é interesante comisión que había recibido su buque, la corbeta *Ferrolana*, enviada á dar la vuelta al mundo por las derrotas aproximadas de Cook, Bougainville, Malaspina, releídas por él antes, anotadas y comentadas después, á medida que el testimonio de los ojos confirmaba ó modificaba la primera impresión en las costas y poblaciones del Brasil y la Plata, en las desoladas tierras de la Patagonia, en las ciudades hospitalarias de chilenos y peruanos, seguidos en panorama continuo de las islas del Pacífico, de Australia, China, Filipinas, Malaca, Ceilán, Calcuta, con las escalas de Africa.

De alférez de navío visitó Murga las Antillas, muy satisfecho de la suerte que le había puesto en un vaporcillo destinado á la persecución del tráfico negrero, ya que cruzaba constantemente entre islotes, canalizos y arrecifes, en las partes inhabitadas y más agrestes de la isla de Cuba. Podía á su satisfacción dedicarse al estudio de la naturaleza en estado primitivo, penetrando en los bosques, corriendo las sabanas, esguazando las ciénagas y ejercitando alternativamente la red y la escopeta, mientras la inmediatez de ingenios, cafetales ó potreros no le consentía considerar á sus anchas el cultivo y la industria tropicales, los hábitos de vegueros y guajiros y la situación de los esclavos africanos en el trabajo y en el conuco.

Alguna vez puso en cuidado á sus compañeros, viendo llegar la noche sin que regresara á la playa en que ordinariamente desembarcaba solo con la fresca de las once del día; mas al fin se acostumbraron á estas ausencias que explicaba con la mayor sencillez por haberle entretenido un combate de hormigas bravas, el rastro de un majá ó la carrera de un pavo real herido, perdiéndose en el monte, donde á voluntad elegía siete pies de claro que le sirvieran de lecho. Las provisiones jamás le inquietaron: cotorras, jutías, cangrejos, coruas ó flamencos no faltaban, en ausencia de pieza mejor, ni leña con que aderezarlos, y como es bueno probar de todo, por resultado de sus expediciones enseñaba cómo se desuella la iguana, se desentierran los huevos de tortuga, se cocina

el puerco cimarrón en *barbacoa*, se hace ensalada de cogollo de palma, con otras mil operaciones culinarias tan apetitosas y entretenidas, que las echaba de menos al volver á la Península.

Aquí otra vez, labró en su cerebro la idea de la independencia, instalándole á solicitar el retiro del servicio, sin que las reflexiones de parientes y amigos consiguieran vencer la obstinación de su empeño más que por un plazo de ensayo que consintió en pasar destinado en la comandancia de Marina de San Sebastián, próximo á su casa y familia, sin gran cosa que hacer.

Esto era en 1856, y casi tres años se resignó con el método sedentario de aquella vida, que llegó á serle insoportable, atacado de pasión de ánimo, de continuo malestar, de alucinación, que le presentaba triste el cielo, las mujeres feas y larguísimo el tiempo. Rompió, por tanto, con escrúpulos y consideraciones; renunció el destino y emprendió de lleno el camino de las aventuras, recorriendo primero gran parte de Europa, pasando después á los Estados Unidos de América, yendo al fin á la América Central, que no conocía y que por la vegetación, la fauna y la escasez de europeos le atraía preferentemente.

La reserva que guardó respecto á las ocurrencias de esta época de sus viajes, sólo permite conjeturar que fueron muy varias, ricas en emociones y vicisitudes, por alguna de las cuales se vió en el trance de trabajar con sus manos. Ello es que al acordarse la anexión de la isla de Santo Domingo, al entrar la escuadra española en la bahía de Samaná, hallaron los oficiales á su antiguo compañero Gonzalo de Murga, en traje de guajiro, viviendo alegremente en una casa de campo, situada en el monte, dominando la mar, y que su llegada fué motivo para que abandonara la primera colonia de los Reyes Católicos, dando la vuelta á los penates.

Sea porque estuviera en parte satisfecho el afán de correr mundo ó porque los años ejercieran la influencia á que pocos se sustraen, trás nueva excursión por las provincias de España, vino Gonzalo á fijarse en Madrid y obtuvo en la Dirección de Hidrografía el destino que conservaba, con la ca-

tegoría de teniente de navío verde é inviolable, según su expresión (1).

Pudiendo aspirar justificadamente á hacer papel en la política ó la administración, nunca le ocurrió cambiar la modesta tarea que había elegido, ni ambicionó riquezas ni distinciones. Hombre de escasas necesidades y más escasas pretensiones, alquiló una habitación aislada que hubo en la cúspide de la calle del Almirante, á unos 35 metros sobre el nivel actual de las Salesas, con el frente al Oriente, mucha luz, ventilación y horizonte, que era lo que siempre buscaba. La sala de recibo convirtió en biblioteca, herbario y taller de carpintería, teniendo en el centro una estufa que mantenía allí la temperatura de Puerto Rico: el gabinete servía de dormitorio, y con reserva de otro cuarto destinado á las abluciones, del resto de la casa disponía un muchacho huérfano que recogió en Londres, que educó con cariño, y que por cierto le dió mal pago. La aversión á todo yugo le alejó del matrimonio, y de las reuniones y sociedades, cuyas fórmulas y cumplimientos detestaba cordialmente, y como por estar dotado de un olfato delicadamente sensible sufría mortificación en lugares de gran concurrencia y huía, por consiguiente, de cafés, teatros y sitios en que se fumara ó hubiera iluminación artificial, su vivir, aparte de pocas y buenas amistades que frecuentaba con familiar franqueza, era retraído y ocupado en largos paseos y constantes estudios, que fueron ensanchando sus conocimientos ya vastos en historia, literatura universal y geografía, como base, en cuanto abarca el movimiento intelectual europeo y predilectamente en botánica y geología entre las ciencias naturales. Ni de las escuelas filosóficas eligió sistema por que romper lanzas, ni de las políticas se preocupó más, aparte la tendencia individualista señalada. Algunos le creyeron escéptico, extraviados en el juicio por el genio burlón, que daba á su trato singular atractivo; burlábase, sí, de todo; de sus mejores ami-

(1) Aludiendo al color con que están tejidas las insignias de los oficiales de este centro.

gos, de su misma persona, pero sin intención de zaherir, por predisposición á ver de pronto el lado ridículo que tienen todas las cosas. Al morir su hermano José María, le ocurrió poner en *La Correspondencia de España*, orlado de negro en la acostumbrada cuadrícula, este anuncio:



DON JOSÉ MARÍA DE MURGA

Y MUGARTEGUI

(a) *El Hach Mohamed el Bagdady,*

HA FALLECIDO EN CÁDIZ, DESPUÉS DE CINCO DÍAS DE CAMA, EN LA MAÑANA DEL 1.º DE DICIEMBRE DE 1876.

Su hermano Gonzalo anuncia esta, para él, lastimosa é inapreciable pérdida, á fin de que llegue á conocimiento de los parientes y amigos del difunto, que se hallan en Madrid.

No se reparten esquelas.

Ni se suplica nada.

De aquí la suposición de escepticismo, cuando en realidad no había otra cosa en el aviso que protesta contra la vanidad, contra las fórmulas verdaderamente ridículas que tanto favorecen los intereses de los cocheros y de los periódicos en que por centímetros de superficie se hace declaración de la fortuna del finado. Gonzalo de Murga dejó escrito en su diario, que con llanto copioso asistió en el cementerio de Cádiz á una misa de sufragio, expresamente encargada por él, cuando visitó el año de 1879 el lugar que ocupan los restos mortales de su hermano.

No ha faltado tampoco quien le calificara de excéntrico, de original, de estafalario, porque, según he dicho, no se ajustaba á la medida del vulgo, y pasando el verano en la villa del oso y del madroño, marchaba, siempre que podía, á *invernar* en alguno de los puertos más templados del Medite-

rráneo, dando rienda á la afición no extinguida de variar de paisaje á la vez que se defendía del frío, mortificante al temperamento que había adquirido en climas intertropicales, sin dársele un ardite de la caprichosa deidad á que tantos críticos sacrifican comodidad y bolsillo. Con todas esas censuras, así fuera común entre nosotros la bondad, la tolerancia, la generosidad, la ilustración, que hacían de Gonzalo un hombre amable en la genuina significación de la palabra.

Le sorprendió la muerte (1) cuando se preparaba para otra serie de aventuras en el Imperio celeste; tenía concluídos los estudios preparatorios, formado el proyecto y los itinerarios, y decidida la marcha en el verano próximo, solicitando antes el retiro definitivo del servicio de la marina.

Á ser tan amigo de escribir como lo fué de la lectura, hubiéranos dejado frutos provechosos de su saber, mas aparte de los trabajos oficiales, que fueron muchos y buenos (2), nada serio quiso redactar, y menos que se imprimiera lo que por pasatiempo y familiar correspondencia cambiaba con sus amigos; por rareza prestó su valiosa colaboración al *Diccio-*

(1) Murió en Madrid el 19 de diciembre de 1882. Nació en Bilbao en 1830.

(2) La Dirección de Hidrografía ha dado á luz con su nombre:

Derrotero de las islas Antillas y de las costas orientales de América, desde el río de las Amazonas hasta el cabo Hatteras.—Parte primera, que comprende las islas Antillas, Bermudas y de Arena.—Madrid, 1863.—8.º may., 799 páginas.

Derrotero del Archipiélago de las Azores ó Terceras.—Madrid, 1866.—8.º may., 136 pág.

Derrotero de las islas Antillas.—Parte segunda.—Madrid, 1867.—8.º may., 682 pág.

Consideraciones generales sobre el Océano índico.—Madrid, 1869.—8.º may., 298 pág.

Derrotero de la costa occidental de Francia y de ambas costas del Canal de la Mancha.—Madrid.—8.º may., 567 pág.

Derrotero de las islas Antillas.—Parte primera.—Nueva edición aumentada.—Madrid, 1870.—567 pág.

Derrotero general del Mediterráneo.—Tomo I en publicación: redactó los capítulos referentes á España.

Anuario de la Dirección de Hidrografía.—Veinte volúmenes.—Aunque contienen trabajos de varios autores, estuvo á su cargo la redacción y publicación.

nario Marítimo y al *Almanaque y Anuario de mareas* (1) que con él dieron á luz D. Martín Ferreiro y D. José de Lorenzo, compañeros de la Dirección de Hidrografía, y por acaso, sin que pareciera su nombre en la portada, puso á la estampa un opúsculo de oportunidad y circunstancias al iniciarse la revolución de 1868, opúsculo cuyo solo título *De la abolición de la esclavitud en las islas de Cuba y Puerto Rico* (2) hace su elogio.

Quedan, no obstante, escritos de los confidenciales, trazados con espontaneidad y donaire, de que pocos han disfrutado. El primero de éstos fué un *Diario de la Vuelta Mundo*, ilustrado con dibujos á pluma, que con grandísima facilidad intercalaba también en las cartas. De los viajes por España y cruces en Cuba sacó material para muchas epístolas que andan esparcidas. En una de las que yo conservo pinta y describe la figura de catorce mocitos aficionados á la numismática, que habiendo detenido el coche en que atravesaba la provincia de Ciudad Real, y brindado galantemente á los viajeros á ponerse boca abajo sobre la nieve, registraron los bolsillos y se fueron sin dejar más que algunos coscorriones al postillón. Refiere que había entre sus acompañantes quien temblaba... de frío, por supuesto.

Otro viaje á Portugal le entretuvo posteriormente como precursor del de Andalucía, y el circunmediterráneo, más extensos, más curiosos, más chispeantes, aunque por desgracia acabó el segundo en Nápoles, frustrado el proyecto de recorrer Grecia, Turquía y Egipto. Por último, viaje fantás-

(1) En el *Almanaque* para 1868 puso la denominación de los rumbos de lo rosa náutica en veinte lenguas, á saber: español, portugués, francés, inglés, alemán, holandés, sueco, danés y noruego, ruso, filandés, italiano, griego, turco, árabe, lascar, chino, malayo, japonés, hawaiano, taitiano y carolino.

(2) *De la abolición de la esclavitud en las islas de Cuba y Puerto Rico*.— Sumario.—Introducción.—De las impertinentes reclamaciones que la detienen.—De las fantásticas perturbaciones que la combaten.—De las medidas insuficientes para conseguirla.—De los medios eficaces, aunque no heroicos, para llevarla á cabo.—Madrid, Imp. de Fortanet, 1868.—En 8.º may., 24 pág.—El tema es: *Bienaventurados los que lloran, porque ellos son los únicos que maman*.

tico á las islas Marquesas sirvió de tema á una novela, tan original como todo lo suyo, lo que no quita que intentara persuadir á sus más afectos de haberla traducido de la que escribió en inglés un imaginario, Herman Melville.

Canta en la novela las excelencias de la vida salvaje con la dulzura de costumbres de una tribu de caníbales de Nuka-Hiva, y descargando la responsabilidad en el tal Melville, escribe:

«Cuando la sociedad se halla en su estado primitivo, los goces de la vida, aunque pocos y sencillos, están exentos de contrariedades, al paso que la civilización por cada ventaja que ofrece mantiene en reserva males sin cuento; envidias, rivalidades, disensiones de familia, que con las mil trabas impuestas por uno mismo, componen la enorme suma de infelicidad humana, desconocida de aquella gente.

»El habitante de la Polinesia, rodeado de los ricos dones de una pródiga naturaleza, goza existencia infinitamente más dichosa, aunque menos ideal que el europeo, satisfecho de sus progresos.

»Se dirá que seres sin conciencia y faltos de principios, son antropófagos; es cierto, mas solamente lo hacen por saciar la pasión de la venganza en los cadáveres de sus enemigos, y quisiera yo saber si el hecho de comer carne humana excede mucho en barbaridad á los suplicios conservados hasta pocos años ha en Inglaterra y á los que todavía se practican en algunos de los Estados de la Unión Americana...

»El diabólico ingenio que demostramos para inventar toda clase de máquinas mortíferas, el espíritu de represalias que usamos en las guerras, la miseria y la desolación que van en pos de ellas, son causas suficientes para declarar al blanco civilizado como la bestia más feroz que existe en la faz de la tierra.

»El epíteto de *salvaje* se aplica con frecuencia impropriamente, y á la verdad, cuando considero los vicios, inhumanidades y horribles atentados de toda clase que germinan en la inficionada atmósfera de una civilización inquieta y febril, juzgo yo, que si no se mirara más que á la relativa perversi-

dad de las partes, cuatro ó cinco isleños de las Marquesas, enviados de misioneros á los Estados Unidos, serían exactamente tan útiles como un número idéntico de anglo-americanos despachados á sus islas en igual capacidad.»

Es de advertir, que tanto el supuesto autor, como el héroe de la novela, son naturales de los Estados Unidos, y que sus reflexiones están de acuerdo con la corriente que prevalece en Broadway, contraria á muchos actos de ingleses y franceses en el Pacífico: láméntanse, por tanto, del sistema civilizador que ha despoblado las islas, llevando á los pobres kanacas vicios y enfermedades espantosas á cambio del territorio de que han sido despojados y cuentan divertidas ocurrencias diplomáticas como ésta.

Estando la escuadra francesa en Nuka-Hiva, arribó una corbeta americana, cuyo comandante, tras los cumplidos de costumbre, quiso informarse de la situación en que había quedado el Rey de los indígenas, para ofrecerle acatamiento en el caso que sus protectores lo estimasen oportuno. Manifestó el jefe francés que la influencia civilizadora de su Nación se había hecho sentir desde luego, que los Reyes recibirían con el mayor gusto y distinción la visita de la oficialidad norteamericana y se dignarían devolverla, honrando con su presencia el bajel de guerra de una nación amiga. En efecto; engalanado él con un vistoso uniforme de capricho, luciendo su cara esposa sedas y plumas de todos los colores del iris, llegaron á la corbeta con lucido estado mayor de los franceses. Con porte majestuoso pasaron ante la tripulación, que en parada presentaba las armas, y nada notable ocurrió hasta llegar á la popa, donde un marinero de servicio lanzaba una amarra á la falúa, y al efecto tenía remangadas las mangas de la camisa. La Reina observó que el marinero tenía en el antebrazo un hermoso ramo de flores entre líneas taraceadas de azul y rojo, y mirándolas con suma complacencia, rápida como el pensamiento, recogió el guardapié, mostrando á la asombrada formación que en las posaderas reales existían dibujos muy parecidos; acción natural en quien tanto tiempo había llevado el fresco y sencillo traje del Paraíso.

El manuscrito contiene resumen histórico de las islas desde el momento de su invención por Álvaro de Mendaña, y cumplida descripción del suelo, rugosidades, fauna y flora, con más extensa mención de los kanacas; sus usos, industria, lenguaje, y tocado de aquellas doncellas de color de limón, que no atormentan pianos ni leen novelas insustanciales.

Saltando del Pacífico al Mediterráneo, en virtud de la potestad que según el mismo Murga alcanzarán nuestros nietos, de desayunarse en la cumbre del Guadarrama, almorzar en Tombuctú, tomar un pisco en la isla de Santa Elena, comer entre los hielos de Nueva Shetland y volver por la noche al jardín del Buen Retiro á hora conveniente de contar las emociones del día, saltando, digo, desde el estado primitivo del hombre al que alcanzan los pobladores de Francia é Italia, el viajero vizcaino anota día por día en otro volumen lo que se ofrece á su vista y lo que á la impresión responde el pensamiento, aunque la locomotora la lleve más aprisa que la pierna mágica de Meinherr Vonder Block. Cada lugar tiene una leyenda, una tradición, un hombre célebre, un edificio, una costumbre ó un producto, que va recordando, y la naturaleza, con admirable variedad, los ha dotado de atractivos sorprendentes. Dentro del carruaje mismo se suceden las personas de todas edades, figuras y nacionalidades, que en las estaciones se mueven con rapidez; los empleados, los vendedores, los guardianes de la seguridad pública; los vehículos con sus conductores, los que brindan albergue y servicio acrecientan la serie de tipos, que no desperdicia por temor de llenar las celdillas de la memoria.

Sigue Murga un método que en nada se parece al de los escritores de viajes, si método puede llamarse á lo que no tiene regla. Por lo ordinario, llegando á una ciudad, empieza por subir á una torre ó altura culminante y dominar el conjunto; examina los alrededores; juzga de los montes, ríos, bosques y jardines, dando, por consiguiente, primacía á la naturaleza, su amante. Visita los lugares públicos, sin olvidar los mercados, en la hora de la contratación, ni los cementerios; procura conocer en seguida la habitación y la vida

de las clases menos acomodadas, posponiendo los monumentos y los museos, á que ordinariamente se concede preferencia, no porque no le brinden agrado, sino por ser más fácil conocerlos, por lo mismo que tantos los describen y que la fotografía los vulgariza. Va recogiendo dichos agudos, gritos de mercaderes ambulantes, cuentos de *cicerones* ó cocheros, y tan rápida y varia es su narración, que difícilmente se forma idea del conjunto por períodos tomados al azar. A darla del estilo, no bastan tampoco párrafos sueltos, porque si en lo normal adopta la pauta de los diarios de á bordo, con arrumbamientos, situaciones y no escaso tecnicismo náutico, en ocasiones acude á cualquiera de las lenguas que se hablan en Europa, no por alarde—que por entender mejor á los extranjeros, muchas veces aparentaba no entenderlos,—por dar, como da, mayor gracia á la expresión que le ocurre.

Es probable que tenga yo el poco tino de elegir fragmentos de los menos notables; de todos modos, habiéndome propuesto copiar alguno, llevo al lector á la *Campania felice*.

A nuestro viajero no le pareció del todo *felice* para el sexo femenino, que azada en mano toma en los trabajos agrícolas la misma parte que el masculino: observando, en compañía de dos inglesas jóvenes y una ídem vieja, el blanco penacho del Vesubio y las enormes rosas verdes, sin espinas (por acá llamadas coles), que produce la campiña; llegó por primera vez, en día festivo y lluvioso, al torno que dominicalmente se franquea, *gratis et amore*, á los visitantes de Pompeya, si bien, no se les facilita guía.

Andando al acaso, dice:

«En esta situación se me acerca un harapiento mozalvete que parece se lava con *velutina* de sartén, el cual, á pesar de mis protestas, y mal de mi grado, porfía en que he de acompañarle al templo de Nísida, tanto, que comienzo á sospechar si será algún descendiente del postrer sumo sacerdote isiacó, el cual ha encontrado en mi persona los pelos y señales que deben adornar, según acreditadas profecías, al dichoso mortal destinado á incautarse del inmenso tesoro que el sabio Hermes, el del cinturón flamígero, dejó escondido en este lugar, cuando salió huyendo de la quema. Mi fuliginoso

acompañante, después de minuciosas explicaciones y de un largo discurso que debía ser muy bello, aunque por ser en dialecto napolitano no le entendí yo más que si hubiera sido dicho en la lengua de los Faraones, me hace dar tres vueltas alrededor del desierto santuario; me hace asomar á un pozo cuadrado, antiguo altar, por cuyo fondo corre el Sarno silencioso; y á continuación, cruzándose en la puerta, me extiende la mano en ademán de suplicar ochavos. Y mientras me había entretenido con sus logogrifos, habían desfilado las inglesas, dejándome *solingo, errante é mísero* en medio de esta verdadera necrópoli, cuyas angostas y desiertas calles recorro sin más compañía que la de mi fiel paraguas.»

Preparado con esta primera visita, en la segunda describe lo más notable acometiendo valientemente los asuntos delicados.

«Sírigo, cuenta, era indudablemente el personaje más caracterizado de toda la vecindad y su casa se distingue de las demás por las columnas del peristilo, verdes ó sea del color de que fué la vergüenza del amo, y además por tener ante el umbral de la puerta, no la ordinaria *Have*, salutación común y corriente, sino la más significativa de *Salve lucró*, que es como si dijéramos, dame cuartos y llámame todo lo tonto que quieras. En efecto, este Sírigo que tan dispuesto estaba á recibirlos, vinieran como vinieran y de donde vinieran, diciendo no lo hacía por él sino por ocurrir á la numerosa prole de que lo había dotado Cunia Cornelia, su cara mitad, no desperdiciaba ripio con tal que como á buen padre le ayudase á sacar avante la familia, así que, no satisfecho con tener al lado una gran tahona en la que fabricaba y expendía pan, si bien escasito de harina, sobrado de yeso, lo mismo prestaba al mil por ciento mensual, como compraba barata cualquier clase de mercancía animada ó inanimada, de cuya procedencia nunca quería saber nada, ó se encargaba de ultimar diversas y variadas clases de negocios de muchos de los cuales ejercía el exclusivo monopolio.

»Enfrente de casa de Sírigo se ven pintadas en la pared dos enormes serpientes, con un letrero en griego, ó al menos con caracteres que para mí lo son, el cual dice *¡Gente*

ociosa y baldía! ¡No es aquí lo que buscáis; seguid adelante y cuidado no vayáis á derribar la muestra con las astas!

»Esto, según mi guía me dice, refiriéndose á lo interpretado por los sabios, lo puso el dueño de la casa, que era un boticario que tenía un par de hijas, boticarillas muy guapas, y que estaba aburrido de que la gente extraña marinera que abundaba en el entonces puerto de Pompeya, creyendo que todo el campo era tomillo, se colase á cada paso en su oficina, tomándola por otra que había en la esquina de más arriba. ¡Estos sabios son para averiguar el mismo diablo!

»La dicha vecindad del farmacéutico no debía ser ningún colegio de vestales, según lo demuestra la muestra que brilla sobre la puerta y lo indica la multitud de pinturas interiores. Se ofrece á la vista en el *tablino* ó estrado, una especie de marmóreo púlpito ó mostrador donde la *dame de comptoir*, no fiándose de vana palabrería, llevaba á efecto la debida anticipada recaudación; y además, en las paredes de los aposentos más recónditos se registran y leen numerosos certificados expedidos por los más constantes y entendidos favorecedores, en los cuales, firmado con el nombre y sellado con el anillo correspondiente, se especifican, detallan y circunstancian las cualidades, particularidades y habilidades de la mercancía.

»En casas de particulares se ven, como aquí, pinturas que, aunque fresquísimas en todos los sentidos y acepciones, no significan que sus dueños ó usufructuarios tuviesen menos puntos que el resto de sus paisanos y contemporáneos para ser desechados por el diablo; al contrario, dan á entender la religiosidad de aquéllos, pues las tales pinturas no eran sino devotas imágenes...

»Suele decirse con razón, que nada hay más osado que la ignorancia, pero á veces no le va en zaga la erudición, cuando trata de determinar fijamente, no sólo el uso á que estaba destinado cada edificio pompeyano, sino también el nombre y circunstancias de su dueño ó inquilino; pues en Pompeya lo que se presenta exteriormente, casi como dato exclusivo al efecto, son muchas tiendas con mostradores de mampostería revestidos de mármol ó estuco, y en ellos empo-

tradas tinajas de todos tamaños; muchas tahonas con sus correspondientes molinos de lava petrificada, y á veces, cuando, no hay tienda ni tahona, sino pared lisa, un par de serpientes pintadas, que, según la opinión más admitida, la defendían de los embates mingitorios de los transeuntes. En el interior de las casas apenas se distingue rastro de chimenea, lo cual hace suponer que el uso de anafes y braseros era general, mientras que no parece que ciertos aposentos que los habitantes de Madrid consideraban excusados hasta que *velis nolis* vino á imponérselos un rey napolitano, merecieron tal dictado entre los de Pompeya...

»Desde la unificación ó unidad italiana se ha comenzado á desenterrar ordenadamente toda la ciudad, en la cual se hallan empleadas, por término medio, cien personas que, según cálculo aproximado, necesitan aún setenta años de no interrumpido trabajo para descubrir el resto que falta, que viene á ser los dos tercios, central y oriental, de lo contenido dentro del recinto.

»Lytton Bulwer pinta á los ciudadanos de Pompeya en los últimos días (*The Last Days*), no como eran, sino como debían haber sido, para poder ser presentados con decencia diez y ocho siglos después, ante una numerosa familia de *young misses and gentlemen*, cuyos respetables progenitores no se achispasen de ordinario más que jueves y domingos; pero, aun así, y á pesar de su mucha fantasía, el novelista inglés, por lo ameno y entretenido de su estilo, es incomparablemente preferible en todos conceptos á los italianos, de quienes yo tengo noticia, que han escrito sobre el mismo asunto; los cuales, á pesados y mentecatos, pueden competir con los españoles, que hasta ahora han publicado indigestos estudios acerca del vascuence. Sin duda, esto deberá ser por tener alguna relación con aquello de que nadie es profeta en su patria...

»Al fin me encuentro en la estación en compañía de mucha gente marinera angloamericana, asediado por un enjambre de vendedores que alegan como incontrovertible derecho para que sobre la marcha se le compre incondicionalmente su, por lo general, inútil mercancía, el que, merced á

la pródiga Naturaleza y á la reconocida fecundidad de su respectiva mujer, se hallan dotados de una numerosa y siempre famélica prole. Sin embargo, como yo, además de no tener arte ni parte en ello, no considero esas circunstancias cual un mérito, y mucho menos como una desdicha inmerecida, me sacudo incontinentemente de ellos, enviándolos á paseo con sus peines, pipas, rosarios y muñecos, y aun, si me aprietan el taco, con sus mujeres, sus hijos y toda su parentela.

»Llega el tren de Scafati, ¡Pronti! ¡Partenza! Ya vamos andando.»

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

(Concluirá.)





FORTALEZA

BALADA.

—Madre, todo es inútil: yo le amo...

—Me lo has dicho mil veces,
pero ¿y si él no te amase?

—Madre mía,
¡le amaré siempre!

—Si él como tantos otros es altivo,
falaz, inconsecuente,
si te olvida mañana...

—Madre mía,
¡le amaré siempre!

—Si has de vivir de su capricho esclava
hipócrita ó rebelde,
si te humilla y te injuria...

—Madre mía,
¡le amaré siempre!

—Si oyes que el nombre que repite en sueños
del tuyo es diferente,
si á otra mujer adora...

—Madre mía,
¡le amaré siempre!

—Y si ves que se buscan y se besan...
si juntos te escarnecen...

—Me moriré de pena, madre mía,
¡pero amándole siempre!

MANUEL DEL PALACIO.





LORD MACAULAY

HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN DE INGLATERRA, traducción española de la *Biblioteca clásica*, por el Sr. D. Daniel López.—Tomo II.



o fué la vida de lord Macaulay muy larga, pues nació en los comienzos del siglo y murió en 1859, pero fué grandemente útil á su patria.

A los que reniegan de nuestro siglo, alegando que los pasados fueron todos de mayor vitalidad y sentido moral que el presente, puede ofrecérseles como ejemplo la vida de lord Macaulay. No solicitó jamás ninguno de cuantos honores obtuvo. El pueblo inglés le hizo en distintas ocasiones su representante; el Gobierno le llevó á la edad de treinta y cuatro años al Consejo de la India; la Cámara popular le hizo Ministro; la Universidad de Glasgow le nombró Rector; el Consejo de Lincoln's Inn, su miembro honorario; la Real Academia, profesor de Historia, y la Reina Victoria, lord.

Sólo en una ocasión pudo quejarse de sus conciudadanos: cuando, á consecuencia del discurso que pronunció en la Cámara defendiendo una subvención para el Seminario católico de Maynooth, los electores de Edimburgo, cuya representación tenía, le retiraron su confianza, no reeligiéndole.

Ausente de la Cámara, sin resentimientos contra un pueblo ingrato que no supo comprender el espíritu liberal de su representante al defender la política de tolerancia, se dedicó

á narrar las vicisitudes de su patria, esculpiendo con caracteres indelebles sus miserias y grandezas en el eterno libro de la historia; haciendo, al propio tiempo, un monumento literario que había de ser orgullo de los hijos de Inglaterra y el más firme pedestal de la gloria de su autor.

Y hay que confesar que el momento no podía ser más oportuno. Cuando la Europa toda seguía con ansiedad los movimientos convulsivos de la Francia que, después de haber agostado dos monarquías, se entregaba en manos de una república socialista, que, tras sangrientas escenas, había de precipitarse hacia el desastroso imperio, Macaulay en su gabinete escribía la historia del pueblo sensato, que llegando tarde al concierto de las naciones civilizadas, había sabido sin embargo, por una fusión extraña de la tradición, con las exigencias del progreso, crear un Gobierno que, permitiendo la libre expansión de las fuerzas vivas del País, desarrollaba su riqueza y su cultura en el interior, y se imponía en el exterior como una de las naciones de primer orden.

¡Qué extraño es, que á quien invocaba el espíritu de su pueblo, dormido en el polvo de los archivos, para ofrecerlo á la contemplación de las gentes con toda la vida que la verdad y el arte reciben de manos del genio, qué extraño es, repetimos, que á quien tal hizo colmaran de honores aquellos que veían reproducidos con fidelidad pasmosa sus sentimientos y sus ideás, sus recuerdos y sus aspiraciones, su pasado, su presente y hasta su porvenir!

Pero el éxito de Macaulay fué más que un éxito nacional. La Europa toda ha sancionado el juicio favorable que el pueblo inglés formó de su historiador. Traducido á casi todas las lenguas ha circulado de mano en mano, esparciendo esa filosofía natural, que se desprende de todas las páginas de la historia de Inglaterra, y que es el mejor antídoto que puede suministrarse contra los efectos perniciosos de tantos innovadores é inventores de constituciones como han pretendido curar radicalmente los males sociales.

No era nuestro país de los menos necesitados de semejante antídoto, y sin duda por eso la traducción francesa, más al alcance de la generalidad que el original inglés, ha ocupado

siempre preferente lugar en todas nuestras bibliotecas. Bastaba esto para que el espíritu de Macaulay fuera conquistando lentamente prosélitos que difundiesen más tarde su sentido en la masa social; pero no podían apreciarse por completo ni aquella factura artística del gran historiador, ni aquel decir tan sobrio y elocuente, ni aquella fina ironía con que cortésmente ataca á los que han tergiversado el espíritu de los hechos para deducir falsas conclusiones, ni aquel razonar vigoroso con que defiende todo lo que puede favorecer la causa de la libertad, de cuyo culto fué siempre gran sacerdote. Para poder apreciar todo esto, era preciso una buena traducción española, y aquí, donde tanto y tanto malo se traduce todos los días, nadie había intentado publicar esta obra hasta que el inteligente editor Sr. Navarro discurrió dar cabida á la *Historia de la Revolución de Inglaterra* en su ya numerosa y selecta *Biblioteca clásica*.

Y aunque por este solo hecho bien merece el Sr. Navarro gratitud de todos los amantes de la historia y de las letras, no estará demás decir en este momento, que no se alcanza con facilidad, porque si Macaulay tituló su obra *Historia de Inglaterra desde el advenimiento de Jacobo II hasta nuestros días*, se ha introducido tal alteración en su título al traducirla al español. Alcanza esta responsabilidad tanto al editor Sr. Navarro, como al traductor Sr. Juderías; pero más principalmente á éste, pues, aun cuando haya de terminarse la traducción española al llegar al reinado de Guillermo III, como se deja ver con el anuncio de que sólo falta publicar otros dos tomos, no se justifica, sin embargo, el cambio, por la razón de que si Macaulay hubiese historiado la *Revolución inglesa* solamente, hubiera seguido otro plan y otro desarrollo que historiándola como un episodio de la vida del pueblo inglés, que ha de guardar íntimo enlace con el resto de la narración histórica. Pero dejemos esto por no tener ya enmienda, y digamos algo del tomo II que acaba de publicarse.

Dos han sido los traductores de él: el Sr. Juderías y el Sr. López; el segundo ha traducido la mayor parte, según se dice en una nota puesta por el editor, nota que, á decir verdad, no era muy necesaria, puesto que hay diferencias

muy esenciales entre ambas traducciones. No es el Sr. Juderías uno de tantos traductores ramplones, como desgraciadamente tenemos. El Sr. Juderías es un buen escritor, y cuida por lo mismo de revelar siempre esta condición; pero debido sin duda á que su conocimiento de la lengua inglesa no parece ser muy completo, hace, más bien que traducciones, refundiciones. La diferencia que se nota á primera vista entre el estilo sobrio y córtado del historiador inglés y el período redondo y sonoro del Sr. Juderías, permiten afirmar, casi sin género ninguno de duda, que sobre la traducción primera hace un nuevo trabajo, que retrata fielmente el pensamiento del autor, pero que desvirtúa su personalidad literaria. El Sr. López, por el contrario, ha respetado el original siempre que sin gran violencia de la lengua castellana podía conservar intacto el período de Macaulay. De aquí resulta mayor espontaneidad y frescura en la frase y un recuerdo más fiel de las condiciones del autor. Puede afirmarse que el Sr. López ha comprendido á Macaulay mejor que el Sr. Juderías; mas no es de extrañar esto, si se tiene en cuenta que, no sólo habla el Sr. López el inglés, sino que conoce á fondo la literatura inglesa antigua y moderna.

El segundo tomo de la *Historia de la Revolución de Inglaterra* comprende dos capítulos; el III y el IV. Es el III quizá uno de los mejores de toda la obra.

Ha llegado Macaulay al momento más culminante de su historia. Con la muerte de Carlos II y el advenimiento de Jacobo se produce la crisis suprema del pueblo inglés. Es este el período álgido, de él ha de salir la regeneración de Inglaterra; allí se confirma el principio del *self government*; allí se convencen los reyes de que sólo á título de servidores de su pueblo pueden hacer estable su poder. Si hay alguna ocasión favorable para hacer el balance del antiguo y el nuevo régimen, es esta, y Macaulay, que siente la historia, Macaulay, que tiene el instinto del historiador, traza con mano segura el retrato más completo y acabado que puede hacerse de su pueblo en su magnífico capítulo sobre el estado de Inglaterra en 1685.

Todo aquello que puede dar una idea de la cultura del

pueblo inglés, por pequeño y trivial que parezca, lo apunta Macaulay como dato, no traído al azar, ni por mero capricho, sino aquilatando su valor como documento histórico, *porque más interesa al progreso de la civilización y de las artes útiles, saber cómo estaban arregladas las salas y dormitorios de nuestros antepasados*, que conocer al menudeo las peripecias todas de una batalla. Y no se crea por esto que Macaulay, al descender al detalle, incurre en el defecto de amontonar dato sobre dato á manera de inventario. No; Macaulay es demasiado artista para esto. No es ni el miniaturista que cree mal acabado su retrato si no pueden contarse en él uno por uno los cabellos del original, ni tampoco el efectista que cree que con una *mancha* puede darse por terminada una obra, prescindiendo por completo del dibujo.

Los documentos que Macaulay aduce son de los que dan vida y relieve á la figura del pueblo inglés: detrás de la pintura parecen sentirse las palpitaciones del modelo. El ambiente, ese escollo tan grande por lo indefinible, y que es uno de los encantos de nuestro gran Velázquez, está estereotipado en la obra de Macaulay.

Hay en este tercer capítulo tanta riqueza y variedad de tonos que constituye por sí sólo la revelación del autor. Sin estadísticas oficiales, persiguiendo con rara sagacidad los pocos documentos de la época, aquilatando el valor y el peso de las observaciones individuales que han podido escapar á la acción del tiempo, reconstruye Macaulay la Inglaterra de 1685, con tal seguridad y tal tino, que el lector se deja llevar del encanto de la narración y cree, porque es imposible dudar. La población de Inglaterra, el estado de sus rentas, el sistema militar, la marina, la agricultura, la minería, la industria fabril, las ciudades más importantes, el estado de las comunicaciones, el estado de cultura, la ciencia, el arte, la religión, las clases sociales: todo, en fin, pasa ante los ojos del lector, como bellísimo panorama dibujado por mano experta. Aquellos rústicos caballeros del campo *the coun try gentlemen*, mezcla de las más extrañas cualidades de grosería y nobleza; aquel clero tan profundamente despreciado, pero de tanta influencia, sin embargo, en la vida social,

impresiona de tal manera, que, aun suponiendo que no hubieran existido, podría decirse de ellos lo que tantas veces se ha dicho de Sancho y D. Quijote, que tienen más vida que la misma realidad. Y por si acaso algún lector, de esos mal avenidos con la época presente, trata de establecer comparaciones en perjuicio de nuestro siglo, le sale al paso Macaulay, al fin de este capítulo, demostrando cuán falsa es la ilusión que conduce á exagerar la felicidad de las generaciones precedentes, y cómo esta ilusión agujonea el espíritu para que no descansa ni desmaye en la marcha progresiva de la moderna civilización.

Así preparado el terreno, escribe Macaulay el capítulo IV sobre el advenimiento de Jacobo II, entrando ya de lleno en la parte puramente narrativa de su historia.

La muerte de Carlos II, con las vacilaciones de aquel espíritu de natural bondadoso, pero sin energía, que aparenta pertenecer al protestantismo, siendo católico; el arranque generoso de la Duquesa de Portsmouth que, en el momento de perderlo todo, se acuerda, sin embargo, de lo que puede endulzar los últimos momentos de su regio amante; las preocupaciones de Jacobo, al recoger la herencia de su hermano, y los manejos de los cortesanos, que tratan de conservar su influencia y su posición con el nuevo Monarca, constituyen un bellísimo pasaje, que puede ser por mucho tiempo fuente de inspiración de los artistas.

Aquella sombría figura del *Chief Justice* del Tribunal del Banco del Rey, sir Jorge Jeffreis, colocado en uno de los puestos más altos de la Nación, para escarnio de la justicia, ha sido dibujada por Macaulay con un naturalismo asombroso; parece levantarse allí como para mostrar al pueblo inglés el substractum del absolutismo, y empujarle á la revolución. Si Jacobo no hubiera inferido á su Patria otra ofensa que la de elevar á Jeffreis, dándole tan gran participación en el Gobierno, merecería, por este solo hecho, el desprecio de los ingleses. Pero la doblez de su carácter, las vergonzosas negociaciones con Francia, su desprecio al Parlamento, las venganzas que, á título de justicia, ejecutó con Oates, Dangerfield y Baxter fueron materiales que Jacobo arrojó impruden-

temente al fuego de la revolución, que trabajaba los espíritus preparando días mejores con el reinado de Guillermo y María.

Tal es á la ligera el contenido del tomo segundo de la *Historia de la revolución de Inglaterra*, al que ha añadido el señor López un apéndice, que prueba una vez más cuán á conciencia trabaja. El Sr. López, comprendiendo que el público español necesita explicaciones que holgarían hechas á los ingleses, ha tratado de llenar este vacío, aclarando, por medio de una serie de notas, algunos puntos referentes á la organización administrativa social y política de Inglaterra, que son de verdadera necesidad para suplir las deficiencias del texto en toda traducción española. Escritas sin pretensión estas notas en estilo llano, acusan, sin embargo, en el Sr. López al autor de trabajos tan notables como los publicados en la ya difunta *Revista Hispano-Americana*, sobre los traductores de *Shakespeare en España*.

LORENZO BENITO.





LAVRETZKY

POR

IVAN TOURGUENEF

Continuación (1)

VII.

No me conocéis?—dijo quitándose el sombrero.— Yo os conozco, aunque hace ya ocho años que os ví por última vez; entonces no erais más que una niña. Soy Lavretzky. ¿Está vuestra madre en casa? ¿Podré verla? ¿Os llamáis Isabel, no es cierto?—preguntó Lavretzky, subiendo los escalones del pórtico.

—Sí.

—Me acuerdo muy bien de vos; ya entonces teníais una fisonomía que no se olvida fácilmente; yo os traía bombones.

Lise se sonrojó. ¡Qué individuo tan singular—pensó.— Lavretzky se detuvo un instante en la antesala. Lise entró en el salón de donde escapaba la voz y las carcajadas de Pauchine, que comunicaba á la señora de Kalitine y á Guideonofsky, que acababan de volver del jardín, una murmuración de la villa, y él mismo se reía ruidosamente de lo que contaba. Al oír el nombre de Lavretzky, María se turbó, se puso pálida y se dirigió á su encuentro.

(1) Véase la pág. 102 de este tomo.

—Buenos días, buenos días, querido primo—dijo con voz doliente.—¡Cuánto me alegro de veros!

—Buenos días, prima—respondió Lavretzky, estrechándola amigablemente la mano.—¿Cómo estáis?

—Sentaos, querido Teodoro. ¡Ay, qué contenta estoy! Dejadme primero que os presente á mi hija Lise.

—Ya me he presentado yo mismo á la señorita Lise—interrumpió Lavretzky.

—El Sr. Pauchine, Sergués Petrowitch Guideonofsky. Pero sentaos. Por más que os miro, no puedo creer á mis ojos. ¿Cómo va vuestra salud?

—Como veis, próspera. Pero oíd también prima, si no temiera haceros mal de ojo, os diría que no habéis adelgazado durante estos ocho años.

—Cuando pienso cuánto tiempo hace que no nos hemos visto—murmuró la señora de Kalitine con aire soñador.—¿De dónde venís? ¿En dónde habéis dejado... Es decir, ya entiendo—continuó precipitadamente...—¿Pensáis quedaros mucho tiempo aquí con nosotros?

—Vengo de Berlín—respondió Lavretzky—y mañana salgo para mi pueblo, en donde probablemente estaré bastante tiempo.

—Habitareis seguramente Lavriki.

—No, no me estableceré probablemente allí, sino en un pueblecillo á veinte ó veintiseis *werstes* de aquí.

—¿Son los bienes que heredásteis de Glafysa Petrowna?

—Sí, prima mía, esos mismos.

—¿Cómo pensáis en eso, Teodoro, teniendo en Lavriki una casa tan bonita?

Lavretzky frunció imperceptiblemente las cejas.

—En efecto... Pero en esas otras tierras tengo una habitacioncita que me basta, y este sitio es el que más me conviene por el momento.

María se turbó aún otra vez, hasta el punto de alzarse en su sillón y separar los brazos. Pauchine vino en socorro suyo, entablado conversación con Lavretzky, y así se calmó un poco, se recostó cómodamente, contentándose con decir una palabra de vez en cuando en la conversación; pero á pe-

sar de esto miraba compasivo al recién venido, y suspiraba de una manera tan significativa y movía la cabeza con tanta tristeza, que Lavretzky, no pudiéndose dominar, acabó por preguntarla con bastante brusquedad si estaba buena.

—Sí—gracias á Dios,—le respondió.—¿Por qué me hacéis esa pregunta?

—¡Dios mío! Por nada; me parecía que no estabais bien. María tomó un aire algún tanto digno y distinguido.

—Si lo creéis así—pensó,—me es perfectamente igual, según parece, amigo mío, nada os da frío ni calor; otro cualquiera se habría secado de pesar, y vos no perdéis ni una onza de grasa.

Todo esto lo dijo en su interior, y cuando hablaba para sí esta señora no escogía las expresiones; cuando se dirigía á otro ponía mayor esmero.

Lavretzky, en efecto, se parecía muy poco á una víctima de la suerte. Su rostro venerable, tipo perfecto ruso; su frente blanca y elevada; su nariz algo gruesa y sus labios anchos y regulares, respiraban una salud de aldeano, manifestando una gran abundancia de fuerza vital. Estaba formado sólidamente, y sus cabellos rubios y rizados naturalmente como los de un muchacho. Sus ojos azules y algo saltones, un poco pesados, expresaban solamente alguna cosa que no era ni cuidado ni cansancio, y su voz tenía un sonido algo de monótono.

Pauchine seguía sosteniendo la conversación, llevándola á la fabricación del azúcar de remolacha, sobre lo que acababa de leer dos folletos franceses, lo que le permitió exponer el contenido con tranquila modestia; sin decir, á pesar de todo, de dónde tomaba estas noticias.

—¡Ah! Pero sí es Fedia—exclamó repentinamente Marpha Timofewna detrás de la puerta del cuarto de al lado, que estaba entreabierta.—¡Sí es Fedia!

Y entró la vieja rápidamente al salón, y sin que Lavretzky tuviera tiempo de levantarse, ya le abrazaba.

—Déjame que te vea, déjame verte—repitió dando un paso hacia atrás.—¡Oh! ¡Qué bien estás! Has envejecido algo, pero no por eso estás más fea.

—No me beses en las manos, sino en las mejillas, si no te dan miedo las arrugas. ¿No te has informado de mí, ni preguntado si tu vieja tía vivía aún? ¡Sí! ¿No es cierto? Y, sin embargo, yo fuí la que te recibí al nacer; no estás tú mal bribón. Pero todo esto no es nada. ¿Para qué te habías de acordar de mí? Has hecho muy bien en venir. Bien, bien—añadió volviéndose á María.—¿Le has ofrecido al menos alguna cosa?

—No, absolutamente nada—se apresuró á decir Lavretzky.

—Al menos toma con nosotros una taza de té. ¡Señor! ¡Dios mío! Llega no sabe de dónde, y no le dan siquiera una taza de té. Lise, ve pronto á ocuparte en esto. Recuerdo que de pequeño era muy comilón, y aun ahora creo que no desdenará un buen bocado.

—Os saludo respetuosamente, Marpha Timofewna—dijo Pauchine aproximándose á la anciana, que en su alegría le olvidaba, é inclinándose profundamente ante ella.

—Perdonad—respondió Marpha;—con el regocijo no os había visto.—¿Cómo te pareces ahora á tu madre!—continuó, volviéndose hacia Lavretzky.—Solamente tenías las narices de tu padre, y aún las tienes. ¿Vas á estar mucho tiempo con nosotros?

—Me voy mañana, tía.

—¿Á dónde?

—Á Wassilienskaé.

—¡Mañana!

—Sí, mañana.

—¡Sí, es mañana, mañana! ¡Qué Dios te acompañe! Tú sabes mejor que yo lo que te conviene. Pero no olvides venir á despedirte de mí.

La anciana le acarició en la mejilla.

—No espero volverte á ver; no porque yo me sienta próxima á la muerte, no. Aún espero vivir diez años; nosotros, los Pertoff, tenemos mucha vida; tu abuelo tenía costumbre de decir que teníamos dos existencias; pero Dios sabe cuánto tiempo hubieras podido estar en países extranjeros. Me pareces tan fuerte como antes. Apuesto á que aún continúas levantando diez arrobas con una mano. Tu padre, perdona, no

tenía sentido común; sin embargo, no pudo tener idea mejor que darte un suizo para preceptor. ¿Te acuerdas cómo luchabais á brazo partido? A esto lo llamaban gimnástica, según creo. Pero ¿qué tengo yo que charlo tanto? No hago más que quitar á Pauchine que hable. (Afectaba pronunciar su nombre apoyando sobre la última sílaba.) Tomemos primero nuestro té; vamos á la terraza. Ya verás qué nata tenemos. Esto es otra cosa que en vuestro París ó en vuestro Londres. Vamos, vamos, pues; y tú, Fediouche, dame el brazo. Brazo bien sólido; contigo no hay temor de caer.

Se levantaron todos para ir á la terraza, á excepción de Guideonofsky, que se alejó desapercibido.

Todo el tiempo que había durado la conversación de Lavretzky con la dueña de la casa, Pauchine y Marpha, había quedado en un rincón, guiñando un ojo y tendiendo los labios con una curiosidad de niño; tenía impaciencia de llevar á la villa la noticia de la llegada de este héroe interesante.

Veamos lo que pasaba aquel mismo día, á las once de la noche, en casa de la señora de Kalitine.

En el piso bajo, en el dintel de la puerta del salón, Pauchine, aprovechándose de un momento favorable, se despedía de Lise, diciéndole al tenderle la mano:

—Ya sabéis lo que aquí me trae y por qué vengo sin cesar á esta casa; mas ¿para qué lo he de hablar cuando es todo tan claro?

Lise no respondió nada, ni se sonrió; arqueó un poco las cejas y se sonrojó, mirando al suelo, pero no retiró la mano.

En el piso principal, en la habitación de Marpha, iluminada por una lámpara opaca suspendida ante antiguas imágenes, Lavretzky, sentado en un sillón, con los codos apoyados sobre sus rodillas, tenía oculto su rostro entre sus manos; la anciana, de pie delante de él, silenciosa, le pasaba de vez en cuando la mano por los cabellos. Estuvo más de una hora en su casa, y después de despedirse de la dueña, no dijo nada á su buena amiga, y ella por su parte tampoco le preguntó nada.

¿Qué podía él decir? ¿Qué podía ella preguntarle? Lo comprendía todo y tomaba parte en sus sufrimientos.

VIII.

Fedor Ivanowitch Lavretzky (pedimos á nuestros lectores permiso para interrumpir por un momento nuestra narración) era de una familia antigua y noble. Los primeros Lavretzky salieron de Prusia bajo el reinado de Basilio el Ciego, y recibieron doscientas fanegas de tierra en el distrito de Bejetzk. Varios de sus antecesores entraron en el ejército, y bajo el patronato de sus Príncipes y de personajes poderosos fueron enviados como *woivodes* á las provincias más lejanas, pero sin llegar al rango de *stolnih*, y no adquirieron gran fortuna. El más rico y más notable de todos los Lavretzky fué Andrés, bisabuelo de Teodoro; era un hombre duro, arrogante, inteligente y disimulado. Aún dura el recuerdo de su despotismo, de su carácter feroz, de su prodigalidad insensata, de su ambición sin límites. Era alto y obeso, moreno de rostro y sin barba, grueso, y en ocasiones parecía dormido; pero cuanto más bajo hablaba, más crecía en torno suyo el terror que esparcía. Encontró una mujer digna de él, gitana de origen; tenía los ojos saltones, una nariz de pico de cigüeña y una cara redonda y amarillenta; era colérica y vengativa; en una palabra, no cedía en nada á su marido, que faltó poco para que la hiciera morir á fuerza de malos tratamientos, y al cual no pudo sobrevivir, aun cuando durante su agitada unión no hubiesen cesado de reñir.

Pedro, hijo de Andrés y abuelo de Teodoro, no se parecía en nada á su padre; era un señor como no se ven más que en los *eteppes*; regularmente excéntrico, ruidoso y agitado, grosero, pero bastante bueno, muy hospitalario y muy amante de la caza con perros. Tenía más de treinta años, cuando á la muerte de su padre se halló dueño de una herencia de dos mil aldeanos en perfecto estado. No necesitó mucho tiempo para disipar ó vender una parte de sus bienes y echar completamente á perder á sus numerosos criados.

Sus habitaciones, vastas, calientes y sucias, estaban con-

tinuamente llenas de gèntecilla, que caía de todos lados sobre él como el granizo ó una plaga de insectos. Esta ingerencia se atracaba de todo lo que tenía á mano, bebía hasta la embriaguez y se llevaba de la casa todo lo que les dejaban tomar, sin cesar de cantar alabanzas á aquel huésped hospitalario.

Pedro, cuando estaba de mal humor, les trataba muy mal, les insultaba; pero no tardaba en fastidiarse con su ausencia. Su mujer era un sér dulce y oscuro; la había sacado de una familia de la vecindad por orden de su padre, que se la escogió; se llamaba Ana Pablowna. No se mezclaba en nada, recibía cordialmente á sus huéspedes y le gustaba bastante salir, aunque la obligación de ponerse polvos causase su desesperación. Tenía costumbre de contar en su ancianidad que para proceder á esta operación le colocaban una chichonera de fieltro sobre la cabeza, levantándole todo el pelo, y después de frotada con sebo la espolvoreaban de harina, introduciéndole también una masa de horquillas de hierro, que después costaba todo el trabajo del mundo desenredarse de ellas; sin embargo, para no herir la susceptibilidad de nadie, se resignaba á sufrir aquel odioso martirio todos los días que tenía que hacer alguna visita. Le gustaba hacerse llevar por trotadores, y estaba pronta á jugar á las cartas de la mañana á la noche; pero sin olvidarse nunca, cuando su marido se aproximaba á la mesa de juego, el disimular con la mano sus pequeñas pérdidas; ella, que había dejado á su marido en plena disposición de todos sus bienes y de toda su dote. Tuvo de él dos hijos, Iván, que fué padre de Teodoro, y una hija llamada Glafyra.

No se educó Iván en la casa paterna, sino al lado de una tía soltera, rica y anciana, llamada la Princesa Koubeusky, que le prometió nombrarle su heredero universal (de otra manera no le hubiese dejado marchar su padre). Le vestía lo mismo que una muñeca; le puso profesores de todas clases, escogiéndole para preceptor un antiguo abad francés, discípulo de J. J. Rousseau, un cierto Mr. Coustín de Vaucelles.

Era éste un hombre listo, hábil é insinuante, á quien ella

calificaba de la *nata y flor* de la emigración, y que acabó por casarse con ella casi septuagenaria, y después de legar á aquella nata y flor todos sus bienes, rindió el alma á Dios, poco tiempo después, con las mejillas pintadas de rojo y toda perfumada de ambar á la *Richelieu*, rodeada de negritos, galgos y loros charlatanes, extendida en un sofá del tiempo de Luis XV, teniendo en la mano una caja de tabaco de esmalte de Pititos. Murió abandonada de su marido, pues el insinuante Mr. Coustín había hallado oportuno el retirarse con su dinero á París.

Tenía Iván diez y nueve años cuando recibió esta nueva inesperada, que le afectó en extremo. No quiso quedarse en casa de su tía, en donde el presunto heredero se había tornado de repente en parásito, ni siquiera en San Petersburgo, en donde el acceso de la sociedad en que había sido educado le fué prohibido en el acto.

Sentía una repugnancia invencible hacia el servicio, que hubiera debido comenzar por los grados más humildes, más oscuros y difíciles; todo esto pasaba en los primeros años del reinado del Emperador Alejandro.

Se halló, pues, reducido, de grado ó por fuerza, á volver al lugar de su padre. ¡Cuán sucio, mezquino y pobre le pareció todo allí! La oscuridad, el silencio, la soledad de la vida de los *steppes* le ofuscaban á cada paso, le devoraba el fastidio.

Además, nadie en la casa, exceptuando su madre, tenía hacia él sino sentimientos hostiles. Su padre soportaba con impaciencia sus costumbres de la ciudad; sus trajes, sus chorreras, sus libros, la flauta, su limpieza le parecía, y con justicia, una delicadeza exagerada; no hacía más que quejarse de su hijo, y regañarle continuamente.

«Nada le conviene aquí, decía muy amenudo; en la mesa todo le disgusta, no come nada, no puede soportar el olor de los criados, ni el calor del cuarto; le descompone ver á cualquiera borracho; no se atreven siquiera á pelearse delante de él, no quieren servir, no vale un cuarto su salud, parece una mujer. Y todo esto porque tiene la cabeza rellena de Voltaire.»

El anciano detestaba particularmente á Voltaire, y ese *descreído* de Diderot, aun cuando no hubiera leído ni una línea de sus obras, porque el leer no era cosa de su incumbencia.

Pedro Andrewitch no se equivocaba; Voltaire y Diderot llenaban, en efecto, la cabeza de su hijo, y no solamente ellos, sino también Rousseau, Raynal, Helvetius y consortes; pero sólo le llenaban la cabeza. Su preceptor, el antiguo abad, el enciclopedista, se había contentado con verter en conjunto sobre su discípulo toda la ciencia del siglo XVIII. Así había penetrado en Iván todo ese espíritu, que quedó en él sin mezclarse con su sangre, sin penetrar en su alma, sin producir fuertes convicciones... Después de todo, ¿qué convicciones podemos exigir á un joven que vivía hace cincuenta años, cuando ni aun ahora hemos llegado á tenerlas?

La presencia de Iván molestaba á los huéspedes de su casa paterna; los despreciaba, y ellos le temían. No había logrado siquiera ligarse con su hermana, que tenía doce años más que él. Esta Glafyra era un sér extraño: muy fea, flaca, jorobada y con unos ojos muy grandes y severos, y una boca con labios finos y apretados; su rostro y su voz, sus rápidos y angulosos movimientos recordaban á su abuela la gitana. Obs tinada, dominante, no había querido jamás ni hablar de casamiento. La vuelta de Iván no fué cosa de su gusto; mientras estuvo en casa de la Princesa Koubeusky, podía esperar la herencia de la mitad de los bienes de su padre; su codicia era un rasgo más que tenía de su abuela.

Además le causaba envidia; estaba tan bien educado, hablaba el francés tan bien y con un acento tan parisiense, y ella no podía apenas pronunciar *bonjour* y *comment vous portez-vous?* Verdad es que sus padres no sabían otro tanto. Pero esto ¿de qué la servía? No sabía Iván cómo disipar su tristeza y su mal humor. Pasó un año en el campo, pero un año que le pareció largo como diez. No hallaba placer sino al lado de su madre, y pasaba horas enteras en su cuarto bajo de techo y pequeño, oyendo sus inocentes conversaciones y atracándose de dulces.

En el número de las sirvientas de Ana Pavlowna se halla-

ba una muchacha muy linda, con ojos dulces y puros y finas facciones; se llamaba Malania, era juiciosa y modesta. Gustó en seguida á Iván, y muy pronto la amó; sus tímidos pasos, sus respuestas modestas, su voz dulce, su tierna sonrisa le habían cautivado; todos los días le parecía más amable. Por su parte, también ella se iba interesando por Iván con toda la fuerza de su alma, como las jóvenes rusas saben solamente amar, y se entregó á él. En una casa de señores de pueblo, no puede quedar oculto por mucho tiempo un secreto. Todos supieron muy pronto los lazos que unían á su joven amo con Malania, y esta noticia llegó á oídos del mismo Pedro Andrewitch. En otras circunstancias nadie hubiera hecho caso de un negocio de tan escasa importancia, pero hacía ya mucho tiempo que estaba disgustado con su hijo, y aprovechó esta ocasión para confundir al flamante filósofo. Se levantó en la casa una tempestad de gritos y de amenazas. Secuestraron á Malania, é Iván fué llamado ante su padre. Ana Petrovitch acudió al ruido, tratando de calmar á su marido, pero éste no escuchó nada. Cayó sobre su hijo como un ave de rapiña, reprochándole su inmoralidad, su incredulidad, su hipocresía; la ocasión era demasiado buena para no descargar sobre Iván toda la cólera que se había ido amontonando tan largo tiempo en su corazón contra la Princesa Koubeusky; le llenó de expresiones injuriosas. Iván comenzó por dominarse y callar, pero cuando ya su padre le amenazó con un castigo infamante, no pudo más.

¡Ah!—pensó.—El *descreído* de Diderot está de nuevo en escena; este es el momento de que me sirva; esperad y voy á confundiros á todos.

Y en seguida, con voz tranquila y comedida, aunque algo temblona interiormente, anunció á su padre que hacía mal en acusarle de inmoralidad; que no quería negar su falta y que estaba dispuesto á repararla, tanto más, cuanto que se sentía muy por encima de las preocupaciones; en una palabra, que se hallaba pronto á casarse con Malania. Al pronunciar estas palabras logró, sin duda, Iván el objeto que se proponía; quedó su padre tan absorto, que extravió los ojos y por un instante quedó inmóvil; pero casi en seguida volvió

en sí, y tal como estaba, con su paletó forrado de pieles, los pies desnudos en sencillas babuchas, se lanzó con los puños cerrados hacia su hijo.

Aquel día, como si lo hubiera hecho á propósito, Iván se había peinado á lo Titus, poniéndose un traje azul á la inglesa, botas con borlas y un pantalón Collant de piel de ante, de perfecta elegancia. Ana Pavlowna lanzó un fuerte grito y se cubrió el rostro con las manos; pero su hijo no hizo nada; tomó las de Villadiego, atravesó la casa y el patio, llegó á la verja, luego al jardín y el camino real, corrió sin volver la cabeza hasta que no oyó detrás de él el paso tardo de su padre y sus gritos redoblados y entrecortados.

—¡Detente, tunante! ¡Detente, ó te maldigo!—gritaba.

Iván se refugió en casa de un *odnodvorotz* de las cercanías, y su padre volvió á su casa fatigado y lleno de sudor, y anunció, respirando apenas, que retiraba á su hijo su bendición y su herencia. Hizo en seguida quemar todos aquellos desgraciados libros, y la sirvienta Malanña fué desterrada á un pueblo lejano. Unas buenas gentes advirtieron á Iván de todo lo que pasaba. Avergonzado, furioso, juró vengarse de su padre; la misma noche se emboscó para detener el paso al carro que llevaba á Malanña; la arrancó á viva fuerza á su escolta, y corriendo á la villa cercana, se casó con ella.

Al día siguiente, escribió á su padre una carta fríamente irónica y cortés, y se fué al lugar en donde vivía su prima en tercer grado, Dominitri Pertoff, con su hermana Marpha, que ya conocemos.

Les contó todo lo que había pasado, les dijo que iba á partir para Petersburgo, á fin de alistarse en el ejército, y que les suplicaba que diesen asilo á su mujer, aun cuando sólo fuera por poco tiempo. Sollozó amargamente al pronunciar las palabras *mi mujer*, y olvidando su refinada civilización y su filosofía, cayó humildemente de rodillas ante sus parientes como un verdadero aldeano ruso, tocando la tierra con su frente.

Los Pertoff, que eran personas compasivas y buenas, accedieron con facilidad á sus ruegos; pasó dos semanas en su casa, esperando en secreto la respuesta de su padre, que ni vino ni podía venir.

A la nueva del casamiento de su hijo Pedro Andrewitch cayó enfermo y prohibió que pronunciasen delante de él el nombre de Iván; sólo la pobre madre tomó prestado y de oculto quinientos rublos en papel al cura del pueblo y se los envió á su hijo, con una estampita para su nuera.

Tuvo miedo de escribir; pero el mensajero, aldeano pequeño y seco, que tenía la habilidad de andar sesenta *werstes* á pie en el día, se encargó de decir á Iván que no se afligiese mucho, que esperaba, con la ayuda de Dios, convertir la cólera de su marido en clemencia; que ella hubiese preferido otra nuera, pero que esto no era seguramente la voluntad divina, y que enviaba á Malanña su bendición maternal.

El aldeano recibió un rublo por el trabajo, pidió permiso para saludar á su nueva ama, de la cual había sido antes compañero, le besó la mano, y se puso en marcha para la casa.

Partió Iván para San Petersburgo con alegría, en donde esperaba un porvenir desconocido; tal vez pudiera ser, pero á falta de cosa mejor, dejaba la vida del campo, que aborreía. Sobre todo, estaba satisfecho de no haber renegado de sus principios, sino de haber, por el contrario, puesto realmente en práctica y justificado las enseñanzas de Rousseau, de Diderot y de la *Declaración de los derechos del hombre*. El sentimiento de cumplir un deber, de conseguir un triunfo, de su justo orgullo satisfecho, llenaba su alma; por otra parte, la separación de su mujer no le turbaba demasiado; más hubiera temido tener que vivir con ella. El primer negocio ya hecho, era preciso pensar en los otros. Tuvo gran éxito en San Petersburgo, contrario á lo que esperaba; la Princesa Koubeusky, que ya había abandonado Mr. Coustín, pero que no había muerto todavía, quiso reparar sus yerros para con su sobrino, recomendándole á todos sus amigos, y le dió cinco mil rublos, último dinero que le quedaba sin duda, un reloj de Mepée, con su cifra en una guirnalda de amores. No habían pasado tres meses cuando ya obtuvo una plaza en la Embajada rusa de Londres, y debía embarcarse en el primer buque inglés que partiera, pues aún no era cuestión de los barcos de vapor.

Pocos meses después recibió una carta de Pertoff en que le felicitaba por el nacimiento de su hijo, que había visto la luz en la villa de Pokrofskoé, el 20 de agosto de 1807, á quien habían dado por nombre Teodoro, en honor del santo mártir del mismo nombre. La debilidad de Malania era tal, que no podía añadir más que unas líneas, y estas mismas líneas sorprendieron mucho á su marido, pues ignoraba que Marpha hubiese enseñado á escribir á su mujer. Sin embargo, Iván no se abandonó por mucho tiempo á los dulces goces de la paternidad; hacía entónces la corte á una de las más célebres Phrynes ó Laís del día. (Los nombres clásicos estaban aún á la moda.) Acababa de firmarse la paz de Tilsitt, y todo el mundo se apresuraba á gozar, como arrastrado por un turbión sin freno. Los ojos negros de una belleza excitante le habían vuelto el seso. Tenía poco dinero, pero jugaba con suerte; tenía conocimientos, tomaba parte en todos los placeres imaginables; en una palabra, comenzaba á bogar á toda vela.

IX.

Á pesar del tiempo transcurrido, costaba trabajo al anciano Lavretzky resolverse á perdonar á su hijo.

Si éste hubiera venido seis meses después de su boda á arrojarse á los pies de su padre, tal vez hubiera obtenido en seguida su gracia, despachando sólo con un buen sermón, ó todo lo más viendo levantarse la paternal muleta, instrumento de temor muy saludable. Pero Iván vivía en país extranjero, y parecía preocuparse muy poco de su padre.

—¡Cállate! ¡Cuidado!—repetía el anciano cada vez que su mujer trataba de irle preparando á la clemencia.—Ese pillo debe eternamente rogar á Dios por mí, en gracia de que no le haya maldecido; mi difunto padre le hubiese matado con sus propias manos, y hubiese hecho muy bien.

Ana, al oír esas terribles palabras, hacía con disimulo la señal de la cruz. En cuanto á la mujer de Iván, el anciano no quería al principio ni aun hablar de ella, y en respuesta

á una carta de Pertoff, en la cual éste hacía mención de su nuera, le mandó á decir que no conocía á su nuera en parte alguna del mundo, y que la ley prohibía formalmente el dar asilo á los siervos huídos, de lo que creía su deber prevenirle. Pero más tarde, cuando supo el nacimiento de su nieto, se dulcificó algo, hizo preguntas por bajo de mano, pidió noticias de la madre y le envió sin dar su nombre algún dinero. No tenía un año el niño Teodoro, cuando Ana Petrowna cayó gravemente enferma.

Tres días antes de su muerte, y no pudiendo ya moverse de su lecho, dijo á su marido, en presencia de su confesor, con lágrimas en sus pupilas, ya casi apagadas, que deseaba ver á su nuera, despedirse de ella y bendecir á su nieto.

El anciano, afligido; la tranquilizó en seguida, y envió en el acto un coche á la nuera, llamándola por primera vez Malania.

Esta llegó con su hijo y Marpha, que no había querido á ningún precio dejarla partir sola y exponerla á cualquier ofensa. Malania entró en el gabinete de su suegro medio muerta de miedo. La seguía una niñera que llevaba el niño en sus brazos. El suegro la miró en silencio; ella se aproximó para cogerle la mano. Sus temblorosos labios apenas pudieron depositar un beso, que no se oyó.

—¡Ah! Joven noble de la víspera—dijo él al fin,—buenos días. Id al cuarto de la señora.

Diciendo esto se levantó y se inclinó hacia el niño Teodoro; éste sonrió, tendiéndole sus manecitas blancas. El anciano se sintó conmovido.

—¡Ay, pobre abandonado!—le dijo.—Tú ganas la causa de tu padre; yo no te abandonaré, querido mío, no.

Al entrar Malania en el cuarto de Ana Pavlowna se puso de rodillas en la puerta. La moribunda le hizo señas de que se aproximara á la cama, la abrazó, bendijo el niño; después, volviendo hacia su marido su rostro, adelgazado por crueles sufrimientos, trató de hablarle.

—Ya sé, sé muy bien lo que quieres pedirme—pronunció Pedro Andrewitch.—No te apenes más, se quedarán á mi lado y por ellos perdonaré á mi hijo.

Ana hizo un supremo esfuerzo, besó la mano de su marido... Aquella misma noche dejó de existir.

Pedro Andrewitch cumplió su palabra. Informó á su hijo de los últimos momentos de su madre, y que por piedad hacia el pequeño Teodoro le devolvía su afecto, y de que en adelante Malania se quedaría en su casa. Pusieron á la disposición de la joven dos cuartos entresuelos; su suegro la presentó á sus conocidos más notables, al brigadier tuerto Skourechine y á su mujer, le regaló dos siervas y un criadito para que le hicieran los recados; Marpha se despidió de ellos; desde el primer momento tomó manía á Glafyra, y en el transcurso del día riñeron tres veces.

Al principio fué la posición de la joven muy penosa y falsa; pero pronto se resignó y fué acostumbrando á su suegro. Él también se acostumbraba á verla y hasta la tomó cariño, aunque casi nunca la hablaba ó poco menos, y hasta su misma amabilidad manifestaba algún tanto de desprecio.

Malania tenía más que sufrir á causa de su cuñada. Ésta, aun en vida de su madre, había logrado poco á poco irse apoderando del gobierno de la casa; comenzando por su padre, todo el mundo estaba sometido á su capricho; no se podía disponer de un terrón de azúcar sin su autorización; hubiera consentido morir antes de compartir su poder con otra ama de casa, y ¡qué ama de casa, Dios mío!

La boda de su hermano le había exasperado aún más que á su padre, y resolvió dar una buena lección á aquella advenediza.

Desde el momento de su instalación en la casa, Malania fué su esclava. ¿Y cómo hubiera podido luchar con la terquedad de la orgullosa Glafyra, ella, pobre mujer sin defensa, siempre turbada, siempre temerosa y con delicada salud? No pasaba día sin que la recordase su origen, alabándola que se quedase en su lugar.

Malania hubiese pasado muy bien sin sus recriminaciones y sus elogios, por amargos que le pareciesen; pero le habían quitado á su hijo y concibió con esto una terrible desesperación. Bajo pretexto de que no era capaz de poderse ocupar de su educación, no la permitían verle apenas; Glafyra se

encargó de todo; el niño pasó enteramente á su poder.

Malania, llena de un violento pesar, suplicaba en todas sus cartas á su marido que volviese lo más pronto posible. El mismo Pedro Andrewitch deseaba volver á ver á su hijo; pero éste, muy pródigo de cartas, se contentaba con dar muchas gracias á su padre por sus bondades para con su mujer, por el dinero que le enviaba, y prometía volver pronto, pero no venía. El año de 1812 le trajo al fin á su Patria. El padre y el hijo, al verse después de seis años de separación, cayeron en los brazos uno del otro, sin pronunciar una sola palabra que hiciese alusión á sus discordias pasadas; otra cosa tenían en su cabeza.

Toda la Rusia se levantaba en masa contra el enemigo, y los dos sintieron que la sangre rusa corría por sus venas. Pedro Andrewitch equipó á su costa un regimiento de voluntarios. Pero terminada la guerra, ahogado ya el peligro, sintió Iván apoderarse de él como nunca el fastidio. Aquel mundo lejano, con el cual estaba generalizado, en donde se sentía en su centro, le atraía. Su mujer era impotente para detenerle, entraba por muy poco en su existencia. La esperanza misma que Malania fundaba en él, no se había realizado; su marido halló, como todo el mundo, más conveniente el confiar la educación de su hijo á Glafyra. La pobre mujer no pudo soportar aquel golpe ni la segunda separación, y se apagó su vida en pocos días sin proferir una palabra. Durante toda su vida no había sabido nunca resistir á nadie; no trató siquiera de combatir su enfermedad. No podía ya hablar; las sombras de la muerte se pintaban en su rostro, y sus facciones expresaban aún una paciencia inalterable, y la constante dulzura de su infinita resignación; miró á Glafyra con suma sumisión, y lo mismo que Ana Pavlowna en su lecho de muerte había besado la mano de su marido, puso los labios sobre la de Glafyra, recomendándole á su hijo único. Así terminó su papel sobre la tierra aquel sér tan dulce y tan bueno. Arrancada violentamente, Dios sólo sabe el por qué, del suelo que la vió nacer, arrojada un instante después semejante á un albaricoquero á quien descubren las raíces á la luz, y se secan y desaparecen sin de-

jar huella, la pobre mujer murió sin que nadie la llorase.

Fué algún tiempo sentida por su suegro y sus doncellas, pues el anciano echaba de menos el dulce rostro de su nuera y su silenciosa presencia.

—¡Adiós, adiós para siempre!—murmuró, saludando por última vez á la difunta, y lloró al echar un puñado de tierra en la tumba.

Pedro Andrewitch sobrevivió muy poco á su nuera, sólo cinco años; en el invierno de 1819 murió tranquilamente en Moscou, en donde fué á establecerse con Glafyra y su nieto. Quiso ser enterrado con su mujer y Malania. Iván Petrowitch se hallaba entonces en París para su diversión; había dejado el servicio poco tiempo después de 1815, y al saber la muerte de su padre se decidió á volver á Rusia; era preciso tomar la dirección de su fortuna; además, según decía Glafyra, el pequeño Teodoro entraba ya en los trece años, y había llegado el momento de ocuparse seriamente de su educación.

X.

Volvió Iván Petrowitch á Rusia hecho un inglés. Sus cabellos cortados al rape, su chorrera encañonada, su levita larga, color de guisante, con multitud de esclavinitas sobrepuestas; la expresión agria de sus facciones, su gesto duro é indiferente á la vez en su manera de ser, su pronunciación, su risa repentina y burlona, la falta de una sonrisa, una conversación exclusiva político-económica, su pasión por el *roast-beef* casi crudo y por el vino de Oporto; todo, en fin, olía desde una legua á Gran Bretaña; parecía penetrado por completo de su espíritu.

Pero ¡cosa extraña! habiéndose transformado en inglés, volvía al mismo tiempo hecho un patriota, al menos se lo llamaban, aunque conocía muy mal la Rusia, aunque no tuviese ninguna costumbre rusa y hablase su lengua de una manera extraña. En su conversación, su lenguaje duro y falto de colorido estaba lleno de barbarismos; pero apenas se ha-

blaba de cosas serias, pronunciaba en seguida frases como estas: «Señalarse por nuevas pruebas de celo individual no está en acuerdo directo con la naturaleza de las circunstancias.» Iván había traído varios proyectos manuscritos sobre mejoras que trataba de realizar en el gobierno; estaba muy descontento de todo lo que veía; la falta de sistema excitaba por todo su bilis.

En la primera entrevista que tuvo con su hermana, le anunció que estaba resuelto á introducir mejoras radicales en la administración de sus tierras, que todo marcharía en su casa con un plan nuevo. Glafyra no le respondió nada, apretó los dientes, y «¿qué sucederá de mí—pensaba ella,—con todo esto?» Sin embargo, cuando llegó al campo con su hermano y su sobrino, no tardó en tranquilizarse. En el interior de la casa hubo, en efecto, algunos cambios; los parásitos y los holgazanes fueron desterrados inmediatamente; en el número de estas víctimas se hallaban dos viejas solteras, la una ciega y la otra paralítica, y un antiguo mayordomo contemporáneo de Souvaroff, que se mantenían sólo con pan negro de lentejas, á causa de su extraordinaria voracidad.

Dió además orden de que no recibiesen á las visitas de antes, que fueron reemplazadas por cierto Barón rubio y escrupuloso, vecino lejano, perfectamente educado, aunque muy tonto.

Llegaron de Moscou nuevos muebles, cordones de campanilla, lavabos; adornaron las habitaciones, sirviendo el almuerzo de una manera nueva; vinos extraños reemplazaron los licores y los aguardientes del País; vistieron á los criados con libreas modernas, añadiendo al escudo de armas de la familia el lema *In recto virtus*. Pero en el fondo no disminuyó el poder de Glafyra. Todas las compras, todos los gastos pasaban por su inspección como en lo pasado, y un ayuda de cámara alsaciano, que había traído Iván de Francia y que trató de rebelarse contra la suprema autoridad de Glafyra, perdió su plaza á pesar de la protección de su amo. En cuanto á lo concerniente á la administración de las tierras, de lo que Glafyra Petrowna se había ocupado siempre, quedó todo en *statu quo*, á pesar de las intenciones manifestadas más de

una vez por Iván, de hacer circular una vida nueva en su casa; en muchas partes subieron las rentas, pero fué más duro el trabajo; se prohibió á los aldeanos dirigirse directamente á Iván, y esto fué todo. El patriota comenzaba á considerar con desprecio á sus conciudadanos.

El sistema de Iván no fué verdaderamente puesto en práctica más que relativamente con el pequeño Teodoro: su educación fue sometida á una reforma completa; su padre se ocupó en ella exclusivamente.

XI.

Ya hemos dicho que el niño Teodoro había sido confiado enteramente á su tía hasta la vuelta de su padre á Rusia. Contaba ocho años cuando murió su madre; no la veía á menudo, y, sin embargo, la tomó un cariño que rayaba en pasión; el recuerdo de aquel rostro triste y dulce, de su melancólica mirada, de sus furtivas caricias quedó grabado para siempre en su corazón; pero nunca pudo comprender bien claramente la posición de su madre en la casa; comprendía que entre ella y él se levantaba una valla que no osaba ella ó no podía traspasar. Tenía miedo de su padre, y éste por su parte no le acariciaba jamás; si le pasaba alguna vez la mano por sus cabellos y se permitía darle un beso, le llamaba pequeño salvaje, y considerándole como á un imbécil. A la muerte de su madre, su tía se apoderó definitivamente de Teodoro. Sus ojos vivos y penetrantes, su fuerte voz le atemorizaban; no osaba proferir ni una sílaba delante de ella; si le acontecía hacer un movimiento con la silla, gritaba en seguida: «¡Dónde vas! ¡Estáte quieto!» El domingo, después de misa, le permitía jugar; esto quiere decir que le daba un tomo grueso, compuesto por un cierto Makssinwtch Abamovitch, que tenía por título *Símbolos y emblemas*. En este libro había infinidad de láminas, con su texto, no menos oscuro, en cinco lenguas. Un cupido desnudo é hinchado jugaba un gran papel en estos dibujos.

Al pie de uno de ellos, que tenía por título el Azafrán y el Arco Iris, se leía esta divisa: «El efecto de éste es más grande.» Debajo de otro, que representaba una cigüeña atravesando el aire, con un ramo de violetas en el pico, decía: «Todas ellas le son conocidas.» Un amorcillo cerca de un oso que lamía á su hijo, expresaba: «Poco á poco.» Teodoro examinaba estos dibujos, que conocía hasta en su menores detalles; algunos, siempre los mismos, le hacían reflexionar mucho y despertaban su joven imaginación; no conocía más distracción que ésta. Cuando llegó el momento de que aprendiera la música y las lenguas extranjeras, tomó Glafyra para maestra de Teodoro una vieja solterona por un módico salario, de origen sueco, que hablaba bien ó mal el francés y el alemán, tocaba un poco el piano, y además de todo esto sabía pepinos perfectamente. En la sociedad de esta institutriz, de su tía y de una criada vieja, llamada Wasiliewna, fué en la que pasó Teodoro cuatro años. Muchas veces el pobre niño se escondía en un rincón con su libro de divisas sobre las rodillas, y estaba allí horas enteras en un cuartito bajo embalsamado por los gesaners, é iluminado por una pobre vela; el grillo dejaba oír su monótono grito, como si él también sufriera del fastidio; la péndola del reloj marcaba con regularidad los segundos, un ratón oculto salía y arañaba la tapicería, y las tres viejas parecían las tres Parcas, agitando vivamente en silencio las agujas de la media; la sombra de sus brazos temblaba en la pared, de un medio color, y extrañas visiones cruzaban el cerebro del niño. Nadie hubiera visto en él un sér interesante. Era pálido, pero grueso, mal formado y torpe, un verdadero *moujiz*, según decía Glafyra; su palidez hubiera desaparecido muy pronto si le hubiesen hecho respirar el aire libre más á menudo. Aprendía bastante bien, aunque tuviese á menudo accesos de pereza; nunca lloraba, pero, en cambio, manifestaba á veces una terquedad salvaje; en esos momentos nadie podía conseguir nada de él.

Teodoro no quería á ninguno de los que le rodeaban. ¡Desgraciado de aquel cuyo corazón no ha amado desde la infancia!

Iván halló á su hijo tal como acabamos de pintarle, y sin pérdida de tiempo se puso á aplicarle su sistema.

—Antes de todo—decía él á Glafyra,—quiero hacerle un hombre, y no sólo un hombre, sino un espartano.

Para realizar estos buenos proyectos, comenzó por vestir á su hijo á la moda escocesa, y se vió á aquel hombrecillo de doce años pasearse con las piernas desnudas y una pluma de gallo en la gorra; la vieja sueca fué reemplazada por una joven suiza, bastante buena maestra de gimnástica; se abandonó por siempre la música, como ocupación indigna de un hombre; las ciencias naturales, el derecho internacional, las matemáticas, la carpintería, para conformarse con los preceptos de Juan Jacobo Rousseau, y el blasón, para entretener en su casa el sistema caballeresco; tales fueron los estudios á que debía entregarse el futuro espartano. Le despertaban á las cuatro de la mañana, le refrescaban el cuerpo con agua helada, le hacían correr á la cuerda alrededor de un poste, no comía más que una vez al día y de un solo plato, montaba á caballo y tiraba á la ballesta; á ejemplo de su padre, ejercitaba la fuerza de carácter cuando la ocasión se presentaba, y todas las noches hacía la cuenta de la tarde y de sus impresiones personales.

Iván, por su parte, le escribió instrucciones en francés, en las que le llamaba *hijo* y le trataba de *usted*. Teodoro tuteaba á su padre al hablarle en ruso, pero no se atrevía á sentarse en su presencia. Este sistema logró embrollar completamente las ideas del joven y le volvió casi imbécil; pero el nuevo género de vida tuvo un feliz resultado para su salud: comenzó por tener una fiebre tifoidea, de la que se repuso pronto y se convirtió en un joven vigoroso. Su padre se mostraba orgulloso de esto y le llamaba en su extraño lenguaje «El hijo de la naturaleza, mi obra, mi creación.»

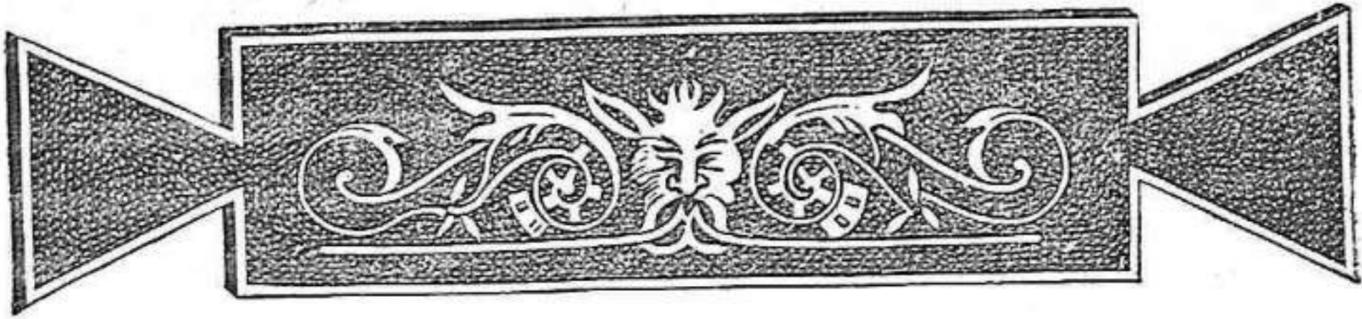
Cuando llegó Teodoro á cumplir los diez y seis años, su padre se creyó en el deber de inspirarle por adelantado el desprecio de la mujer, y el joven espartano, con su alma temerosa y casi infantil, lleno de savia, de fuerza y de pasión, estudiaba ya cómo parecer indiferente, frío y brutal.

Pero el tiempo marchaba á su paso largo; Iván residía la

mayor parte del año en Lauriki (que era la propiedad principal de su herencia), y durante el invierno iba solo á Moscou, en donde habitaba un hotel. Frecuentaba con asiduidad el club, peroraba, exponía sus planes en los salones y presumía más que nunca de inglés, de descontento y de hombre político. Sobrevino el año de 1825 y los males que le acompañaron. Los vecinos más próximos, los amigos de Iván, todos sufrieron crueles tribulaciones. Iván se apresuró á retirarse al campo y encerróse en sus dominios. Pasó así un año, y después, de repente, sintió que le abandonaban las fuerzas, que había desaparecido su salud. Desde entonces el librepensador comenzó á frecuentar las iglesias, á hacer cantar *tedéum*. El inglés de otro tiempo se daba entonces baños rusos, comía á las dos, se acostaba á las nueve, durmiéndose con la conversación de su mayordomo; el hombre político había quemado todos sus proyectos, toda su correspondencia; temblaba ante la presencia del Gobernador y adulaba al *ispravnick*; el hombre de voluntad de hierro se quejaba y gemía cuando le molestaba un grano ó le servían fría la sopa. Glafyra se apoderó de nuevo del timón, y por la escalera de servicio volvieron á efectuar sus peregrinaciones los moujiks, así como las diferentes autoridades del pueblo, para visitar la «vieja bruja.» Este era el nombre que le habían dado sus criados.

Teodoro sintió vivamente el cambio sobrevenido á su padre. Entraba entonces en los diez y nueve años, y comenzaba á reflexionar, á sacudir el yugo de aquella mano que por tan largo tiempo había pesado sobre él; ya antes de esta época notó cierta inconsecuencia entre los discursos y los actos de su padre, entre sus anchas teorías, tan liberales, y su estrecho despotismo; pero no esperaba tan pronta transformación.

(Continuará.)



CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR.



A opinión pública se manifiesta hondamente preocupada ante la situación, por desgracia bien poco lisonjera, de nuestra actual marina de guerra. Apenas tenemos barcos; los que figuran en nuestra escuadra no reúnen, por regla general, las condiciones que exigen los adelantamientos modernos.

Las demás potencias marítimas, desde la más pujante á la más exigua, empiezan á mirarnos con cierto desenfado muy próximo al desdén.

Nuestra bandera no alcanza en los mares (acaso tampoco en tierra) aquella consideración, aquella simpatía á que nos hicieron acreedores los últimos años de paz y reconstitución política y material de este pueblo, arruinado y deshecho antes del restablecimiento del trono legítimo.

Dicho sea en honra del insigne estadista que á raíz de la restauración dinástica tomó sobre sí la ardua empresa de reanudar la historia de la Nación española: aquí imperaba el desorden más completo en todos los ramos de la Administración, la anarquía más espantosa en la gestión de los intereses del fisco, el nepotismo y la arbitrariedad en punto á la

provisión de los cargos públicos... El ejército peleaba como bueno, siempre sufrido y esforzado, por devolver á esta querida Patria los días venturosos de la tranquilidad perdida, del crédito derrochado, de la autorizada representación que entre las demás naciones le correspondiera... Y gracias al heroísmo de ese ejército y á la iniciativa poderosa de aquel hombre, España reconquistó su bienestar interior y su prestigio en el extranjero; renació la confianza, se aseguró nuestro porvenir y recobramos un puesto en el concierto europeo. Hasta se llegó á hablar de concedernos intervención directa en las más graves cuestiones internacionales, como á potencia de primer orden... Algo significa la especie en abono de nuestra importancia y del respeto otorgado á nuestro pabellón.

Entonces se acordó también aumentar nuestro contingente de mar, adquiriendo en el extranjero los buques necesarios, con arreglo á los recursos de que, por el momento, pudiera disponerse.

Después... después fué Ministro de Marina, con la situación actual, un experto General de la Armada, que desde el mismo cargo había prestado su valioso concurso á la anterior... Y aquí empieza la serie de contratiempos para la marina, que coinciden fatalmente con el cúmulo de fracasos diplomáticos y complicaciones interiores de que estamos siendo testigos hace ya más de dos años.

Respondiendo á las exigencias de la opinión, han sido varios los proyectos formulados para la restauración de nuestro poder naval. Dos diputados, los Sres. Leignonier y Loigorri; un senador, el General Beránger, han sometido al acuerdo de las Cámaras proposiciones dirigidas á aquel objeto. El actual Ministro de Marina, Sr. Rodríguez Arias, poco propicio á conformarse con la iniciativa ajena, parece resuelto á dar señales de la propia. Pero dícese que no todo el Gabinete está conforme con su plan, aún no conocido del público.

El General Beránger quiere que se nombre una Comisión que estudie el asunto, y que se contraiga un empréstito de 200 millones de pesetas que se entreguen en seis años, incluyendo en los presupuestos sucesivos de marina una par-

tida de 10 millones al año para pago de intereses y amortización gradual del crédito.

Todo lo que sea gravar el presupuesto de gastos lo estimamos poco práctico. Córtense los abusos de que adolece el actual modo de ser de nuestra Armada y es seguro que de esta suerte, aplicando á verdaderas necesidades de la escuadra lo que hoy se dilapida en generosas exacciones, se habrá conseguido resolver el problema, tan estérilmente decantado hasta ahora por la prensa de todos matices.

*
* *

En cuanto á política palpitante, nada bueno podemos registrar para la tranquilidad de los ministeriales. La izquierda se propone á toda costa dar señales de vida, y al efecto prepara sus armas y estimula á sus caudillos. Desde luego parece acordado que la cuestión del juramento en el Congreso será el primer tema de debate en que intervengan los amigos del Duque de la Torre, y según noticias fidedignas, la discusión de tan interesante asunto comenzará en seguida, pues la del proyecto relativo al Estado Mayor general del ejército, que ha de precederla, durará muy pocos días. Es dudoso, sin embargo, que la oposición de la izquierda en punto á la cuestión del juramento, ya asendereada y medio resuelta en el Senado, dé á la política nuevo giro, ni abra á los sucesos nuevos horizontes.

Algo más debe preocupar al Gobierno el nublado de complicaciones interiores y exteriores que sobre él se cierne, amenazándonos con peligros harto graves. Lo de Cuba no está bien, ni mucho menos. Las últimas disidencias oficiales entre el Capitán general y el Director general de Hacienda, han facilitado la exhibición del profundo descontento que reina en la grande Antilla, donde, si Dios no lo remedia, vamos á tener que deplorar hondas perturbaciones. Otro de los fracasos de este Ministerio es lo de Santa Cruz de Mar Pequeña. Después de la expedición de los comisionados

que habían de posesionarse del territorio perteneciente á España, ahora resulta que la cosa está cada vez más enmarañada, que el Gobierno inglés ha resuelto, por lo visto, acabar de dar al traste con el mermado prestigio diplomático del Marqués de la Vega de Armijo, y que va á ser preciso enviar fuerzas del ejército para que hagan valer nuestro indisputable derecho á la posesión de aquel pedazo de tierra marroquí. ¿Seremos víctimas una vez más de la impericia de los actuales gobernantes? Es de suponer.

*
* *

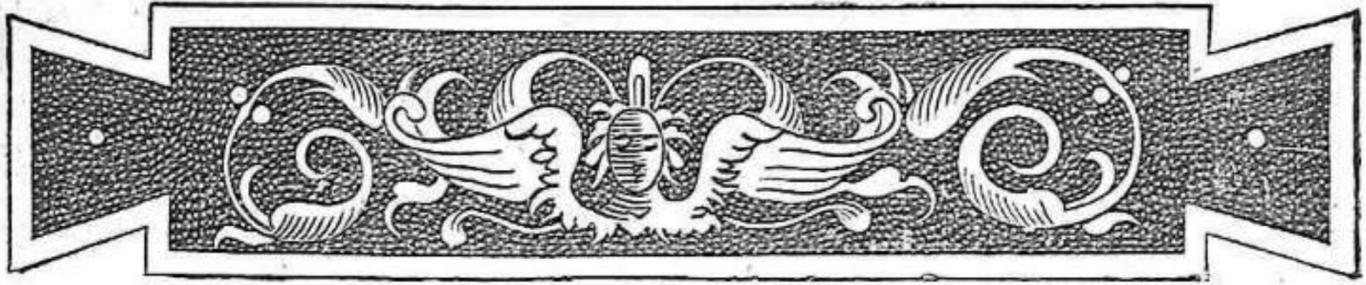
Dos pérdidas importantes ha experimentado la Nación española. La muerte acaba de arrebatarnos á dos hombres ilustres, pertenecientes á la aristocracia de la sangre y del talento: el Conde de Pinohermoso, decano de la grandeza de España, último de los antiguos próceres de España, caballero del Toisón de Oro, gran cruz y collar de Carlos III, senador por derecho propio, maestrante de Valencia, de cuya maestranza había sido teniente, cargo de distinción que actualmente ocupaba en la orden militar de Montesa, que ha fallecido á la avanzada edad de ochenta y tres años; y el director de la Biblioteca Nacional, D. Cayetano Rosell, cuyo nombre figura dignamente entre los más preclaros de la literatura patria, contaba al morir sesenta y siete años. Nació en el vecino pueblo de Aravaca, hizo sus primeros estudios en el colegio imperial de los padres jesuitas de San Isidro de esta corte, y después de haber concluído la filosofía, humanidades y aprendido algunos idiomas, tomó parte en la redacción de diferentes periódicos políticos y literarios, al propio tiempo que escribía los nueve últimos volúmenes de la Historia de España por el P. Juan Mariana, continuada por Miniana y otros autores.

Entre las producciones del insigne escritor, figuran también las siguientes: *Historia del combate naval de Lepanto y juicio de la importancia y consecuencias de aquel suceso*, *Discurso sobre*

la expedición de Orán, Traducción de la historia del reinado de Felipe II, por Prescott; Historia de la villa y corte de Madrid, Crónica de la provincia, y las producciones dramáticas Antes que te cases, Una broma pesada, Por un reloj y un sombrero, El tarambana, La madre de San Fernando, El burlador burlado, El dinero y la opinión, El hipócrita, Fugar por tabla y El padre pródigo. Coordinó además varias de las obras comprendidas en la Biblioteca de Autores españoles, era caballero gran cruz de Isabel la Católica, jefe del cuerpo de archiveros, bibliotecarios y anticuarios, y socio benemérito de la Asociación de Escritores y Artistas.

R.





REVISTA EXTRANJERA

Los utopistas del socialismo se creen ya fuera de la época de propaganda, y aspiran á subvertir en Europa todos los antiguos principios, todas las grandes instituciones, proclamando como ley y último argumento la supremacía del puñal y de la dinamita. En la intranquila Francia se han fijado, en primer lugar, y Francia está llamada á ser uno de los grandes teatros donde se desarrollen los ensayos del anarquismo.

La crisis económica es allí espantosa y sin precedente. La situación precaria de los obreros y la de sus patronos, tan afligidos como los que dependen de un salario, no se remedia con declamaciones ni discursos. Cuando la industria se halla ya en condiciones de no poder competir con la extranjera; cuando decae el comercio, y la agricultura ve perderse las cuatro quintas partes de las viñas francesas, por la invasión de la filoxera; cuando hay que ir á buscar lejos cereales y otros productos alimenticios, y la vida es costosa, y los recursos disminuyen á medida que los desaciertos de los gobernantes crecen, las huelgas de los trabajadores, por otra parte viciados y mal dispuestos, llegarán á constituir un estado normal con el indispensable séquito de hambre y de miserias, de desesperación y de crímenes.

No es, pues, extraño que el 18 de marzo de 1883 haya sido, para el socialismo francés, una fecha memorable. El 18 de marzo de 1871 se estableció en París la *Commune*, y los anarquistas fueron dueños del poder, y fusilaron á dos Generales, más tarde á los rehenes encarcelados, al párroco de la Magdalena, al Arzobispo y á otros sacerdotes católicos. Este sangriento aniversario debía festejarse en el año duodécimo, y los anarquistas lo han festejado.

Hubo ruidosas juntas para enardecer los ánimos, muchos programas, muchos revolucionarios discursos y muchos banquetes, que debieron ser al aire libre, y fueron á puerta cerrada. La víspera del día que pudo suponerse de sangre y lágrimas, el Gobierno acuarteló tropas, los artilleros prepararon sus cañones, la caballería sus armas, y millares de agentes de policía inundaron las calles. Hasta los papeles más rojos aconsejaron al pueblo la calma, la abstención; Luisa Michel se ocultó, varios jefes propagandistas fueron presos, y el gran acto se convirtió en frío, y soplaba el aire, helado como en diciembre, lo que contribuyó al silencio de los manifestantes.

Los anarquistas, que en estos momentos se agitan tanto en la capital de Francia, cuentan 39 grupos, independientes unos de otros, sin comité central que los dirija; pero saben entenderse cuando de huelgas y motines se trata. Cuentan con un órgano en la prensa, *La Bataille*, que tira 35.000 ejemplares.

Este periódico es leído por los más fanáticos y resueltos agitadores; así es que su propaganda neutraliza la de los siete periódicos con que cuenta la extrema izquierda, y que resultan moderados al lado de *La Bataille*. Para los anarquistas, el mismo Rochefort es un reaccionario.

Rochefort, el famoso Rochefort, el ídolo de los republicanos intransigentes, el que era candidato á la presidencia de la república demagógica, empieza á inspirar sospechas á sus antiguos adoradores. Mientras uno de los redactores de su periódico se veía y se deseaba para librar la vida en una reunión anarquista, el mismo Rochefort era visitado por anarquistas, y no ciertamente para felicitarle. La policía tuvo que intervenir y proteger á Rochefort contra los intransigentes.

tes. ¿Quién había de decírselo al famoso libelista del tiempo de Napoleón III?

La alarma, limitada hasta ahora á la capital, cunde por los departamentos, y en algunos ha tenido también digna celebración el famoso aniversario.

En Reims, á consecuencia de haberse practicado registros domiciliarios en las casas de catorce anarquistas, se había intentado hacer propaganda en el ejército, y se habían arrojado por las ventanas y tapias de los cuarteles proclamas y alocuciones que contenían instrucciones técnicas para hacer saltar los edificios militares.

En Saint-Etienne, durante la noche del viernes al sábado, se fijaron carteles excitando á los obreros á que acudiesen el domingo á las nueve de la mañana á la plaza Villeboeuf, é intimando al Municipio á que cree talleres nacionales para sostener á los obreros faltos de trabajo, y fué detenido y puesto después en libertad un tal Lafumat, á quien sorprendió la policía pegando carteles en las esquinas.

En Rubaix, donde 20.000 obreros sólo trabajan medio día y donde han aparecido agitadores forasteros, se fijaron también invitaciones convocando á una reunión en la plaza Gambetta, y tal alarma sembraron, que fué necesario enviar fuerzas militares.

En Amiens se han practicado también registros domiciliarios; en Ruan se han mantenido las tropas sobre las armas el sábado y domingo, y en Nevers y en otros muchos puntos ha sido necesario adoptar análogas precauciones, sin lograr por eso llevar la tranquilidad al ánimo de las gentes pacíficas y amantes del orden.

El movimiento socialista cunde en los departamentos, y hasta los estudiantes con sus asonadas demuestran que se halla Francia en pleno período revolucionario.

Ante tal desbarajuste, el Gobierno, que va comprendiendo las desastrosas consecuencias de las debilidades, se muestra decidido á reprimir las manifestaciones ilegales, ó sean las que se verifiquen en la vía pública.

El Ministro del Interior ha sometido al Consejo de Estado un proyecto de ley para reprimir los gritos y emblemas sedi-

ciosos y las manifestaciones públicas. Prepara también un proyecto de ley sobre las asociaciones, que será sometido al Senado. Dicho proyecto está dividido en tres títulos: el primero concierne á las asociaciones en general; el segundo á las asociaciones que por la naturaleza de su organización entran en la categoría de las congregaciones religiosas, y el tercero trata de las asociaciones entre franceses y extranjeros.

Se ha nombrado también una comisión, compuesta de dos representantes de cada Ministerio, bajo la presidencia del Ministro, y siendo Vicepresidente el Subsecretario, la cual estará encargada: primero, de buscar los medios de facilitar á las asociaciones obreras la admisión á las adjudicaciones y contratos de las obras del Estado; y segundo, de estudiar en qué medida sería posible obtener de los contratistas la participación de sus obreros en los beneficios de sus empresas.

Pero mientras esto pasa, el Ayuntamiento de París tiene en estudio el medio de poner en práctica la proposición del concejal Joffrín, que resume el *mínimum* de las reivindicaciones de los trabajadores socialistas de París. Se pide la creación de talleres municipales, imitación de los famosos talleres nacionales, establecidos en 1848, y de tristísima recordación; se pide la organización de panaderías y carnicerías municipales también, donde los obreros puedan proveerse al precio de costo; se pide que el Municipio construya por su cuenta habitaciones baratas para los proletarios, y que entregue desde luego la suma de quinientos mil francos á disposición de las sociedades de trabajadores para que se reparta á título de socorro.

Lo que verdaderamente se quiere es el restablecimiento de la Milicia Nacional, el armamento de todos los ciudadanos y el licenciamiento de la policía. Se trata de acorralar á los poderes públicos y de desencadenar la insurrección. La policía es el último obstáculo para la anarquía; y por esto se quiere suprimirla y resucitar la Milicia Nacional, causa en París, como en todas partes, de las revoluciones más terribles que ha presenciado este siglo.

Lo que se quiere es la *Commune* y á ello conspiran no po-

cos órganos avanzados de la prensa francesa, con un calor que hace presentir sus fundadas esperanzas.

Sigue en sus trabajos la Liga formada para exigir la revisión constitucional.

La abolición del Senado es el pensamiento capital de los radicales; pero los redactores del *Manifiesto revisionista* han tratado de envolver su objeto principal en una fraseología estudiada para no presentar en toda su desnudez el alcance de la reforma de las leyes constitucionales.

¿Conseguirán su objeto los revisionistas de la izquierda? El plano inclinado ha de recorrerse, y todo induce á creer que se recorrerá en mayor ó menor tiempo.

* * *

Otras preocupaciones perturban además á los Ministros de la República. Ferry, el gran pontífice de la enseñanza laica, ha pedido otros 40 millones para la construcción de mejores edificios para escuelas, lo que, unido á lo gastado, compone un total de 150 millones, lo que es ya algo como primer gasto, subsiguiente á la ley que hizo forzosa la instrucción primaria.

Estos gastos, relativamente enormes, levantan críticas y polémicas sin número, justificadas muchas en el estado de crisis que atraviesa Francia.

Pero Ferry persigue con tenacidad su ideal, y ningún sacrificio le parece excesivo con tal de realizarlo. Ya nos dijo el mismo Ministro: «El ideal de la antigua escuela se limitaba á enseñar á firmar, enseñar un poco de gramática y mucho catecismo; pero la escuela moderna tiene otro objetivo: tiene que dar una educación liberal para el mayor número y ha de satisfacer todas las necesidades del cuerpo y del alma de la infancia.»

«Para elevar el alma, proscibís á Dios,» contestó Ravignán; y un hombre cuya autoridad y renombre son incontables en la Universidad de Francia, el Sr. Sain-Marc de Girardín, dijo también en la Sorbona: «En la sociedad lo que

se quita á Dios, hay que darlo á la Guardia civil.» Es, en efecto, muy preferible que se ponga en manos de los niños el catecismo que alguno de los manuales de *moral cívica* que no son más que tratados de inmoralidad pública. La antigua escuela hacía hombres, y de la moderna saldrán á miles los sectarios del monarquismo.

No es, pues, extraño que un decreto de la Congregación del Índice haya vuelto á encender la enconada guerra entre los católicos y los partidarios de la enseñanza laica. Aquel decreto que condena los manuales de los Sres. Paul Bert, Compaire y otros, ha sido leído á los fieles desde el púlpito por mandato de los Obispos franceses, y la aplicación ya tan laboriosa de la ley de enseñanza primaria se hace más difícil todavía, en razón de la resistencia que á ella oponen muchos padres de familia. Las protestas del clero han tenido eco, principalmente en los pueblos, donde los maestros habían adoptado como libros de texto los condenados por la Congregación del Índice, y el Ministerio de Instrucción pública se verá en la necesidad de hacer algo para que termine una lucha que provoca el desprestigio de la autoridad.

Bien dijo la *Liberté*, periódico republicano, que la fe y la conciencia de un pueblo no pueden violentarse impunemente. En los conflictos que nacen del intento de querer acabar con las creencias religiosas, el representante de Dios es siempre más fuerte que el representante del Estado; el poder espiritual triunfa del poder temporal. Los ministros del culto católico están en su derecho borrando del número de los fieles á los que no se sometan á los mandatos de la Iglesia, y estos procedimientos no sólo son eficaces, sino perfectamente legítimos.

La ley francesa proclamó la neutralización de la escuela en materia religiosa, y las autoridades académicas imponen, sin embargo, obras que violan la neutralidad y atacan las convicciones católicas. No tienen las familias la culpa de que el Gobierno coloque á los ciudadanos en el caso de desobedecer al Obispo ó de resistir á la ley.

Volviendo á la cuestión de gastos, el Senado ha aprobado los artículos de un proyecto de ley aumentando también la

dotación de la caja de las escuelas. La creación de esta caja es, en resumen, la historia de la Hacienda de nuestros vecinos en los últimos años. Al principio, su dotación era de 200 millones, habiéndose elevado hasta 400 millones. El proyecto que hoy se discute abre un nuevo crédito de 120 millones, y la comisión que preside el Sr. Say cree que para completar las construcciones de escuelas y la compra de mobiliario escolar, habrá de llegarse á la enorme suma de 716 millones de francos. El gasto previsto ha resultado siete veces menor que el gasto real, pues lo que se dijo que costaría 120 millones cuesta 716.

Así son las economías, y los comerciantes é industriales observan con espanto que el presupuesto de gastos sigue en una progresión asombrosa.

*
* *

Lo que más sorprende es que no son sólo los franceses los que se agitan, y el movimiento socialista parece europeo. En Italia, los anarquistas de las Romanías, de Génova y de Roma se agitan mucho.

La policía de Rávena ha tenido que arrancar de las esquinas pasquines incendiarios, y la de Roma, en una casa próxima al sitio donde se reúnen los senadores, ha encontrado una bandera en cuyos pliegues se leen estas palabras: «¡Viva la *Commune!*»

Entretanto, la Cámara italiana sigue en sus estériles debates sobre el presupuesto. Se discute en este momento el de Instrucción pública, que ha presentado algún interés bajo el punto de vista político, cuando el Sr. Crispi trató de provocar una escisión en la mayoría; pero el Presidente del Consejo debe regocijarse de la lentitud con que se arrastran las discusiones, pues esto le permitirá pedir una prórroga del ejercicio provisorio, dejando para después de Pascua el debate sobre los presupuestos parciales del Interior y de Negocios Extranjeros. En abril será ya un hecho la abolición del curso forzoso del papel moneda.

La política internacional sigue también en Italia en calma. Las cuestiones relativas á Oriente pasan por cierta tregua, si ha de juzgarse por el poco interés que el Gobierno de Humberto I manifiesta hoy en ellas. Se ha dado una licencia al Conde Corti, que ha abandonado ya á Constantinopla para pasar una temporada en Italia, y hasta la cuestión de Trípoli parece enterrada.

Sin embargo, el Gobierno y las autoridades de Turquía, no pueden menos de seguir siempre en guardia contra los italianos, cuya aspiración manifiesta ha sido y seguirá siendo la de posesionarse de aquella parte de las costas africanas.

Las estaciones comerciales en Africa que la Sociedad de exploración residente en Milán había fundado en Derna, en Bengasi y en algunos puntos de la Cirenaica, han tenido que suprimirse, porque se ha temido la hostilidad de las autoridades otomanas y se ha visto la imposibilidad de desarrollar la idea en medio de la resistencia que encontraban constantemente y en todos los delegados de dicha sociedad, que, después de protestar, reclama ahora indemnización é interés.

Se ha publicado el *Libro Verde*, que comprende la correspondencia diplomática relativa á las indemnizaciones debidas á los italianos por perjuicios sufridos durante los últimos sucesos en Egipto.

Los periódicos oficiosos de Roma nada temen del estado del partido democrático; creen ridícula la explosión de petardos en los palacios de Chigi y de Venecia, residencia de los Embajadores de Austria; no dan importancia á las detonaciones en la plaza del Quirinal. Parece que los autores de estas fechorías han sido emigrados de Trieste, á quienes las autoridades italianas se han contentado con expulsar de la capital.

Llama en Europa la atención el presupuesto actual del Ministerio italiano de la Guerra, cuyo total de gastos se eleva á 248.666.000 liras, lo que constituye un aumento de 23.301.000 sobre la suma votada el año anterior. El plan consiste en aumentar en 100.000 hombres el efectivo del ejército de primera línea, y en 50.000 el del de segunda línea, de manera que haya en los cuadros del de primera línea

un total de 700.000 hombres, ó sea 430.000 presentes en las filas, 120.000 no movilizables. El ejército de segunda línea se elevará á 200.000 hombres de milicia móvil y 100.000 en los cuadros complementarios.

¿Son estos los preludios que anuncien una nueva faz de las sangrientas guerras de Europa?

*
* *

La dinamita, y siempre la dinamita, ha de ocupar la parte más palpitante de interés de la crónica extranjera.

Producen alarma las noticias recibidas de Londres. Intentóse volar el Ministerio de la Gobernación, situado en el barrio Westminster, y en las oficinas del periódico *The Times*; en la City, estalló también una caja que contenía materias explosivas. El crimen se atribuye naturalmente á los fenianos, y la opinión pública lo considera como una contestación al último discurso del primer Ministro Gladstone, en que éste hombre de Estado daba como terminada en gran parte la agitación de Irlanda.

Sin embargo, no puede darse á los manejos del fenianismo en Inglaterra la importancia que tiene en Francia, y aun en España, el anarquismo. El Gabinete de Londres sabrá descubrir y castigar lo mismo á los criminales de Londres que á los asesinos de Dublín.

La policía ha descubierto algunos depósitos de armas y de municiones, pero los criminales, agentes de los fenianos, saben ocultarse bien, pues aun no se ha podido encontrar á ninguno de los que tomaron parte en aquel atentado.

Dícese que la Reina se ha afectado mucho por el acontecimiento y ha renunciado á sus acostumbrados paseos por los alrededores de Wíndsor.

Parece que en un largo Consejo de Ministros presidido por Lord Gladstone se tomó el acuerdo de dirigir una enérgica nota al Gobierno de los Estados Unidos, llamando su atención hacia los manejos de O'Donovan Rossa, el jefe de los fenianos irlandeses.

Los corresponsales de los periódicos ingleses en Nueva York han abierto una información acerca de la solidaridad de los principales agitadores irlandeses, que actualmente se encuentran en América, con el atentado de Londres.

No les falta motivo para abrirla, pues hé aquí cómo se ha expresado O'Donovan Rossa con el corresponsal del *Daily News*:

«Inglaterra está en guerra con Irlanda. Esta tiene, por tanto, el derecho de hacérsela hasta en el centro de la Metrópoli.

Creo que en Londres se han servido de nuestro aparato núm. 18, cuya potencia explosiva es diez y ocho veces mayor que la de la dinamita ordinaria.»

Si Rossa, el célebre jefe de los fenianos en los Estados Unidos, no ha mentido al decir que la explosión era obra suya, y prelude solamente de lo que se propone hacer el partido que capitanea, como han asegurado las agencias telegráficas, la opinión pública en Inglaterra y Europa toda sabe ya á qué atenerse. Del Gobierno inglés será la obligación de perseguir á los culpables, descubrirlos y castigarlos de una manera tan severa que no les queden ganas de volver á las andadas.

En cuanto á Mr. Patrick Egan, Secretario de la Liga Agraria, que se acaba de refugiar en América, ha declarado, sonriendo, que considera la violencia como una mala conducta política, lo cual significaba para el corresponsal inglés que aprobaba el atentado de Londres.

Se sabe también que el Ministro del Interior de Inglaterra ha recibido una carta anónima, cuyo autor pide cincuenta mil duros é *impunidad general* y absoluta de cuanto haya podido hacer en lo pasado, por declarar toda la organización de la banda que cometió el crimen del jueves y está preparando otros aún más atroces. La recompensa debe asegurársele por medio de un decreto público y fijado en las esquinas.

El Gobierno cree que este es un lazo que se le tiende para empeñarle en una línea de conducta que provocaría malévolos comentarios.

Pero es lo cierto que Inglaterra es un poderoso país, y el Gobierno británico no carecerá de medios para dominar la situación anómala creada por el partido feniano ó de la *dinamita*, por más que se llame también *invencible*.

Parécenos que la alarma actual será pasajera.

*
* *

En los círculos políticos de Londres se habla de una circular diplomática que el Gobierno rumano se propone dirigir á las potencias, explicándoles las razones que tiene para no sancionar ni respetar las resoluciones tomadas por la conferencia internacional de Londres, que ha tratado de la cuestión del Danubio.

The Times anuncia que se va á celebrar un *meeting* para tratar de los asuntos de Madagascar, en el cual se presentará una proposición excitando al Gobierno para que envíe á Tamatave, capital de la isla, un buque de guerra para garantizar las comunicaciones entre aquel punto y la isla Mauricio. Se asegura que la Reina de Madagascar ha suplicado á Inglaterra y á Alemania que intervengan en su favor con el Gobierno francés, para impedir el bombardeo de Tamatave, con el cual la han amenazado los jefes de la escuadrilla francesa, fondeada en aquellas aguas.

Háse tratado, en la Cámara de los Comunes, de una interpelación de Sir R. Cross, llamando la atención del Parlamento sobre los documentos presentados por el Gobierno relativos á la cuestión de los deportados cubanos, y presentaría una proposición pidiendo que la Cámara acuerde haber visto con sentimiento que las negociaciones que han tenido lugar respecto de Maceo y sus compañeros no han dado por resultado la libertad de dichos cubanos, que eran refugiados, y que se pusieron bajo la protección de la bandera inglesa.

En la misma sesión preguntó Mr. J. Cowen si se sabía oficialmente dónde se hallaba encarcelado Maceo, y si era objeto de malos tratos.

Lord E. Fitz Maurice contestó que el Gobierno sólo sabía que Maceo había sido trasladado de Ceuta á Pamplona, aña-

diendo que se había enviado una nota al Ministro inglés en Madrid con este motivo, sin que hasta ahora se hubiera recibido constestación alguna.

Hé aquí, en resumen, las palabras de lord Gladstone en este incidente.

«Me levanto, dijo, para pedir á la Cámara que suspenda sus sesiones hasta el 29 de marzo. Á la vez debo manifestar que he sabido que el digno representante de South-West Lancashire (sir R. Cross), trataba de hacer una interpelación sobre la llamada cuestión de los refugiados cubanos.

Hasta anoche y hasta esta misma mañana, estaba perfectamente dispuesto á aceptar esta discusión, no interponiendo el menor obstáculo á que se verificase. Pero ayer tarde mi noble amigo el Secretario de Estado recibió un telegrama de Madrid, que he visto esta mañana, del cual hemos sacado ambos la impresión de que no sería político ni conducente al propósito del Gobierno, que es el mismo del interpelante, que la discusión tenga lugar en el presente momento.

El contenido del telegrama es tal, que nos da, no diré la certeza, pero indudablemente la perspectiva de un arreglo del asunto, en términos que se acercan á los que hemos deseado. Con una discusión, ahora creo y lo mismo creerá mi noble amigo, que el asunto se entorpecerá, lejos de ganar.»

Hicieron luego uso de la palabra sir R. Cross, para pedir que si el asunto no se arregla como espera el Gobierno, se le señalase día para explicar su interpelación, y lord R. Churchill para decir que el Gobierno había seguido en la cuestión una política muy débil.

Como el telégrafo ha anunciado, la interpelación ha quedado aplazada para el 30 de este mes.

Veremos ahora cómo queda en este delicado asunto el buen nombre del Gobierno español, inclinado ya á ceder por costumbre.

La Reina Victoria ha resuelto inaugurar personalmente la Exposición internacional de pesquería, que se ha de verificar en Londres, y en la cual España parece que se hallará dignamente representada.

*
* *

La oposición al predominio inglés aumenta de tal manera en la Regencia egipcia, que lord Dufferín, considerándola como un mal síntoma, se ha creído obligado á enviar nuevos despachos á lord Granville.

El representante de Inglaterra en el Cairo divide en tres categorías á los enemigos de la dominación inglesa.

1.^a Los *fellahs* del bajo Egipto, que se quejan de los malos tratos que se les hace sufrir con motivo del alistamiento militar.

2.^a Los *fellahs* del alto Egipto, que se lamentan de que Inglaterra no ha conseguido protegerlos contra los beduínos, y menos todavía contra la inmoralidad de la administración civil.

3.^a Los egipcios que ejercen profesiones liberales en el Cairo y en Alejandría, que son enemigos de Inglaterra y partidarios de Francia.

En cuanto á la gendarmería creada por Baker-Bajá, dice lord Dufferín, es amiga del dinero que se les da; pero de ningún modo del Gobierno egipcio, ni de la administración inglesa. Son aquellos gendarmes mercenarios del que más y mejor les pague.

Grandes sinsabores ha de tener todavía Inglaterra en Egipto antes de conseguir su *desiderátum*, que es indudablemente una anexión definitiva ó una ocupación sin término, lo que viene á dar el mismo resultado.

En Constantinopla siguen causando grandes inquietudes las fortificaciones que Inglaterra levanta en el Cairo y en Alejandría. Hé aquí cómo se expresaba un periódico turco hace pocos días:

«Los trabajos de defensa que hacen principalmente en el Cairo y Alejandría, no se levantan precisamente sobre el emplazamiento de las antiguas fortificaciones.

Se refuerzan las que son importantes del lado del mar y se construyen nuevos fuertes á gran distancia de Alejandría.

Una larga série de fortificaciones está en vías de construcción, destinada á defender la ciudad por el lado de tierra.

En el Cairo un nuevo cinturón se levanta detrás de las fortificaciones antiguas.

Inglaterra ha declarado solemnemente que la estancia de sus tropas en Egipto es provisional.

Si es así, ¿para qué servirán esas fortificaciones que construyen?

Admitamos por un momento é hipotéticamente que dichos trabajos son también profesionales. Hay que suponer entonces la idea de que un peligro próximo amenaza á Egipto. Falta conocer la naturaleza de ese peligro y el punto de su procedencia.

Es evidente que no hay que temer el ataque de una gran potencia, porque cuando Inglaterra tomó posesión del Egipto tenía relaciones amistosas con todas ellas, y estas relaciones las ha conservado hasta hoy.

Por otra parte, suponer que el peligro está en la misma población del País, vale tanto como decir que Inglaterra, yendo á calmar la agitación del pueblo, obtiene resultados enteramente contrarios. Todo el mundo sabe que ni una gota de sangre se había derramado en Egipto, antes de la llegada de las tropas y de la escuadra inglesa, y que las catástrofes han ocurrido después de la aparición de los ingleses.

Sin embargo, el objeto de la expedición ha sido siempre restablecer la paz, á cuyo objeto ha contribuído la proclama imperial más que la presencia de las tropas inglesas.

Es muy sensible que la permanencia prolongada de estas tropas en Egipto haga en la población indígena una impresión tan desagradable, que las autoridades inglesas se vean obligadas á tomar las grandes precauciones que toman.»

Creíamos que el Sultán de Constantinopla tenía ya motivo para haber perdido hace tiempo todas sus esperanzas de señorío en Egipto.

Es cosa resuelta, y estaba escrito, como dicen los musulmanes. Por otra parte, sobrados asuntos y muy serios tiene en que ocuparse el Ministerio de la Sublime Puerta.

El *Daily News* nos afirma que todo el distrito de Assyr, en el Yemen, está en plena insurrección, verificándose todos los días combates mortíferos entre los árabes y las tropas turcas.

Hasta el presente, las tribus árabes, colocadas bajo el pro-

tectorado inglés, no se han unido aún al movimiento; pero es seguro que la insurrección se extenderá poco á poco á todo el Hedjaz, en el cual los principales jefes están ganados á la causa de la independencia, que defienden los árabes del Yemen. En los círculos oficiales de Constantinopla se considera la sublevación como muy seria, y se cree que, si no es vencida sin vacilación, concluirá por una revolución general de todos los árabes del Imperio otomano. La Puerta ha entrado en negociaciones con el Lloyd austriaco, relativamente al transporte de tropas turcas que se propone enviar á Arabia.

*
**

La Grecia moderna acaba de perder una importante figura. Ha fallecido en Atenas el estadista Coumoundouros.

Nacido en Avid en 1812, el Sr. Coumoundouros se dedicó á la carrera del foro hasta 1850, en que entró en la vida política. En aquella época fué diputado; desde entonces le hemos visto figurar siempre en primera fila en los acontecimientos de Grecia.

Ministro de Hacienda en 1857, fué muy pronto derribado, y tomó parte en la conspiración contra el Rey Othon. Coumoundouros formó parte del Gobierno provisional, siendo después elegido representante del pueblo en 1862.

Dos veces pasó por el Ministerio en 1863 y 1864, bajo la presidencia del Almirante Canaris. Se hallaba en el poder en 1864, reinando el Rey Jorge; pero fué derrotado en las elecciones de 1868, y tuvo que huir para escapar de la persecución del Ministerio Bulgaris.

Volvió por fin al poder, de 1870 á 71, y cayó de nuevo por haber pedido reformas, sin lograr subir hasta 1875. En 1881, á pesar de su conducta patriótica, la mayoría le acusó de haber transigido demasiado fácilmente con las imposiciones de Europa, y por última vez dejó el poder en manos del actual Ministro Sr. Tricoupis.

Á pesar de tantos vaivenes políticos y de las fluctuaciones de la opinión en Grecia, el duelo general que actualmente ma-

nifiestan los helenos prueba lo apreciados que eran los servicios y las prendas personales del Sr. Coumoundouros. Puede, en verdad, decirse que fué un activo defensor de su País en los momentos más críticos, y que contribuyó poderosamente á introducir en Grecia las prácticas del sistema parlamentario.

A la primera noticia del fallecimiento, la Cámara de Atenas se reunió en seguida en sesión extraordinaria, y por unanimidad votó una proposición, pidiendo que se celebraran solemnes funerales por cuenta del Estado.

Tricoupis, Presidente del Consejo de Ministros, su encarnizado adversario político, pronunció un discurso elocuente, brillante panegírico de Coumoundouros, ensalzando sus grandes méritos, y declarando que su muerte es una pérdida grandísima para el helenismo.

El Presidente del Consejo, al terminar su discurso, propuso que se suspendieran las sesiones de la Cámara durante cinco días, en señal de duelo.

Los periódicos todos, lo mismo los de la comunión política de aquel eminente hombre de Estado que los de partidos contrarios á sus ideas, se han publicado en Atenas con orla negra, y le han dedicado sentidos artículos necrológicos.

La familia de Coumoundouros se opuso á que el cadáver fuese expuesto en una de las salas del Parlamento, y en su consecuencia se estableció la capilla ardiente en su misma casa. Una multitud inmensa ha estado desfilando por delante del féretro.

* * *

En los círculos católicos de Berlín se tiene por indudable que el Gobierno presentará un proyecto de ley político-elesiástico encaminado á suavizar los rigores de la llamada legislación de mayo, proyecto que está redactado, según se asegura, conforme á las aspiraciones expresadas en las cartas del Papa y del Emperador, y de que tal vez se ocupe la nota recién entregada por Mr. Schloezer al Cardenal Jacobi-ni en contestación á la que éste dirigiera al Gobierno prusiano.

La nota presentada al Cardenal Jacobini el 4 de diciembre último por Mr. Schloezer, nota relativa á la situación del antiguo Arzobispo de Posen, el Cardenal Ledochowsky, en que se desmienten los rumores de que el Gabinete de Berlín hubiese reclamado la extradición del desposeído prelado y en que se declara que los convenios internacionales no autorizan tales pretensiones, patentiza que el Canciller Bismark, siquiera sea paulatinamente, está decidido á llegar á una inteligencia con la Santa Sede.

Ha muerto Karl Marx, el fundador de la sociedad Internacional de trabajadores.

El célebre agitador socialista nació en Colonia en 1818; estudió filosofía y derecho en las Universidades de Berlín y Bonn, tomando en 1842 la dirección de la *Gaceta Rhenana*, que fué suprimida por sus opiniones radicales.

Establecido en Francia, se dedicó al estudio de la economía política y de las cuestiones sociales, publicando algunos folletos contra el Gobierno prusiano, siendo expulsado para refugiarse á Bélgica y regresar de nuevo á París en 1848; continuando su guerra á Prusia, fué varias veces procesado y absuelto por el Jurado, y por último, desde 1853 estudió las bases de una asociación de trabajadores que con el nombre de «Internacional» quedó establecida el 28 de septiembre de 1864.

Hasta 1861 fué el alma de dicha sociedad; pero en el Congreso del Haya, en 1873, tuvo que dimitir el cargo de secretario, y disuelto el comité y dividida la asociación, Karl Marx figuró al frente del grupo de centralistas, estableciéndose en Londres.

En los últimos años, Karl Marx había perdido mucho de su antigua importancia; pero sus ideas dan todavía y darán en el porvenir abundante cosecha de tristes revoluciones.

S.